

L. F. Napolitano



ALMA

VIRGEN

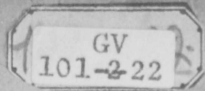
(Una escena de la vida real)



BUENOS AIRES

CASA EDITORA — NAPOLITANO Hnos.
INDEPENDENCIA ESQUINA LIMA

1910



4. V. 1

A distinguido escritor
y periodista, a celebrado
dramaturgo, a mi esti-
mado y buen amigo

Don Enrique García Vela
Respetuosamente

L. J. Zapotero

(1 de 7 June 1910)
P. C. Oalta 1192



DONACION
DE
E. GARCIA VELLOSO

LEONARDO F. NAPOLITANO

ALMA VIRGEN

(Una escena de la vida real)

BUENOS AIRES

CASA EDITORA — NAPOLITANO Hnos.
INDEPENDENCIA ESQUINA LIMA

1910

A mis distinguidos amigos:

*General José Inocencio Arias,
Oswaldo Magnasco,
Luis M. Doyhenard.*

Afectuosamente

EL AUTOR.

A mis lectores

Después de haber volcado durante algunos años gran parte de mis energías en las anónimas cuartillas de la mesa de redacción, me empezó á aguijonear la idea de publicar esta obrita, inspirándome en un hecho acaecido en nuestra gran cosmópolis hace pocos años, y cuyas escenas tuvieron la virtud de seducirme tanto por el talento innegable de sus protagonistas, como por la nobleza indisputable de su espíritu sometido á una de esas duras pruebas que hacen época.

No desconozco que esta obrita que lanzo sin pretensiones; pero con la valentía de mi propia persuasión, ha de suscitar críticas agudas, epítetos mordaces, por parte de algunos moralistas atildados; así como otros que se compenetrarán desde el punto de vista justiciero y humanista harán signos de aquiescencia. Acepto lo uno y lo otro deliberadamente: sólo quiero hacer constar que no soy ni tendencioso ni revolucionario. He tratado de reflejar algunos pasajes de la vida real con un criterio desapasionado y con la conciencia reposada y serena del que cree hacer justicia.

I

Como perdida en la inmensa lejanía del desierto, en un magnífico paraje circundado de hermosas serranías, á cuya falda serpentea un manso arroyuelo, se distingue una modesta casa-quinta de exterioridad coqueta. Hacía apenas un año que la casa era habitada, y los pocos pobladores de aquella solitaria región de la pampa, se expresaban con respetuosa simpatía hacia sus moradores, quienes, en diversas formas, ya habían hecho sentir los beneficios de su acción, hasta el punto que la «casita blanca», como la llamaban los vecinos, constituía una suerte de refugio contra el dolor y el hambre, adonde aquéllos acudían en busca de un lenitivo.

Espléndidamente ubicada, como hemos dicho, nada más pintoresco y recreativo para realzar el aspecto de aquella solariega residencia, donde

la naturaleza lucía toda la exhuberancia de sus dones escogidos.

Imagínese el lector una estanzuela edificada sobre una accidentada colina, rodeada por un amplio parque naciente, con callejuelas rectas y simétricas, salpicado con perspectivas y combinaciones artísticas de plantas exquisitas, rústicas glorietas y fuentes que en conjunto formaban marco al prolijo jardín que embellecía la casita. El arroyuelo que bordeaba el parque daba la nota delicada al reflejar en su serena superficie la eterna prolongación de ósculos que entrelazaba las crestas de la sierra. No podía ser más soberbio el panorama, con sus interminables quebradas que se perdían á lo lejos, siempre tapizadas de reverdecencias agradables, como si el cielo perennemente azul y la tierra luciendo airosa su mejor ropaje, hubieran elegido aquel sitio para celebrar sus coloquios supremos, refundiéndose las cumbres y las nubes en un hermanamiento sublime de raro estetismo.

En esas regiones de nuestra pampa grandiosa, es donde puede aquilatarse la belleza de las cosas en sus aspectos más soberbios. Allí es donde el espíritu puede nutrirse de impresiones, con la sucesión de sensaciones múltiples, producidas por la magnificencia de un paisaje, en que vibran los más íntimos motivos; cuadro que por sí sólo, con su arrobadora magnitud solemnemente quieta y robustamente sonora podría genializar immortalizando una paleta, pues ha de saberse que con sus encantos naturales que tanto

halagan la vista y los sentidos, armonizan con vigor los gérmenes fecundos que palpitan en las recónditas entrañas de la tierra virgen, clamorosa de brazos que provoquen su predisposición generosa, para explotar en raudales de fecundante vida, de incalculada riqueza.

La pampa no es ya sólo la región que la fantasía popular adornaba con expresiones místicas, donde el vate hacía escuchar el eco de la endecha plañidera á la sombra del frondoso ombú, cantándonos sus cuitas en estrofas que destilaban melancolías infinitas. Ese prejuicio gratuito arraigado por espíritu de tradición, debe ir desapareciendo, para que lo sustituya el convencimiento de que dentro de su grandeza tranquila hay fuerzas creadoras ignoradas, hay capacidad productora para transformar sus áridas llanuras en manantiales de inagotables energías.

Pero para levantar al nivel moral de estricta justicia el concepto real de nuestra potencialidad, aún no conocida en sus numerosas faces, debiéramos empezar por decir á nuestra sociedad — dominada por el prurito de los viajes al extranjero — que antes es necesario conocer las bellezas que atesora el interior de la República y descubrir las perlas que se esconden en los estuches de nuestras regiones lejanas, tan fértiles como pintorescas, tan atrayentes como espléndidas, analizadas, no á la luz del patriotismo que apasiona, sino á la luz de la lógica serena. Para eso es preciso no estancarse en las ciudades y centros poblados, donde sólo se ven determinadas expresiones de

nuestra vitalidad progresiva, en el doble sentido económico y social; es indispensable, por explicables preferencias á las cosas propias, buscar el contacto con la naturaleza, tratando de sorprenderla ora en el curso de sus actividades proficuas y de su evolución moral, ora en el sueño tranquilo del desierto, ó en el despertar alborozado y pleno de la fibra nativa, cuyos caracteres étnicos deben penetrarse debidamente, hondamente.

Bien sabido es que las ideas y costumbres, idiosincrasias y caracteres, son en gran parte el fruto del ambiente, al cual se va adaptando el hombre para no ser repelido por el ambiente mismo que exige su legítimo tributo por ley natural. ¿Por qué, entonces, hasta por espíritu de adaptación al medio, no tendemos á empaparnos en nuestras manifestaciones de vida material y moral, cuando así llevaríamos á la mente la persuasión de nuestra vitalidad expansiva, evidenciaríamos el origen y los medios de nuestro extraordinario crecimiento, dominio que ejercería una acción afianzadora sobre el porvenir inmenso del país? Por otra parte, fortaleciendo las consideraciones anteriores, propenderíamos á ampliar el sentido ético, estudiando nuestro territorio al desnudo, dentro de su plasticidad originaria, con el prestigio de todos sus encantos naturales, que al sustraer el espíritu de las mezquindades que nos rodean, nos engolfa en el cultivo de las emociones selectas, producido por las cosas propias, fuentes de moral patriótica que enseñan

con la fuerza insuperada del sentimiento vivo y hondo, el amor del suelo y de la raza.

II

Ahí, en ese retiro tranquilo, embellecido por el espectáculo arrobador del paisaje, latían cuatro corazones, abiertos á todas las emociones puras y á todos los sentimientos hondos.

Se componían los precitados habitantes, de un matrimonio joven, un anciano y una preciosa niña, fruto al parecer del matrimonio. En el aspecto de todos ellos se advertía un aire de distinción y de cultura, sorprendentes, en aquellos parajes, hollados solamente por la planta de personas vulgarísimas.

El esposo tendría unos treinta y cinco años. Alto de estatura, moreno, bien distribuido, pero muy delgado. Había en su exterior ese sello típico del hombre de mundo, observador é inteligente; el cual se iba borrando por la acción del tiempo, en

virtud de su alejamiento de los centros sociales. Sus gestos y ademanes denotaban claramente un hombre que había hecho en su época la vida de gran mundo.

La joven señora, de estatura regular, facciones delicadas, talle interesante y de actitud muy digna, ofrecía un interés especialísimo, pues había en ella un no sé qué de severo, tierno y profundo que inspiraba un afectuoso respeto.

La niña era una figurita angélica, una filigrana de gracia y de belleza, en sus seis años que parecían diez, por la seriedad de sus maneras y la fijeza de sus miradas, que brillaban inteligentemente en su rostro cerúleo y diminuto, embellecido por un marco de bucles de azabache, donde se advertía un criterio prematuro, un discernimiento precoz.

Un noble anciano de venerable aspecto y enérgica contextura, fuerte como un roble, rivalizando con los años, completaba el número de los moradores de la casita blanca. Este anciano frisaría en los sesenta y cinco años, y su fisonomía amplia y simpática, su gesto ágil y vivaz reflejaba un carácter acentuado, que se confirmaba en sus ojos serenos que decían de ilustración y de bondades paternas.

Osvaldo Manrique, era el esposo, Blanca del Prado ella, Leo de la Gruta el anciano y Teodolina, la bella criatura. Descendientes todos de conceptuosas familias de nuestra sociedad. Solo en el mundo, el joven matrimonio, sin más parientes que Don Leo, tío de Osvaldo, todas las ilusio-

nes afectivas se concentraban en la niña, único fruto de aquel hogar.

Cansados de viajes, hartos de la vida de las capitales, tan estrecha y raquítica cuando falta la natural predisposición del espíritu para saborear con fuerza los placeres mundanos; borrachos ya de las insoportables exigencias sociales tan mortificantes cuando se extreman, resolvieron de común acuerdo los esposos, ir á poblar la posesión donde el lector los sorprende, y en donde se inician los acontecimientos de la presente obra.

Tres fueron los principales factores que provocaron la resolución de alejarse del bullicio de la sociedad, imponiéndose una reclusión voluntaria, mezcla de renunciamiento á los halagos del mundo y mezcla de ansias de una vida nueva y reposada.

El motivo más poderoso, más imperiosamente decisivo, es el mutuo convencimiento que los esposos tenían, de que un mal incurable, de esos males terribles ante los que se declara impotente la ciencia, iba minando gradualmente sus existencias, ofreciendo síntomas al parecer hereditarios.

Pero la singular valentía, el heroísmo sublime de estos dos seres, residía en que Osvaldo estaba persuadido que su querida esposa estaba fatalmente atacada de una enfermedad que viene diezmando á la humanidad; pero ignoraba que él también lo estaba, y quizás en grado más avanzado que Blanca. Esta, á su vez, también estaba convencida de que Osvaldo iba languideciendo

paulatinamente, dominado por ese mal oculto que iba tronchándolo poco á poco; pero en igualdad de casos con su esposo, desconocía que en ella se cebaba idéntica desgracia y que por tanto estaba comprendida en la falange de predestinadas á pagar el tributo ineludible. Y el hecho más grande de estas almas superiores, consistía en que recíprocamente, con un cuidado sorprendente, habían sabido evitar todo detalle que pudiera traslucir la certidumbre que cada uno tenía de la grave afección que pesaba sobre el otro; pero lejos de creerse afectados á sí mismo. Todos los desvelos, todas las prolijidades tendían á fortalecerse, cada vez que uno de los dos flaqueaba.

Esa fué una de las razones más determinantes. La otra razón que surgía y prevalecía silenciosamente, secretamente en lo íntimo de los abnegados esposos, se sintetizaba en una reflexión sombríamente desconsoladora, que erizaba los cabellos y crispaba los músculos de aquellos nobles padres. ¿No habría heredado lo mismo... Teodolina...? Y á esa sola idea que cruzaba rápida por sus mentes como una luctuosa visión, un instintivo temblor de miedo se apoderaba de su ser. ¿Sería posible tanta desgracia? ¿Qué hacer, sin embargo, para prevenir ó combatir con más éxito el mal? Y entonces, recordaban que los libros los médicos y los higienistas proclaman la bondad de la campaña para ciertas enfermedades internas, preocupando más á los esposos, sobre la necesidad de procurar reactivos naturales en otros

parajes, donde se hermanaran la pureza del aire y de la luz con la alegría del paisaje, la calma del sitio y la soñadora opulencia del conjunto.

No bastantes aún estas causas, se agregaba otra: su origen y la posición selecta que ocupaban en el seno de la sociabilidad, exigían un derroche de atenciones, superiores á sus propias fuerzas, procurándole un cúmulo de obligaciones y deberes que le absorbían toda su tranquilidad.

Nadie mejor que ciertas familias que se encuentran en casos semejantes, pueden puntualizar mejor los fastidios que impone el gran mundo, cuya boca monstruosa se traga los días, las horas y los minutos, atentando continuamente contra la estabilidad del hogar y el culto de los goces íntimos.

Se iniciaba la vida social más ó menos intensa, con la temporada teatral que impone el abono á la Opera y hoy al Colón, donde en general se va á perder buena parte de la noche, no en satisfacer anhelos de estudio y de reflexiones, llenando los sentimientos delicados que inspira el arte grandioso en la acepción más bizarra de la ilustración recreativa; sinó en llenar un claro que la costumbre impone, contrariando los impulsos secretos de muchos de ellos. Y es así que vemos muchas familias ocupando sus palcos á mitad de la función, otras sin dominar el idioma acudiendo á las funciones de las compañías francesas, sin que en ninguno de los dos casos, sean capaces de interpretar con propiedad la parte artística, porque en el primer caso es el torneo de la ostentación

de trajes, joyas y toilettes, mientras el segundo es la escuela de la moda donde van á hacer su aprendizaje, observando las novedades que lucen las unas y otras, en homenaje á la vanidad mundana, que se refleja al día siguiente en la crónica periodística.

A esta vida nocturna que á veces se prolonga en las confiterías ó bares, se añaden los recibos casi diarios de unas y otras familias; las tertulias, los paseos á Palermo, los corsos, las despedidas en las estaciones y diques á las familias amigas que viajan; las fiestas de beneficencia, las compras, las visitas diarias á las «maison de modes, ganteries, bomboneries», etc., etc., y á un sinnúmero de obligaciones que van aumentando continuamente, al par que van robando los halagos incomparables del hogar. Terminada la temporada de invierno con sus sacrificios y molestias, viene la malentendida «season»; la temporada veraniega, en que la «haute» huye del ambiente caldeado y tostador de las capitales para ir á disfrutar en los balnearios, del beneficio del clima, del aire y del mar, ofreciendo al analista sereno, una mistificación resonante y una mentira á todas luces burda, por cuanto la clase más pudiente acude á Mar del Pláta, que es donde precisamente se está más reñido con el reposo, hasta el punto de multiplicarse de tal manera las obligaciones y las actividades sociales, que la vida se hace poco menos que imposible. Puede calcular el lector que si es fatigosa la vida social de las capitales donde no es tan frecuente el roce

de las familias en virtud de que no siempre se concentran todas en determinados festivales, sino que se diseminan á todos vientos ¡cómo no ha de serla más vibrante, más ardua, en un rincón inestimable que tiene el mágico poder de atraer la filigrana de nuestra aristocracia y el feudo de las grandes fortunas argentinas. Allí, en aquel mareante torbellino, todo falla, todo se agota, todo cae bajo el oleaje bravío de las exigencias que superan toda previsión.

A fin de no extremar esta descripción, puesto que no lo permite el carácter de la obra, diremos que en los puntos balnearios como Mar del Plata, ni se come, ni se duerme, si las familias que allí acuden se proponen prolongar los recreos de la capital, pues en el cambio continuo de trajes adaptados para ciertos sports, recreos y bailes, se disipa buena parte del día y de la noche; y es así, que en el afán de encontrarse en todas partes por cumplir con unas y con otras, las habitaciones del Bristol, del Gran Hotel y otros, son testimonios mudos de lo que allí ocurre, y más elocuentes son las cáscaras y residuos de comidas que allí se encuentran, porque sus habitantes no tuvieron tiempo de almorzar ó de cenar, rehuýendo las obligaciones de la mesa y sobremesa.

Osvaldo y su esposa, envueltos también en la corriente sin cauce de las mentiras convencionales, violentándose fuertemente á cada instante por el desgaste de fuerzas que sus físicos no resistían con la facilidad de antes, resolvieron espontáneamente dejar la ciudad. Las tres causas ano-

tadas eran más que decisivas para producir una revolución psicológica, capaz de contrarrestarlo todo.

Resuelto con entereza el adios á la sociedad, consultaron el punto á su único amigo y confidente don Leo, quien aprobó y aplaudió la determinación, y á instancias repetidas de los esposos. el anciano se dispuso con placer á compartir con ellos la soledad del desierto, tratando á la vez de ser útil á sus desdichados sobrinos, seguro como estaba de que sobre ellos pesaba la mano aplastadora del destino.

¡Cuánta grandeza, cuánto estoicismo sereno, cuánta resignación sagrada había en aquellas almas laceradas y templadas en el fuego del amor supremo! ¡Qué dulce valentía demostraban, el uno tratando de confortar al otro, infundiéndole alientos, forcejeando por engañarse ante la realidad desoladora del proceso que avanzaba! Y esa abnegación resaltaba más, cuando al uno ó al otro le obsesionaba la sospecha horrible, la duda venenosa del porvenir que en forma de fantasma, mostraba sus garras poderosas de hambrienta hiena, sumiéndolos en una desesperación secreta, disimulada bajo al antifaz de un sonrisa cariñosa.

Don Leo, hacía las funciones de paño de lágrima. Espíritu lleno de luz, que anidaba una buena parte de sus pujanzas juveniles, había en este anciano nobilísimo, una hermosa dualidad, que se descomponía en ímpetus de valor altivo, de resoluciones invariables y en ternuras de sen-

sitiva ó en ingenuos rubores femeninos. El vigilaba á unos y otros; él trataba de evitar las soledades que invitan á la expansión, provocando las explosiones de dolor tantas veces contenido. Don Leo, con hábil tacto, los despreocupaba, despertándole confianza, pintándole el futuro de la niña, en quien, dicho sea de paso, don Leo depositaba sus hondas afecciones seniles.

Sin embargo, á este hombre, que se había debatido como un león en el curso de su vida accidentada en que escaló y sintió palpitar todas las clases sociales, hasta ser un mimado de la decepción y de la gloria, de la miseria y del fausto; lo hemos sorprendido muchas veces solitario con dos gruesas perlas surcando sus ásperas mejillas. Es que la violencia por aparecer siempre imperturbable ante aquel cuadro de sombríos coloridos que se ofrecía á todas horas á su vista, era fuerte y los diques del esfuerzo desbordaban en lagrimones de enternecimientos infantiles.

El ilustre profesor Enrique Ferri, define brillantemente en su Antropología Criminal, algunas manifestaciones psicológicas de Garibaldi genial, y al aplicar el caso á la ciencia positiva del derecho penal, nos presenta un tipo sintetizado en una dualidad de amor y de fiereza, de valentía y de idealismo, ó sea una alma de niño en un armazón de gigante, quien después de haber librado combates formidables, realizando mil proezas de bravuras inauditas, cubierto de gloriosas cicatrices; el héroe de Aspromonte y de Caprera, se conmovía hasta llorar por una simple

nimiedad ó por algo que contrariara sus modalidades. Y eso, precisamente ocurre sólo en el hogar, donde la afectación convencional del gesto severo y del ceño adusto que exigen en muchos casos las circunstancias, desaparece para mostrarse desarmado, personal, tal como es en la intimidad de los suyos, porque aquellas expansiones no trascienden. Y es así, que Víctor Hugo, uno de los genios en quienes menos debilidades se observaron, en sus transportes de ternuras íntimas, en el aislamiento del hogar, cedía á las caricias de sus nietos á quienes, no obstante su avanzada edad, los solía pasear á babucha, ofreciendo así una cabalgadura iluminada por la gloria. Es decir, que el genio formidable que asombró al mundo se convertía entre los suyos en un dócil corderillo.

Numerosos son los ejemplos que nos ofrece la observación de los grandes hombres, á propósito de excesos de ternuras y arranques sentimentales, que nadie se atrevería á tildar de cobardía ó afeminamiento, desde que los hechos acusaban la nota más alta de la virilidad.

Don Leo, pues, á semejanza de esos hombres, se abandonaba también á sus transportes angustiosos, abriéndole la válvula al cúmulo de violencias comprimidas, para que sus sentimientos se desencadenaran á su antojo. Para esto buscaba los parajes más apartados del monte, donde nadie pudiera sorprenderlo. Y en muchos casos, paseando á la pequeñuela por el parque ó los valles, se detenía á contemplarla, y un mal contenido

sollozo ó los ojos cristalizados revelaban á la penetrante mirada de la criatura inocente, el dolor inexplicable que embargaba á su abuelito, y entonces instintivamente llevaba sus bracitos al cuello del anciano y lo besaba, acrecentando sin querer la conmoción.

III

Los sueños de oro, los ideales ardientes que ataban á aquellas tres personas á la vida, se cifraban en Linita, á quien se esforzaban por dotarla de condiciones, y dentro de esa tendencia, ninguno perdía de vista un solo detalle que pudiera ejercer su influencia sobre el carácter de la criatura.

Harto probado está, que la mejor y más profícua escuela para orientar la infancia por senderos viables, es el ejemplo cotidiano del hogar, en que los hábitos paternos reflejados á cada instante sin rebuscamientos de formas, se van imprimiendo lenta pero imborrablemente en el blando corazón del infante, cuyo criterio naciente, por natural predisposición se esfuerza por copiar y asimilarse cuanto vé y oye.

Ninguna cátedra, ningún maestro, es capaz de producir en el espíritu del niño, efectos más duraderos y rumbos más perfectos que los que se van infiltrando en la primer aurora de la vida. En ese ambiente, podríamos decir, es donde se forjan los lineamentos del porvenir, al iniciarse en el cultivo de los sentimientos de moralidad y altruismo, de respeto, labor y economía, cuando los padres son dignos; como también se inician en el desorden y la deshonestidad cuando en el hogar reina la insolencia, la desnudez y el vicio, dando lugar á las corrupciones prematuras y á las precocidades extraviadas que han de ofrecer más tarde ó más temprano, su tributo á la delincuencia, el suicidio ó la locura, sustrayéndose por excepción á esa ley fatal.

Abundando las demostraciones de que los gérmenes fundamentales del carácter se adquieren en el hogar que es donde se bifurca la futura trayectoria del niño, sobre los padres recae entonces la tremenda responsabilidad de sus acciones, por que han revelado falta de capacidad para implantar principios de obediencia y respeto, desde que la energía, el ejemplo y la ternura aplicadas con sensatez, hacen revoluciones morales hereditarias, alejando del abismo muchas víctimas.

Si es innegable que la obra del maestro es de un valor inmenso, cuando encuadra su misión en moldes levantados, también lo es, que en el educando es tarea muy difícil extirpar los rudimentos adheridos por origen ó connaturaliza-

ción, de donde resulta que las mentes más reposadas de pedagogía y psicología, y las mejores disposiciones del educacionista, se estrellan contra las inclinaciones desviadas y las prácticas anormales arraigadas en el hogar, dificultando la influencia regenerativa y educativa, por falta de estructura y de basamento inicial susceptible de ideas sanas y principios definidos.

De las consideraciones precedentes, se desprende un hecho claro y saliente: en el niño, prevalecen comunmente con fuerza sorprendente las reminiscencias lejanas, las impresiones recogidas y copiadas en la edad en que aún no se discurre; pero que se imita con fidelidad cuanto se ve hacer, y al buen discernimiento de los padres está librado el porvenir de sus hijos, nutriéndolos de impresiones sanas y enseñanzas edificantes, á fin de diseñar su contextura moral, facilitando así un arma poderosa al maestro, para que vaya desarrollando sobre seguro las semillas depositadas en el espíritu del niño.

Empapados los esposos y don Leo en estas ideas con relación al porvenir de Linita, alrededor de esos principios fluctuaban los proyectos y reflexiones de todos y cada uno. En esa virtud, es que habían elegido aquel retiro admirable, donde no cabía duda, que el lugar escogido y las emociones agradables que se sucedían á cada rato, habían de jugar un papel significativo, como lo comprobaremos más adelante.

Una de esas noches en que al terminar la cena, parece que algún hado misterioso predispu-

siera los espíritus para abordar los problemas más complejos, Osvaldo y Blanca se miraban, y don Leo, observaba á los esposos con firmeza. Ninguno se atrevía á romper aquel silencio elocuente, y todos estaban resueltos á encarar un asunto que afectaba á todos, pues el aire de vacilación que en ellos se notaba, no estaba exento de una enérgica decisión.

Por fin, Blanca se insinuó suavemente:

—Dime, Osvaldo: ¿qué has pensado á propósito de los proyectos que hacíamos noches pasadas, referente á nuestra Linita?

—Ya sabes, Blanca, que el deseo más ardiente de mi alma, es el porvenir de nuestro tesorito, y nada me preocupa en la vida, más que eso. Pero todos estos días he pensado mucho y en definitiva nada.

—Sin embargo, tu ves que ya va teniendo edad, y es necesario darle otro ambiente más en armonía con sus condiciones.

—No puedo menos que alegrarme, al verte provocar una cuestión que en verdad absorbe todos mis sentidos.

—Tú dirás, Osvaldo.

—Sencillamente; pienso que después de haber preparado á Linita en este medio tan bello como puro, en que ha ido desarrollando su físico relativamente fuerte y su inteligencia naciente al calor de emanaciones agradables, lo más lógico, es internarla en algún colegio donde sean capaces de nutrirla con enseñanzas útiles y sanas, al par que vayán formando su carácter, para lo cual lle-

va como base, excelentes gérmenes. Mejor dicho, en algún instituto donde en realidad puedan acabar bien la obra que hemos empezado con tanto amor y desvelo.

—Pienso en esa parte, exactamente como tú.

—Diré más, Blanca; Linita es tan alegre, vivaz y reflexiva, que todos nuestros esfuerzos, ahora, deben tender á buscar los factores que aprovechando nuestros ejemplos hábilmente, puedan desenvolverlos con éxito, ensanchando los rumbos que hemos abierto rudimentariamente en su tierna concepción.

—¿Y dónde hallaremos, Osvaldo, esos factores?—preguntó Blanca con un gesto de ansiosa timidez, como quien supone una respuesta contraria á sus deseos.

—En aquellas escuelas en que los educandos puedan iniciarse en el culto de una moral amplia, humana y generosa, donde pueda beberse y empaparse en fuentes de verdad y de pureza, y sobre todo, en una escuela donde no intervengan las restricciones convencionales ó amaneradas á la libertad de sentir y de pensar, para que las ideas y los sentimientos bien inspirados, puedan siempre levantar su vuelo liviano y ágil á imitación de estas ráfagas pampeanas en cuyo libre impulso parece que latiera una teoría de grandezas aún no penetradas.

Al terminar su párrafo Osvaldo, parecía haberse reanimado, reflejando sus aspiraciones íntimas relacionadas á Linita.

En las pupilas expresivas de don Leo que per-

manecía silencioso, fingiendo jugar con los bucles de Linita, brillaba un jubiloso fulgor de aquiescencia á las últimas palabras de Osvaldo, mientras que Blanca se encendía ante el giro que tomaba aquéllo, y cuyo, móvil había desentrañado, apresurándose á contestar.

—Ya podrás saber que no disiento en lo más mínimo de todo cuanto has dicho, especialmente si se considera que nuestro alejamiento á estos lugares, entre otras razones, ha respondido fundamentalmente á la preparación de Linita en una vida libre y robusta. Ahora sólo falta buscar nuestros continuadores, para no malograr ansias tan acariciadas, llevando á una terminación feliz tantos esfuerzos.

—Bien; para eso, ya he expuesto mi opinión: busquemos en los colegios de la capital, aquel que reúna mayores condiciones, y que esté en armonía con nuestros deseos.

—Mira, Osvaldo... con el mismo derecho con que tú has expuesto tu manera de pensar al respecto, así lo haré yo.

Pienso que los únicos colegios organizados y capaces de asimilarse á las condiciones de Linita, son los colegios de hermanas ó de frailes, donde aparte de la enorme paciencia que denotan los educacionistas por inculcar enseñanzas sabias y puras á las internadas, es donde realmente se hace culto de una moral amplia y sublime. Es á mi juicio el camino más breve y más recto.

Osvaldo y don Leo, se miraron, sorprendidos. Linita, observaba á unos y á otros con aire de

marcada curiosidad, y en sus redondos ojos llenos de grave candor, se vislumbraba, que la criatura no desconocía que élla era causa quizás de algún fastidio entre sus padres, pues Blanca, al terminar de emitir su pensamiento, como quien se hace una violencia suprema, había quedado agitada y nerviosa, pues no desconocía que iba á chocar contra la opinión arraigada de su esposo y de don Leo, con quienes siempre que se rozó algún asunto similar, habían disentido.

Osvaldo, después de callar un segundo, y marcando sus palabras, contestó:

—¿Pero qué dices, Blanca? Has meditado bien sobre ese punto? (¿Has medido bien, el alcance y las consecuencias que pudiera tener una educación netamente religiosa en un espíritu que florece al empuje de los nuevos vientos de la época?

—Sí, Osvaldo;—responde Blanca.—Lo he meditado profundamente y he medido bien el alcance de mis propósitos, por eso no vacilo en afirmar (dándole mayor energía á la voz), que es en las escuelas religiosas donde puede orientarse la infancia con criterio, alejada de las liberalidades perniciosas de las otras escuelas donde se excluye la religión. Por otra parte tú bien sabes que mis mayores, todos se han ilustrado y educado en esas escuelas que tanto te sorprenden, yo también he pasado ahí mi infancia y tengo por tanto el más elevado concepto de su sistema de enseñanza, moralidad y respeto. Sobre todo, entiendo también que con ello rindo un tributo á las prácticas paternas de las cuales conservaré siem-

pre una veneración religiosa.

--Pero, Blanca; hazme el favor, no te excites de esa manera; cálmate un poco, al fin estas son consideraciones que debemos hacerlas sin violencias. Comprendo sobradamente cuanto quieres decirme, no desconozco que hay instituciones religiosas donde saben formarse caracteres bien templados; pero es que tengo la convicción de que, dada la forma como hemos venido educando á esta criatura, solo en institutos serios, de autoridad moral, donde espontáneamente, sin restricciones ni sobrecogimientos, á medida que su entendimiento se vigorice, su discernimiento propio se serene, podrá dar fácil y provechosa expansión á sus tendencias, que por origen y desarrollo, necesariamente deberán ser buenas.

Para el pleno goce de la libertad; para que no se cohiba ó atemorice con trabas comunes y castigos erigidos en sistema, es preciso entonces, sustraerla de aquellos lugares donde en vez de navegar en corrientes amplias y tranquilas, debe automatizarse ó localizarse antes que nada en los estrechos diques del dogma, supeditando su voluntad á las inspiraciones puramente convencionales. Esa es, Blanca, una de las poderosas razones que me detienen á seguir tus deseos...

Don Leo hizo un movimiento de satisfactoria aprobación.

Mientras tanto, Blanca, se enardecía más, viéndose contrariada con razones formidables, dichas en un tono cariñoso, y repuso:

--Con qué... decididamente te opones...

—Oye, Blanca, no precipites los juicios; yo aún no he decidido nada: me limito á hacer consideraciones. Tú lo has querido: si te resulta molesto el asunto, lo dejaremos para otra ocasión.

—No, Osvaldo, al revés; no puede nunca resultarme incómodo, nada que se relacione con Linita. Solamente quiero que tú me repitas por milésima vez: has hallado en mí, que he recibido educación religiosa, algún vestigio peligroso, alguna debilidad que pudiera dañarme?

—Sostengo lo de siempre; pero tú eres tú; y las mujeres como tú son mirlos blancos.

—Y bien: esa misma observación podríamos hacerla en todos mis antecesores que han recibido enseñanza en esos mismos colegios.

—Todo eso, no debe entrar en discusión. Tú has de convenir conmigo, que si hemos de atenernos al innegable proceso evolutivo y próspero de las sociedades nuevas, debemos encuadrarnos siempre dentro de las innovaciones progresivas, de los adelantos que á diario conquistan las artes y las ciencias, tratando de escoger en todo siempre lo mejor. De otra manera, sería aferrarnos ciegamente á las rutinas pretéritas repelidas por la época, obstinarnos, obsesionarnos, mejor dicho, en una creencia única é irremplazable, según tú.

—Ahí está tu error, Osvaldo. Si tú te empeñas en llamar mi aspiración, obsesión, llámala; pero concédeme el derecho de creer que hay obsesiones perfectamente explicables, que tienen su razón de ser...

—Pero es el caso, Blanca, que estos asuntos tan sencillos como arduos, no pueden discutirse con un criterio sentimentalista; sino racionalista. Y no es el caso de que tú y los tuyos, cuyas virtudes son indisputables, se ofrezcan como ejemplos, para fundamentar una opinión, consagrar un principio ó teoría que traen un cortejo indefinido de consecuencias. Esa razón es para tí tan sólida, como es frágil para mí, porque podría citarte mil ejemplos contradictorios y porque bien sabes tú, que conozco con alguna minuciosidad la vida estudiantil que se hace en casi todas las instituciones de enseñanza y de ese conocimiento que tú no podrás negarme, puesto que entre otras preferencias ha sido una de las más entretenidas para mí, arranca mi manera de pensar... Sobre todo, tú que bien me has profundizado, sabes que no discuto jamás las instituciones, leyes ó principios; sino sus intérpretes, sus encargados de darles efectividad que no los encuentro bien inspirados. De otra manera sería negar el culto que siempre he tenido por la libertad amplia de pensar y obrar, y por el respeto á todas las creencias y convicciones, que son la base del respeto mutuo y de la estabilidad social...

De pronto Osvaldo enmudeció, pues notó que Blanca, presa de una ligera exacerbación no le escuchaba. El, agitado por ese esfuerzo al cual hacía tiempo no se sometía, se aproxima solícito y tierno, la acaricia, la besa con dulzura. Ella calmada un tanto le retribuye los cariños. Luego se interpone Linita entre los dos, y se reaviva

aquel cuadro de miseria física y de grandeza moral extraterrena.

—Tú eres, Blanquita mía,—dice Osvaldo con ternura,—la que siempre das lugar á estas escenas enojosas, que yo con toda cobardía, te declaro que siempre trataría de rehuirlas.

—Pero el porqué, Osvaldo, es bien noble.

Don Leo, que se sintió veinte veces tentado para intervenir, remachando con mayores argumentos la opinión de Osvaldo, hizo proezas de violencia y se contuvo, como si presintiera el epílogo sentimental ó más bien lastimero de la escena. Y él como todos, se sintió también conmovido y como siempre, intervino serenándolos á todos. Y el escabroso tema del porvenir de Linita, había fallado por décima vez, con el agregado sensible, de que el mal que iba carcomiendo lentamente aquellas vidas, se iba acentuando en forma alarmante, no obstante los esfuerzos de unos y de otros por ocultárselos.

IV.

Habían transcurrido algunas semanas después de la escena referida, que tanto había afectado á los esposos.

Don Leo, impresionado por el giro que parecía tomar aquel asunto palpitante dentro de su aparente nimiedad, hacía frecuentes y prolongados sus paseos por el parque. Silencioso unas veces, otras taciturno, parecía buscar la solución de aquel conflicto doméstico, y toda su experiencia y sapiencia se calcaba íntegra en esas reflexiones ávidas de una tangente conciliadora y feliz, que sin asperezas ni violencias pudiera solventar el punto. Pero ante todas ellas aparecía como una valla infranqueable el sentimiento de conmiseración hacia aquella mujer altiva y noble, pálida, resignada y cariñosa, abroquelada á convicciones hechas carne en su espíritu.

En uno de esos paseos solitarios fué sorprendido por la llegada de Osvaldo, cuyas facciones un tanto alteradas revelaban una noche de insomnio ó de vigilia.

—Buen día, tío,—dice Osvaldo.—¿Estamos de paseo tan temprano?

—Buen día, Osvaldo; te parecerá temprano á tí, porque tú nunca sueles madrugar tanto como hoy.

—Quizás sea por eso.

—¿Se te ha quitado ya el malestar que sentías ayer?

—Poca cosa. Ya voy habituándome tanto á él, que me he familiarizado. Solo ocurre que algunos días se acentúa de tal manera, que si no fuera por la impresión dolorosa que se pinta en el semblante de Blanca y de Linita, preferiría estar siempre en la cama.

—¿Tan molesto te sientes?

—A qué negártelo, querido tío. Hace ya algún tiempo que voy notando una mayor intensidad en ese languidecimiento de que te he hablado. Siento como si se fueran paulatinamente diluyendo mis energías, hasta el extremo de que á veces me muevo automáticamente y tropiezo con serias dificultades para coordinar mis ideas. ¿Quieres que te haga una confesión que solo á tí puedo hacértela, aun cuando no ignoro que lo que no te he dicho, con tu vasta penetración, lo habrás adivinado?

—Hazla, hijo mío,—repuso don Leo conmovido, quien harto enterado estaba del proceso que se-

guía la terrible enfermedad de su infortunado sobrino.

—He de decírtela en una sola frase: me siento un cadáver viviente. Sólo mi poderosa voluntad que también ha comenzado á flaquear, me da alientos para aparecer tranquilo; pero estoy agotado, mi querido tío.

—Me sorprende esa declaración, Osvaldo, cuando tu físico, tu semblante, tu actitud, no revela absolutamente nada de ese mal que te aqueja. ¿No exageras algo tu estado? Me resisto á creer que te encuentres tan agotado, cuando en realidad no lo parece.

—Sin embargo, tío, cuanto te he dicho es desgraciadamente cierto — moviendo dolorosamente la cabeza.

Don Leo procuraba retemplar aquel espíritu que irradiaba fulgores mortecinos sorprendido por el ocaso en su meridiana trayectoria, y para ello apelaba á los recursos de su ingenio, pretendiendo convencer, quizás, á un convencido de su mal, y recurría á las mentiras honestas ó convencionales para inspirarle fe con palabras confortantes.

Bien sabía don Leo, que á Osvaldo, en el período agudo de su enfermedad, no había poder humano capaz de salvarlo. Estaba confundido, como su pobre Blanca, en el comienzo de la pavorosa estrofa dantesca:

lasciate ogni speranza...

Demacrado, pálido, macilento, con la mirada

brillante y sin fijeza, delgado y tembloroso, era imposible desconocer el estado lastimoso de Osvaldo. Caminaba un poco y se fatigaba; conversaba algo más de lo habitual y temblaba en su exceso de desfallecimiento, transpirando fríamente.

Don Leo hizo tomar asiento en uno de los bancos del parque y siguió reanimándole con expresiones cariñosas, que Osvaldo aceptaba agradecido y sonriente, mientras la sangrienta ironía de la duda se manifestaba imperceptible en los pliegues de sus labios casi blancos.

Al cabo de un momento, Osvaldo rompió el silencio diciendo:

—Lo único que me mortifica y desespera hasta amargar mis últimos días, es esa criatura inocente, por quien nada podré hacer ya, ni siquiera tener el placer de iniciarla como yo hubiera deseado.

—Eso es lo que menos debiera preocuparte, por cuanto bien sabes tú el profundo cariño que tengo á Linita.

—No lo digo por eso, tío; pues bien sé que tú eres capaz de sustituirme con ventaja en la dirección de esa criatura. Lo digo porque tú ya conoces las escenas desarrolladas cada vez que hemos tratado ese punto, hasta que, como tú sabes, me he visto obligado á transigir. Blanca, á quien amo y quiero con la misma idolatría con que se adora en el período feliz del noviazgo, ha conseguido arrancarme la promesa de hacer ingresar á Linita en un colegio de hermanas de la capita!

y en estos días tendremos que separarnos de ella, porque se ha resuelto el viaje para la próxima semana.

—Y bien, Osvaldo. Tú sabes que mi anhelo más intenso hubiera sido educar á Linita en la forma que tú expresaste la otra noche. Pero convencido también de que esta discusión hubiera traído fatalmente la discordia intestina, turbando quizás por siempre la paz del hogar; convencido de la necesidad ineludible de complacer á Blanca á costa de cualquier sacrificio, posiblemente en tu caso optaría por la misma resolución, hasta cuando pudiera evitarse la continuación del compromiso contraído en aras de nuestra dicha.

—Gracias, tío. Veo que tú eres capaz de interpretar á cualquiera, pues noto que no has perdido de vista que los compromisos tienen á veces plazos perentorios ó fenecen cuando las partes ó los actores desaparecen. Y ese criterio que le aplicas me consuela grandemente. Tú sabrás subsanar mi debilidad.

—Entiendo que tú estás un poco excitado y á eso se debe que te avasallen pensamientos más que extraños, lúgubres, cuando debieras estar cantando hosannas á la vida, puesto que aún eres joven y fuerte. Por otra parte puedes estar tranquilo de que en cualquier caso que acaeciera, ya que tus insinuaciones provocan esta declaración, no sólo he de interpretarte como me autoriza el gran conocimiento que de tí tengo sino que he de sustituirte hasta donde me lleguen las fuerzas.

—Nada tengo que decirte, querido tío. Tienes

como siempre un alma tan pura como templada y noble...

Y Osvaldo, hablando consigo mismo, dijo: es necesario terminar.

—Temblaba, querido tío, ante la otra verdad terrible que tú conoces. He querido engañarme hasta hoy; pero ya es imposible, y ésto es lo que me roe el alma y me lanza en un paroxismo de dolor que me lacera y anonada... ¡Blanca! ¡Pobre esposa mía! ¡Ya todo es inútil! ¡Ni el uno ni el otro!

No me obligues, tío, á que entre en explicaciones dolorosas. Tú sabes ya cual es el estado de Blanca; tú ya ves que de unos meses á esta parte, se ha vuelto enclenque, sus facciones son marmóreas, habla con dificultad, y su vida sufre ya las oscilaciones de una luz que se extingue...

Al terminar ésto y sollozando, se levantó Osvaldo con algún trabajo y dijo:

—Tú... te... quedas aquí un rato más... siguiendo tus hábitos, tío, ¿no?

—Un momento más: amo tanto la belleza de este sitio y esta soledad!

—Yo me voy á descansar un momento á mi habitación, y á ver á Blanca, en quien notó desde unas semanas un decaimiento que me espanta ¡pobre Blanca!...

Y se alejó triste y lentamente en dirección á la casa por la calle de pinos, cuyo aspecto, en ese momento, parecía compartir las recónditas angustias de quien los plantara con tantos cariños y afanes.

Don Leo quedó sentado en el rústico banco de madera, siguiendo á Osvaldo con la vista empapada por las lágrimas, hasta que se perdió en la espesura de la callejuela. Después volvió á engolfarse en sus pesarosás meditaciones.

Bien sabía el noble anciano, la tremenda fatalidad que gravitaba sobre aquel matrimonio noble y feliz hasta en las últimas amarguras de su situación desolada.

Un nido de amor deshecho por el vendaval misterioso de la vida. Un ocaso con tintes de tragedia, empañando los resplandores aurorales de un hogar en flor. Un vagido alborozado, una palpitación vital ahogada por un extertor agónico. Un sollozo profundo y frío como una cruda noche invernal, acechando con cautela criminal una casta sonrisa de primavera para sorprenderla y avasallarla en su expansión más bella. Dos aves fulminadas en su hermoso aleteo ascencional hacia las regiones anheladas de la vida.

¡Pobre Osvaldo! Pobre Blanca! ¡Quién diría que su final estaba tan próximo! Ni el uno ni el otro podrá ver realizado su sueño suspirado, admirando á su adorable Linita crecida y orientada. ¡Cuántas ilusiones frustradas y anhelos desvanecidos! ¡Cuántas nobles esperanzas deshojadas en su primer reverdescencia! Y pensar que pronto desaparecerán para siempre dos espíritus puros y nimbados, forjados en los crisoles de pasiones generosas, de ideales inmaculados. ¡Dónde encontrar mayor abnegación, mayor grandeza! Dos almas refundidas hasta la infinidad de sus células, dos

inteligencias afectivas en tensión continua y siempre desvelada la una por la otra, tratando de interpretarse, comprenderse y confortarse cada vez que la desazón ó el desaliento los invadía.

Por un fenómeno rarísimo, apenas hubo empezado á sentir sus dolencias Blanca, como un extraño reflejo, se advirtió el languidecimiento de Osvaldo, conmovido al ver que el mal de aquélla iba avanzando progresivamente. Blanca, á su vez, dominada por un secreto presentimiento, observó el cambio tan brusco que se había operado en Osvaldo, por lo que una aplastadora pesadumbre, obrando poderosamente de consumo con su enfermedad, sobre aquella naturaleza floja y pusilánime, bastaba á presagiar un terrible desenlace.

No obstante, en medio de tanta desolación moral y material, ninguno de los inocentes predestinados, dejaba de animarse infundiéndose valor, procurando distraerse y alejar las reflexiones sombrías. Verdad es que tanta violencia se hacía Osvaldo como Blanca, porque hasta la inquebrantable voluntad que habían exteriorizado siempre, parecía que les iba abandonando, para afianzar la verdad: «mens sana in corpore sano».

Abismado en estas desconsoladoras reflexiones, Don Leo, parecía alejado del mundo real, habiendo desaparecido en aquellos momentos esa serenidad imperturbable que tanta autoridad y confianza inspiraba. Y tan profunda era su abstracción que no advirtió la proximidad de Blanca, quien con un traje oscuro que hacía resaltar más

la palidez de sus facciones cadavéricas, se hallaba casi junto á él.

—Buen día, tío — dijo Blanca con dulzura.

Don Leo, despertando como de un prolongado letargo, sorprendido quizás por vez primera en una actitud que él consideraba impropia, todo inmutado, balbuceó:

—¡Blanca! ¿Eres tú?... ¿Tú aquí?... ¿Y á qué se debe este paseo que desde tanto tiempo ya no hacías por el parque? (Y realizando un esfuerzo sobre sí mismo, se repuso de la sorpresa).

—Es verdad, tío; pero es que como no he visto en casi toda la mañana á Osvaldo, y me dijo Linita que le pareció verlo salir en esta dirección, venía á buscarlo.

—Pues hace unos minutos que salió por la calle de los pinos, con el mismo propósito tuyo, ó sea el de encontraros.

—¡Ah! sí... ¡Pobre de mi Osvaldo!

Y enmudeció unos segundos con una tristeza conmovedora. De pronto y como á quema ropa, le preguntó á don Leo con dulzura, sentándose á su lado, donde había estado antes Osvaldo:

—Díme, tío; pero con franqueza ¿eh? Ya sabes tú que no me asombra ni me intimida nada, pues el dolor se ha hecho carne en mí, ¿por qué estabas tan triste y casi lloroso, como no te he visto jamás?

Sorprendido, don Leo por pregunta tan brusca, se repuso y contestó:

—Te equivocas, hija mía. Es cierto, estaba meditando; pero tú también has de conceder á los

ancianos algunos instantes en que las reminiscencias del pasado se agolpan al cerebro y producen esas hondas reflexiones en que tú me hallastes sumido.

—Convengo en ello, tío; pero es que nunca, nunca te he notado así, y eso me llama la atención.

—No; es una situación de ánimo en que los viejos solemos encontrarnos con frecuencia.

—Bien puede ser, añadió esbozando un imperceptible gesto de duda.

—A mi vez, hija mía, quiero preguntarte ¿por qué te encuentras con las facciones doloridas, y en este sitio, al que hace más de un año no venías?

—He ahí, querido tío, — contestó, agitando dolorosamente la cabeza, — una pregunta que en un anciano perspicaz como tú no la concibo.

—Si no te explicas, Blanquita, no sabré qué pensar.

—Es raro que un hombre como tú, querido tío, que, cuando quieres, lo que no sabes ó no comprendes parece adivinarlo, no te des cuenta del por qué de mi presencia en este lugar.

Don Leo comprendió que todo fingimiento era inútil. Sin embargo, tentó agotar sus recursos por disipar cualquier duda.

—Házme el favor. Blanquita; explícate con claridad.

—Bien, pues. Tú sabes que tampoco Osvaldo frecuentaba estos recreativos parajes desde ha tiempo. Hoy ha llegado hasta aquí. No sé

lo que han conversado; pero instintivamente lo presumo. Noto que Osvaldo, aún cuando se esfuerce por no aparecerlo, anda taciturno, en actitud melancólica y hasta parece que evita mi presencia para ocultar su abrumadora fatiga, cuando conversa un poco de más. Hoy le he observado más triste aún que estos días pasados, y ¡cosa extraña! cuando yo me disponía á salir en tu busca, él traía esta misma dirección por la callejuela de los pinos. Entonces suspendí mi venida. Recién acaba de regresar con una pesadumbre más acentuada, y después de conversar unos minutos, dijo que iba á recostarse un momento, porque sentía unos escalofríos muy molestos. Yo aproveché esa coyuntura para realizar mi primer intento. Y hete ahí, que la casualidad, hace que te sorprenda en un estado de ánimo casi lastimoso.

—No sé, hija mía, á qué conclusión llegarás.

—De esa consideración que hice, á ninguna, puesto que no me trae aquí conocer el resultado de vuestra conversación; pero á mi vez, tengo especial interés en hablar contigo un momento.

—Tú dirás, hija mía.

—Tú debes haber observado, aún cuando quieras ocultármelo, que Osvaldo se encuentra en un estado casi desesperante, desde un tiempo acá, y no sé por qué presiento que va descendiendo con demasiada celeridad los peldaños de la vida...

—Pues bien,... sí... está un poquito enfermo; parece que su agotamiento se manifiesta con alguna fuerza; pero tampoco creas que su estado es

desesperante. Piensa que es un hombre joven todavía, y que una reacción es casi inmediata...

—Sí, querido tío: como reflexión sensata es aceptable; pero... tú bien sabes que á mí no se me oculta su verdadera situación, puesto que le sigo paso á paso con la avidez propia de mi temperamento y de mi afecto entrañable. Yo sé que mi adorable Osvaldo se encuentra gravemente enfermo.

Blanca hizo un esfuerzo por comprimir un sollozo y contener las lágrimas que pugnaban por brotar de su pecho y de sus ojos.

Don Leo, viendo aquella hermosa flor marchita, enérgica en la plenitud de su desgarrante dolor, haciendo abstracción completa de su propio estado, tan lastimoso como el mismo Osvaldo, vibraba de mal disimulada angustia; y sus consejos, sus palabras de valor brotaban sin aquella autoridad que tanto impusiera en aquel hogar deshecho y frío, como una ruinoso tapera por cuyas hendiduras penetraran las ráfagas heladas de la muerte.

Serenado un tanto, don Leo, con frases cariñosas, trató de inspirar bríos á Blanca diciéndole:

—Y bien, Blanquita; no pretendo convencerte de que Osvaldo no está enfermo; pero tampoco debes creer en un desenlace fatal próximo. Además siendo tú tan fuerte y valerosa, debieras alejar esas ideas tétricas para revestirte de mayor energía.

—Es que parece como si sobre nuestro hogar,

antes tan luminoso y feliz, se cerniera alguna predestinación impenetrable, que quisiera arrasarlo de cuajo. Ya no es solamente mi querido esposo quien se dispone varonilmente á reintegrarse al gran todo universal... Yo... también, mi buen tío... me voy sintiendo desfallecer lentamente... y frecuentemente me asaltan presentimientos que contribuyen á amargar mi existencia... No to (continuó con voz lenta, quejumbrosa y débil), como un peso horrible, como si una mano descarnada, pero con la fuerza de una tenaza formidable, me despedazara el alma, arrancándome cada día girones de vida...

—Pero hija mía; ¿tú deliras? ¿Cómo puede explicarse todo eso, si estás en la floración de la vida, y cómo un malestar, quizás pasajero, ha de poblar tu cerebro de aprehensiones tan lúgubres?

—No, mi querido tío. Es que aparte de sentirme como extenuada, tú sabes que en el espíritu humano, cuando falta raciocinio, á veces suele suplir esta deficiencia una fuerza clarividente, y yo siento y estoy persuadida de que no sobreviviré mucho tiempo á mi infortunado esposo.

—Decididamente, Blanquita mía, tú estás divagando y te obsesionas ó autosugestionas creyéndote realmente enferma y grave, cuando es un efecto de reflejo moral.

Don Leo transpiraba, revolviéndose en la impotencia de los recursos y de las nobles engañas; pues bien sabía el estado en que se hallaba Blanca, aparte de que ésta, era una mujer perfectamente sensata en sus apreciaciones, y la debili-

dad creciente, que en estos casos va agotando todas las energías, no había conseguido perturbar en lo más mínimo sus facultades pensantes. Blanca estaba persuadida íntimamente, con un entusiasmo de heroína, de que el terrible mal había de llevarla quizás pronto á la tumba; pero lo aceptaba resignada y tranquila. Era en esa parte de la misma escuela de Osvaldo. De tal manera se habían identificado el uno con el otro. Pero la horrible congoja que trituraba las entrañas de Blanca no era el presentimiento de su próximo fin, sino del de Osvaldo, y más que el de éste, cuyo desenlace hacía tiempo había previsto, el de su separación de la inocente criatura á quien pronto no verían más y en quien no habían podido ver fructificados todos sus acendrados afanes de padres. Linita era su dolorosa pesadilla, origen de insomnios y tristezas.

Después de permanecer unos minutos silenciosa, sin haber reparado mayormente en las frases de don Leo, que ella cotizaba en su valor intrínseco, hablando consigo misma y dirigiéndose á la vez á don Leo, dijo:

—Es claro: es tan bueno y tan cariñoso que todo aspira á solucionarlo con esperanzas y razones que para mí están llenas de tangentes. (Y acentuando más las palabras). Pero es que mi mortificación profunda, no reside, no, en nuestra fatalidad sin esperanza; sino en esa criatura inocente que aún no sabe alzar su vuelo, origen de nuestros bellos coloquios, venturosa promesa del mañana y meta inapreciable donde conver-

gían todos nuestros dorados ensueños de padres. Por esa niña inocente, por mi adorable Linita es por quien me siento cada vez más agotada y mi lenta consunción avanza...

—Blanca, óyeme un segundo; tú estás exacerbada, tú eres presa de una crisis nerviosa, y á eso se deben esas visiones que te acosan.

—No, mi querido tío; estoy tranquila y deja que termine, porque has de saberlo todo, pues aún tengo fuerzas para explicarme. Por eso repito, que creer en tus benévolas palabras, sería engañarme á mí misma, y ya sabes tú, querido tío, que nunca me amedrenta la realidad, por hosca y despiadada que ella sea. Pero es que nos amamos tan fuertemente, tan completa es nuestra asimilación que ya nos adivinábamos hasta los pensamientos más recónditos y sabemos que desapareciendo yo desaparecería él y viceversa. Tú que has visto y leído tantas cosas, has de recordar ese fenómeno de un solo cuerpo con dos cabezas, en el que se hermanan dos vidas en una misma función fisiológica. Pues bien; si Osvaldo y yo no lo somos en lo físico, hemos llegado á constituir este fenómeno moral. Tan minucioso es nuestro entrelazamiento, que hasta me parece que palpítamos al unísono. Tengo la certeza de que él piensa lo mismo, por que sólo cuando se quiere como nosotros, pueden hacerse sacrificios de una magnitud que escapa á la misma realidad.

—Es verdad, Blanquita. Me constan los generosos sacrificios de uno y otro, y he presenciado

uno de los últimos de Osvaldo, que solo puede hacerse cuando se siente verdadera idolatría por una mujer al igual que conozco muchos tuyos, dignos de repetirse como ejemplo.

—Nunca hemos aquilatado lo que mutuamente hemos hecho, por que para esas cosas no hay balanza; pero... ¡pobre Osvaldo!... ¿Qué daño hemos hecho, para que tan cruelmente se nos sustraiga, en los días más felices de la vida, á los cariños, á las delicias infinitas de nuestra preciosa Linita?

Y es de ella, fundamentalmente de quien he venido á hablarte, querido tío.

—Si de eso solamente se trata, podrías prescindir de hablarme.

—Ya lo sé, por qué el tierno afecto que has demostrado siempre por nosotros, lo has exteriorizado mil veces en Linita; y si en medio de tantos tormentos algo me tranquiliza, es evidenciar que tú vivirás muchos años y que Linita... no quedará sola en el mundo... Sé que tú eres capaz de llenar sobradamente nuestro vacío.

—Por favor (temblándole la voz); Blanca, no hables de esas cosas. Por lo demás, bien sabes tú que en cualquier emergencia, no te has equivocado al suponer que nuestra Linita no quedará jamás sola en el mundo. Pero es el caso que estamos tratando un asunto demasiado prematuro por que aún tendrá sus verdaderos padres por muchos años.

—Eso, mi querido tío, es relativo. Y si tú te empeñas en creerlo así, no me opondré; pero no

olvides lo que siento, veo y prevéo en mí y en mi Osvaldo. Solo quería escuchar de tus labios esa declaración, que aun considerándola superflua, en estos momentos resulta tranquilizadora y confortante para mí.

—Ah!... Si con esa seguridad sola pudiera confortante como yo quisiera, á tí y á Osvaldo!...

--Ya lo sé tío; pero esto pronto terminará. Con tu permiso, voy en busca de Osvaldo. Tú como siempre te quedarás aquí hasta las doce, ¿no?

—Sí; quiero quedarme aquí un rato más...

Y Blanca se alejó despacio en dirección á la casa; pero agitada y temblorosa, presa de esas nerviosidades silenciosas propias de los grandes dolores, cuya válvula no se abre á la expansión, y entonces oprimen y desgarran con fiereza. Posiblemente, si su horrible pena se hubiera trocado en copioso llanto, su angustia fuera menos sensible, sintiendo la acción consoladora de las lágrimas que tanto alivian las congojas.

Don Leo, conmovido en el más hondo de su espíritu, impotente ya para inspirar fuerzas y devanecer las ideas melancólicas de aquellos dos seres adorables, tan varoniles y heróicos hasta en su aplastadora consumación, se abandonaba á solas en un cúmulo de reflexiones sombrías.

Conocía el temple moral de aquellos dos seres, sabía que eran capaces de llegar á lo inaudito en su afán de disimular sus dolores y alentarse recíprocamente. Aquella soberbia, aquella deliberada impavidez con que se disponían cada cual por su parte á afrontar su indefectible designio,

le resultaba de un valor extraordinario.

Y, efectivamente, extraordinaria era aquella serenidad asombrosa ante lo irremediable, y que acusaba una voluntad soberana dentro de lo que podría llamarse casi un fenómeno.

V.

Así transcurrieron los días que precedieron á la partida de Linita. Unas veces tristes, otras veces disfrazando con dichos y sonrisas la pena que les roía el alma, ya los almuerzos y las cenas no se matizaban con aquellas conversaciones amenas propias de los felices en quienes la alegría brilla y la satisfacción se manifiesta fácil y espontánea.

Don Leo, seguía siendo el paño de lágrimas de todos. Pertinaz en sus anhelos de animarlos, llegaba en muchos momentos á ahuyentar los fantasmas macabros que invadían sus cerebros, haciéndoles concebir la posibilidad de una reacción, y aun logrando que tomaran específicos y se inyectaran sustancias indicadas para contrarrestar en algo los avances del mal, cosa que nunca aceptaban antes. Pero bien entendido que, tanto Osvaldo como Blanca, tenían la precau-

ción admirable de ocultar hábilmente su tratamiento. Las atenciones que mutuamente se prodigaban eran cada vez más solícitas, y así iban desfilando los días.

Linita, con sus ocho abriles, rientes y lozanos, crecía en físico y en inteligencia, siendo el mimado juguete de aquel hogar, donde de la dicha que fuera apenas quedaban brillazones vagas.

De manera que hasta aquella fecha, la criatura se había desarrollado en un ambiente agradable y propicio, y así lo acusaba su crecimiento, sus maneras y sus facciones donde se reflejaba el contento. Sus rasgos de niña, se iban perfilando en un marco de rara belleza, acrecentados por una predisposición prematura por la seriedad, no exenta tampoco de los placeres inherentes á la edad.

No se habían equivocado sus nobles padres al trasladarse á aquellas dulces soledades embellecidas por la poesía de un paraje dotado de todas las galas que pueda brindar la creación, para que en armonía con aquella grandeza, fuera creciendo Linita. Bien probado está que en las personas, en su carácter, su preparación ó sus modalidades reflejan el medio en que han actuado del mismo modo que este medio también ejerce su acción directa sobre los rasgos fisonómicos. Y si no, obsérvese á los clérigos, monjas, con sus párpados caídos, su andar lento, sus facciones casi marchita; obsérvese á algunas niñas que se han educado en los colegios de hermanas, y han adquirido lo que se llama melancolía religiosa. Tam-

bién en los barrios suburbanos donde la miseria se ha enseñoreado, haciendo estragos, se notan esas lastimosas colecciones de criaturas, macilentas y pálidas; lo mismo que en todos aquellos lugares sombríos ó semi oscuros, estrechos y sin ningún aspecto recreativo.

No ocurre este fenómeno con aquellas criaturas educadas en parajes hermosos, llenos de vida, de belleza y de color; tal como las casaspentadas y estancias donde hay sitios amplios y apropiados para corretear, jugar y divertirse, inundando así el alma de legítimo contento, y haciendo culto de una alegría franca y robusta, que influye poderosamente sobre la salud del espíritu y del cuerpo.

Tal era el caso de Linita. Desarrollada ex-profeso en aquel medio artificialmente bello, divinamente pintoresco, donde alegre se expandía la mente y se ensanchaba el corazón de goce, no podía menos que asimilarse aquel escenario, exteriorizándolo así en su semblante llamativo de suyo por sus líneas y acrecentado por esa naturaleza intensa y voluptuosa que había dado agilidad á su espíritu y su físico, viendo y sintiendo la sensación de lo magno y de lo soberbio.

Se advertía, pues, en Linita, toda una promesa de fuerza, de inteligencia y de esperanza, en sus pocos pero aprovechados años.

Precisamente, una de aquellas tardes en que se produjeron las dolorosas confidencias de Osvaldo y Blanca con don Leo; una de aquellas tardes, re-

pito, en que éste tomaba la manita á la criatura para acompañarla en el paseo acostumbrado, observó en Linita un tinte de tristeza. Recapacitó un momento, y, coordinando, llegó á comprender que esa especie de melancolía infantil, venía reflejándola desde hacía unos días, ó sea desde que sus padres se encontraban así impresionados. Pero es claro: Don Leo no había podido darse cuenta en un pronto de ese detalle, preocupado por el cúmulo de dudas y secretos que se venían suscitando, y que se traslucía ahora en la niñita, por su languidez y su mutismo poco común; antes élla tan dicharachera, alegre, risueña, llena de espiritualidades encantadoras cada vez que pedía aclaraciones á don Leo sobre las muchas cosas que éste le enseñaba ó refería.

(Las anécdotas y cuentos con ejemplos virtuosos y máximas morales, eran tan profundas como agradables, y habían operado una rapidez gimnástica tan grande en la mente de la criatura, que á veces se anticipaba á explicarle á don Leo, el final del cuentito, y éste entonces, la besaba con ternura alentadora.)

Aquella tarde, al referirle una historieta en que intervenía una niñita muy laboriosa, y como Linita se limitara á escuchar y contestar con entristecidos monosílabos, don Leo la sentó cariñosamente á su lado y le preguntó, acariciándole los finos bucles:

—Dime, queridita mía, ¿estás enfermita? ¿te duele algo? ¿Quieres alguna cosita? ¿Porqué no se lo dices á papá grande? ¿Cómo es que no ha-

blas casi nada ni adivinas el final de los cuentitos, al igual que tantas veces?

Linita permanecía callada y conmovida.

Don Leo continuó:

—¿O es, Linita, que ya no quieres más á papá grande? ¿No te acuerdas ya de aquel cuentito en que aquella niñita linda, todo lo que pensaba se lo contaba á su papá y su mamá?...

—¿De Marinita?—contestó la niña.

—Eso es, de Marinita.

—Si, papá grande; me acuerdo y te quiero mucho, mucho y mucho.

—¿Y porqué no me dices qué piensas? ¿Porqué no me contestas?

—Por que es una cosa tan... triste que no te la quería... decir.

—¿Y qué es esa cosa tan triste?

—Es muy triste, papá grande; y que estos días cuando nadie me veía, me hizo llorar mucho.

—¿Pero, explícame, Linita, qué es?

—Te lo diré, si quieres, pero... tú... también... lo sabes, si...

—No lo sé, vidita mía; sinó, ¿á que había de preguntártelo?

—Bueno, papá grande; si tú no lo sabes, dime entonces, ¿porqué tú, papá y mamá, andais así... tan tristes, tan pensativos hace algunos días?

—Pues... por que tú has de saber, Linita, que á las personas mayores á veces les ocurre alguna cosa de importancia que les tiene preocupados. Además, tu que eres ya una niñita juiciosa, comprenderás también, que todos estamos sintiendo

que te vayas pronto al colegio, y nos dejes...

—Yo lo siento más todavía, porque quisiera estar siempre al lado de mis padres y contigo; pero por eso sólo no puede ser, por que ustedes me han dicho que tengo que ir al colegio para ser después una señorita inteligente, educada, fina, para que todo el mundo me quiera y me distinga. quiero ser buena y obediente, como aquella niñita de quien tú me hablaste.

—Es cierto todo ello, y repito que una niña debe aprender y saber muchas cosas para poderse desenvolver sola en la vida; pero eso no quita que lamentemos en el alma no poderte tener siempre á nuestro lado.

—Bueno, papá grande; ahora te voy á decir lo peor de lo que me tiene más triste... No quisiera...

—¿Y porqué no has de querer, lindita mía?— acariciándola con más ternura.

—Por que me dan muchas ganas de llorar, y es ¡tan feo!

—Vamos, Linita, cuéntaselo todo á papá grande que te quiere tanto.

—Te lo diré, sí; pero... tú no dirás nada, ¿verdad?...

—Ni una palabra. Te lo prometo.

—¿Sabes porqué?... porque... ni papá... ni mamá... (sollozando), me quieren... ¡como... antes!

—Pero, dime queridita—rodeándole el cuellito con su brazo,—¿cómo y porqué dices eso?

—Por que... por que... ya hace muchos días que... no... me... besan!...

Ahora, eres tú... solamente quien... me besa!...

—Oh, mi buena Linita; no llores por eso, que te explicaré la razón.—Y don Leo la besa con más fuerza y calor.

Tu papá y tu mamá, no te han dado besos estos días, por que están pensando mucho en una cosa que las niñas no pueden saber, y, claro, se habrán olvidado. Aparte de eso, yo ya te he contado hace pocos días, que hay familias ó padres que no quieren besar á sus hijos en llegando á cierta edad porque se impresionan y lloran, ¿ó ya no te acuerdas de eso?

—Sí, papá grande, me acuerdo...; pero tú antes me dijiste que los hijos pueden besar siempre á sus padres y á sus papás grandes, y que deben hacerlo como un acto de cariño y de respeto.

Todo eso dicho por Linita con un candor y un sentimiento exquisito, resultaba realmente tocante, y don Leo forcejeaba por mantenerse sereno.

Tras breve pausa, contestó don Leo:

—Es verdad eso: yo lo he dicho; pero tú no puedes evitar que tus papás quieran ahora hacer como esas familias; aunque se quiera á las hijas más que antes todavía.

—Pero á mí me gustaban tanto los besitos de ellos!...

—Bueno, hijita mía; es preciso que seas más juiciosa, y no debes afligirte por esas tonterías sin importancia. Ahora voy á terminar la historietta que empezamos ayer y nos vamos despacito hacia el comedor, ¿quieres?

—Sí, papá grande.

Don Leo la acarició y le dió una serie de besitos, abandonando el banco en que se habían sentado, para encaminarse por una de las callecitas, hacia la casa.

VI.

Así transcurrieron algunos días más, hasta que llegó el de partir Linita para el colegio de Las Hermanas Auxiliadoras.

A qué describir los pasajes tocantes de aquella escena consternadora, cuando el lector puede imaginárselos dado el carácter de los sensibles actores, cuyo amor entrañable á aquel único pedazo de su carne, abría una brecha de dolor en sus corazones.

Pero la partida se había resuelto ya deliberadamente, y venciéndose sus propios flaqueos uno y otro, acallaron los gritos de su alma, para cumplir con un propósito sereno, en holocausto al porvenir de su llorada hijita.

Excusado es decir también, el illenable vacío que quedó en aquella casa, mimada siempre por las risillas alegres ó las travesuras de tal criatura incomparable.

Tanto Osvaldo como Blanca no podían disimular su sentimiento, mostrándose por momentos taciturnos, malhumorados.

En cuanto á don Leo, la separación de su compañerita de paseo había alterado de tal manera la normalidad de su programa diario, que sólo engolfándose más y más en las lecturas conseguía distraerse, aparte del tiempo que destinaba á hacer llevaderas y fáciles las horas de vida a los desolados esposos.

Mas, no obstante los cuidados que multiplicaba don Leo, la tristeza reinante en aquella casa iba en aumento, y hasta parecía tomar caracteres serios con relación á los esposos, en vista de lo cual, y valiéndose de todos los recursos de su ingenio vigoroso, consiguió llevar á la persuasión al espíritu de Osvaldo y Blanca, la realización de una jira de recreo á las provincias, tocando antes en Buenos Aires para visitar á Linita y al mismo tiempo á la auscultación de un notable especialista en enfermedades internas.

Vencidas esas pequeñas resistencias de todas las personas cuya voluntad vacila, partieron con rumbo á Buenos Aires.

Examinados que fueron por los médicos, Osvaldo y Blanca, se sometieron á un prolijo y hábil tratamiento, y dentro de las prescripciones, se incluyó una larga permanencia en Córdoba, hacia

donde se dirigieron acompañados de don Leo, después de haber visitado repetidas veces á Linita, y á algunas relaciones antiguas.

Instalados en Córdoba, alquilaron una preciosa casita en uno de los lugares más amenos de las inmediaciones de Cosquín. De allí hacían frecuentes jiras y paseos para romper la monotonía de aquel cuadro.

Don Leo había organizado con tal acierto el nuevo sistema de vida entre aquellos dos seres queridos, que paulatinamente consiguió que lo adoptaran. Andando el tiempo se produjo una activa evolución en la manera de ser de Osvaldo y Blanca, si bien pasajera, no por eso menos eficaz y favorable á su salud quebrantada. Osvaldo, vuelto á una normalidad aparente, encontraba sus mejores estímulos y caricias en Blanca: ésta á su vez hacía otro tanto, y mutuamente se alentaban, preparándose á vivir aún, algun tiempo feliz. Volvía, pues, en aquellos labios pálidos como una aurora invernal, á dibujarse alguna sonrisa afectuosa, que se intensificaba al recibir las cartitas de Linita, en las cuales aldeaba de sus éxitos escolares.

—No te he dicho—repétían casi á la vez, regocijados los esposos,—que nuestra Linita, ha de sobresalir en sus estudios, y sabrá aprovechar bien todos los consejos nuestros.

Entonces, agregaba Blanca con aire triunfal, de plena satisfacción, como quien vé los resultados de sus esfuerzos coronados por el éxito:

—Ya lo ves, Osvaldo; cómo se enseña en los

colegios religiosos. Fíjate sólo en dos años, cuántos adelantos denota en sus cartas reflexivas y graves.

Osvaldo, nada contestaba; pero, cada vez que ocurría ésto, como una rápida sombra de tristeza empañaba su pupila, recordando el sacrificio de sus convicciones en holocausto á la paz de su hogar y al cariño de Blanca.

Al finalizar el mes de Noviembre, se notaba en la linda casa-quinta una alegría extrema. Blanca arreglaba personalmente una preciosa camita; Osvaldo colocaba una hamana; don Leo preparaba otras cosas, y el servicio, también todo atareado, bullía en un ir y venir, que podía y debía ser á la vez de recepción y fiesta.

¿Qué ocurría en aquella casa en general tranquila? ¿Algún viaje? ¿alguna mudanza?

Es que esa mañana habían recibido una cartita de Linita en que anunciaba á sus padres la proximidad del final del curso, les imponía de las altas puntuaciones obtenidas en algunas materias y finalmente les anunciaba y les pedía permiso para ir á pasar las vacaciones, haciendo constar que á no parecerle mal y por no molestarles iría con una familia que llevaba á una compañera de ella, á pasar unos meses en Cosquín.

En virtud de este anuncio, irradió en las facciones de los esposos un rayo de felicidad, y se aprestaron á arreglar la habitación reservada para la niña, amén de prepararle una serie de sorpresas agradables.

En Don Leo se había operado una especie de

rejuvenecimiento: no cabía en sí de contento, saboreando las dulces horas que pasaría con Linita, para quien venía preparando á su vez un cúmulo de cositas, con esa encantadora prolijidad senil.

Llegado el anhelado día, en todos aquellos rostros resplandeció la más viva y honda alegría.

Linita, llena de salud y fuerza, crecidísima en aquellos dos años de ausencia; no parecía ya la niña que conocieramos antes. Alta y proporcionalmente desarrollada, su actitud recatada, sus ademanes y miradas, sus frases y reflexiones, revelaban ya la futura señorita.

Redundancia sería repetir los transportes de inenarrable afecto que brotaron de todos aquellos pechos comprimidos, embriagados en los arranques supremos de su cariño noble y santo, reasumidos por entero en aquella preciosa niña en quien se iban hermanando paulatinamente su inteligencia, con la pureza de su alma y su belleza física impecable.

Es superfluo decir que las preguntas y respuestas sobre la vida estudiantil de Linita, menudeaban. Y entre la serie de referencias que hacía, lo que halagaba á Blanca, servía para apenar á Osvaldo y Don Leo. Así ocurría cuando la querida colegiala, relataba la reglamentación interna del establecimiento, en la que se desprendía por encima de todo, lo exagerado de las prácticas religiosas, absorbiendo casi todo el tiempo que debía de destinarse al estudio. En corroboración de este aserto exponía el siguiente programa, usual,

cuando no más extremado en la mayoría de los colegios religiosos:

—Por la mañana, á las seis (refería candorosamente la niña) nos despiertan por medio de una campana, obligándonos á rezar durante el tiempo que se empleaba en el aseo, más ó menos una hora. Después se baja á la clase, rezando previamente un «padre nuestro» y una «ave maría» y se estudia media hora, volviendo á rezar lo mismo cuando terminamos, para pasar á la capilla y escuchar dos misas seguidas. De allí vamos á tomar el desayuno, rezando antes y después una oración de práctica, para dirigirnos á la clase que comunmente dura de nueve á diez y media, con rezos á la entrada y salida. De diez y media á once menos cuarto, recreo, entre oraciones. A la once y media se almuerza en el mayor silencio, rezando al empezar y terminar cada plata, que á decir verdad no abundan mucho. A este acto sigue una hora de descanso, pasando nuevamente á la capilla á rezar rosarios con letanías, para niiciar las clases de labor que es prolongan hasta las 4 p. m. rezandian diversas materias durante un par de horas, y á las ocho se pasa á cenar, llenando las exigencias de siempre. Concluída la cena, vuelta á la capilla, orando dos horas y media consecutivas, hasta que llega la hora de pasar al dormitorio, donde la operación de desvestirse, debe hacerse rezando en alta voz. Excusado es repetir que cada función, por insignificante que sea, debe ir siempre precedida de las oraciones consabidas.

Los sábados no hay estudio por la tarde, destinándose á remendar, limpiar y confesarse.

Los lunes y viernes por la mañana, hay clase, de cocina, dedicándose á preparar platos para obsequiar al sacerdote. Los domingos por la mañana no hay clase. Ese día, entre misas cantadas, rezos de vísperas, rosarios, sermones y cantos por las internadas, transcurre sin estudiar más que algunos momentos, pues el culto reclama la dedicación de lo mayor parte del tiempo.

Las salidas del colegio son de práctica los días cumpleaños de los padres y los 25 de Mayo y 9 de Julio, estos constituidos en corporación.

Tal es el programa de la vida de las internadas, descrito á grandes rasgos y con la fidelidad posible, para que el lector le aplique su criterio analítico. Sólo cabe recalcar que de las diez y siete horas diarias, entre estudio, desayuno, almuerzo, recreo y comida, se emplean unas ocho horas para destinar las otras nueve á las abrumadoras y achatantes exigencias del culto.

A qué reflejar aquí el incontenible fastidio que se apoderaba de Osvaldo y don Leo, al Linita relatar su vida de colegiala, conocida la aversión marcada de ambos al sistema de enseñanza religioso. Y en muchos momentos de meditación serena, miraban á aquella hermosa criatura como una víctima de su propia debilidad.

Muchas veces Osvaldo, durante la estadía de su hijita, se sintió tentado á reanudar su oposición á Blanca por el envío de Linita á esa escuela; pero en temor de renovar aquellas dolorosas escenas

que el lector conoce, le obligaba á contenerse en lo posible, aún cuando no siempre conseguía disimular su disgusto, que tampoco escapaba á la penetración de Blanca.

En sus reflexiones solitarias, Osvaldo, unas veces se recriminaba á sí mismo, y exclamaba para sus adentros ¡y que aún haya de tolerar que esta inocente criatura sea víctima de las tradiciones decrepitas! ¡Por qué ha de ser ella quien expide los errores de tendencias pretéritas que la época rechaza! Y volvía á sumirse en un oleaje de meditaciones contradictorias que fluían y reflúan alrededor de Linita y de Blanca, censurándose unas veces y justificándose otras.

Nada digamos de Don Leo, quien más empapado aún en las ideas racionalistas de los tiempos nuevos, no podía soportar tranquilo el sacrificio deliberado de aquella adorable niña, preparada cuidadosamente para que un aire más libre y robusto oxigenara sus pulmones. Comprendía que ese hecho constituía la oliva de aquel hogar descompuesto; pero no se avenía en manera alguna, en su legislación interna y por lo que á él tocaba, á aquel ultraje á la libertad que él cultivaba á su manera, con toda fuerza de su impetuosidad senil.

Linita, en condiciones de interpretar situaciones de ánimo, había llegado á colegir la diversidad de criterios que renaba entre aquellos seres queridos. Rememorando ahora los orígenes de su envío á la escuela, se explicaba muchas incidencias que para ella pasaban desapercibidas,

cuando se hablaba de su educación. Y al convenirse, de que debía cambiar de actitud, puso en juego toda su perspicacia para halagar unas veces á la madre, otras al padre y otras á don Leo, evitando todo choque de sus apreciaciones. Mediante este recurso pudo pasar la familia feliz y regocijado el resto de aquellas vacaciones cordobesas.

Llegó nuevamente la hora de la partida, pues dentro de pocos días se reanudarían los cursos, y otra vez se aproximaron esas horas angustiosas de la separación entre los seres queridos, que como es sabido, aparejan besos y caricias, entremezclados con llantos, abrazos, consejos y recomendaciones.

Es de advertir, que con la cautela debida, días antes de partir, Linita, recibió consejos por separado de Blanca, Osvaldo y finalmente de don Leo.

Volvió á reinar en la linda casa-quinta, el silencio melancólico de aquellos días pampeanos que siguieron á la partida de Linita, cuando ingresó en el colegio. Pero esta vez, la melancolía profunda que invadía aquellas dos naturalezas enfermas, ofrecía caracteres de prolongación alarmante. Habían transcurrido dos meses desde la partida de Linita, y la resignación no reclamaba su puesto.

Don Leo, como siempre previsor, y á fin de evitar que la tristeza degenerara en algo peor, empezó á hacer ambiente para organizar una segunda gira por Europa, donde pudiesen recogerse sensaciones capaces de despreocupar á los afli-

gidos esposos. Su propósito no halló mayor resistencia, y al efecto se iniciaron los preparativos del viaje, bajo la dirección de don Leo, que todo lo arreglaba y ordenaba con una proligidad femenina.

No podía dejar de ser así, si se considera que el estado de postración moral de aquellos dos lamentados cadáveres vivientes, les había reducido á un pésimo automatismo que don Leo quería explotar en beneficio de ellos. Y es indudable que á no hallarse tan quebrantada la salud de los infortunados esposos, su segunda intentona no hubiera producido los provechosos efectos de la primera, pues en esta nueva jira, había una diversidad enorme de factores eficaces, para provocar distracciones interesantes. Bien sabido es, que las sensaciones más ó menos fuertes, las sacudidas morales, ya se presenten en los multiformes aspectos de peligro ó deleite, de dudá, de ansiedad ó de esperanza, influyen directamente sobre el ánimo, dando lugar á esas revoluciones psicológicas que absorben por el momento las facultades pensantes y ahuyentan, por tanto, esas torturadoras ideas que se clavan en el cerebro con una fuerza fatídica y lo subyugan por completo.

La obsesión amarga de su próxima desaparición, atenazaba cada vez más el pensamiento de aquellos infortunados, y entonces, era preciso combatirla con sensaciones muy vivas para alejarla.

Don Leo, conocedor minucioso del corazón hu-

mano, usaba de cuantos medios tenía á su alcance para producir el efecto deseado. Pero contra toda la voluntad del enérgico anciano, sus desvelos parecían rodar en el vacío de una decrepitud física avanzada y que se iba acentuando más y más en aquellos dos organismos raquíticos. La travesía de nuestro puerto al de Barcelona, punto proyectado por don Leo para el desembarco, fué muy accidentada, y en ciertos momentos alarmante, pues Osvaldo había tenido algunos amagos de vómitos sanguíneos, y Blanca, algunos decaimientos impresionantes. No obstante, algunos días de reposo y un clima seco y agradable, produjeron una nueva reacción, aunque sin caracteres de estabilidad.

Así, transcurrieron tres años, llenos de vicisitudes, amargados periódicamente con la reagravación alternada de uno á otro. Ya ni el clima, ni los medicamentos que le suministraban los maestros de la ciencia, tanto en Francia, como Italia y en Alemania, resultaban inútiles para aquellos organismos consumidos. El fatal vacilo, parecía revivir en cada primavera, coincidiendo con las vacaciones de Linita, á quien no veían hacía ya tanto tiempo; y precisamente al comenzar el otoño, que es cuando aquí despierta con el empuje de sus galas la primavera, las dolencias por un lado y la angustia incontenible de no poder ver á su hijita, produjeron en Blanca y Osvaldo un estado de postración desesperadora.

Don Leo, agotados los recursos de su expe-

riencia, no se atrevía á emprender un viaje de regreso á nuestro país, temiendo un desenlace en pleno Océano, tanto más cuanto que los facultativos prescribían á los pacientes el reposo y la quietud posible. Y grande tuvo que ser su lucha para convencer y destruir el firme propósito de éstos, pues don Leo alimentó siempre la esperanza remota de una mejoría que le permitiese un viaje más ó menos tranquilo. Y así, con promesas, tras promesas, consiguió disuadirles de sus propósitos de repatriación.

Lo que resultaba más singular en aquel cuadro de dolor, y daba lugar á que don Leo y los médicos siguieran abrigando la idea de una mejoría, era que, en cierto modo, no hacía tantos estragos el mal como la acción refleja y simultánea que se producía en aquellos espíritus plasmadas como en un solo block de granito, donde al caer el rayo lo desmenuza todo. La reaggravación de Blanca postraba á Osvaldo, tanto más cuanto que ya no tenía los alientos de otros tiempos para infundirle valor. Lo mismo ocurría en Blanca con relación á Osvaldo.

Agobiados ya bajo el peso del mal sin remedio, la primera que se vió obligada á guardar cama apesar de su repulsión instintiva, fué Blanca.

Era tal el estado de consunción de esta infeliz mujer, que á larga distancia se advertía su estado lastimoso, ya en la decadencia de sus ademanes, en su voz apagada y lenta, en su semblante escuálido y blanco como la cera, ó en sus miradas vagas y lúcientes. Había no obstante,

en aquella figura cadavérica, un magestuoso sello de noble resignación, que se trocaba en honda tristeza cada vez que aparecía Osvaldo, cuyo decaimiento galopante impresionaba día tras día.

Imposibilitada Blanca, para mantenerse en pie, empezó á guardar cama hasta no levantarse más. En vano fueron todos los esfuerzos de la ciencia y los cuidados que se le prodigaron, pues á los pocos días se inició el periodo agónico que duró veinticuatro horas. En sus expresiones delirantes, mezclaba entre quejidos incoherentes y sollozos conmovedores, el nombre de Linita, con el de Osvaldo y el de don Leo; hasta que en aquellos labios pálidos, vibró como el vago chasquido de una cuerda rota en la violencia suprema de la última pulsación, el nombre de su hijita querida, que tremoló como un susurro lejano en el extertor fatal.

.....

Allí quedaban rodeando el lecho mortuorio, don Leo, ojeroso y pálido, dos hermanas de la caridad y un cura, que se llamaron cumpliendo la voluntad suprema de la extinta.

Por resolución de aquellos melancólicos circunstancias, se acordó hacer bajar á Osvaldo de las habitaciones altas, donde se le había alojado durante los últimos días de Blanca, obligándosele á guardar cama por pretexto de prescripción médica, á fin de evitarle la impresión horrible de aquella escena conmovedora. Venciendo sus escrúpulos, don Leo, creyó que un deber póstu-

mo exigía que el desgraciado esposo, pudiera ver por la vez última á la que fué su adorable compañera. Preparado convenientemente como podía serlo otro enfermo de espíritu y de cuerpo, descendió éste á la habitación donde yacía inerte la infortunada Blanca.

Difícil es describir con detalles aquella escena patética.

Un momento Osvaldo palpaba á la muerta y la movía, mirando á todas aquellas personas que le rodeaban; otro momento la acariciaba, la estrujaba y la llamaba con todas sus fuerzas, para después cubrirla de besos y dar escape á mil sollozos de incontenida angustia.

—¡Blanca! ¡¡Blanca!! ¿Pero no me oyes? ¡Escúchame un momento, que soy yo! ¿Ya no oyes mi voz?—Y seguía palpándola y diciendo para sí. — Está helada, no se mueve; pero yo la despertaré de ese sueño tan pesado y al decir ésto... un vívido resplandor iluminó su cerebro y como si un rayo formidable despedazase el equilibrio de sus facultades mentales tambaleantes, reunió las pocas fuerzas que le quedaban y lanzó un grito ronco y prolongado en el que se descubrieron los nombres entrelazados de Blanca y de Linita.

Los presentes, como petrificados ante aquel cuadro solemne, silenciosos ante aquella explosión desgarradora del dolor, no se atrevieron á retirar á Osvaldo, hasta que juntamente con el grito de suprema angustia, se desprendió de aquel

cuerpo frío, para rodar al suelo con las órbitas salientes y las facciones descompuestas, profiriendo en un raptó de locura, amenazas vagas contra unos y otros.

VII.

Habían pasado ocho días ya desde el fallecimiento de Blanca. Osvaldo, postrado en el lecho se negaba á admitir todo alimento, limitándose á guardar silencio ó á desatarse en discursos ininteligibles y alocados. En vano don Leo y los médicos habían intentado provocar una reacción en aquel cadáver viviente, pues todo se estrellaba contra la falta de vitalidad.

Pocos días más transcurrieron, y el estado del infeliz Osvaldo empeoró de tal manera, que, en medio de una agonía más terrible aún que la de Blanca, dejó de existir.

En la capilla ardiente de Osvaldo, no hubo ni curas ni hermanas. Su cadáver, cumpliendo también su deseo, expresado en algunos momentos

de lucidez, fué á reposar junto al de Blanca, uniéndose así en la muerte, como lo habían estado en los albores de la vida.

Se descontaba que el uno no podía sobrevivir al otro, pues sus físicos y sus almas estaban refundidas en un súplo único.

Después del sepelio de los restos de Osvaldo, y una vez arreglados los asuntos, don Leo preparó su inmediato regreso á Buenos Aires, donde con ese tacto previsor propio, había ido preparando el ánimo de Linita, para que el golpe de la doble pérdida, no fuera tan rudo.

Apenas llegado á esta capital Don Leo, y llamada que fué Linita de la terrible nueva, como medida previa la retiró de la escuela, para llevarla á habitar una linda casita de las afueras de la ciudad.

Tanto la brusca salida de aquella institución donde vivió casi prisionera durante cinco años, para reintegrarse á la vida amplia y sin trabas ridículas, como la honda sacudida que recibiera con la desaparición de aquellos seres queridos, habían producido en el espíritu de Linita, un estado de insensibilidad ó de anonadamiento, propio del presidiario que recluso en la oscura y mal oliente celda, sale á recibir los resplandores del sol en la plenitud de su magnificencia.

Rodeada de un bello jardín, la elegante casita tomada por don Leo, tenía un aspecto risueño y agradable. Una de las tardes que siguiera á la instalación, se encontraba Linita en una pequeña y perfumada glorieta sentada negligentemente

en una hamaca con un libro en la mano, que á ratos leía, para engolfarse otros en una vaga atención, como si pareciese estar soñando aquellas dulces remembranzas de sus primeros tiempos.

Sumida por completo en esas halagadoras reminiscencias, no se apercibió de que don Leo estaba junto á ella, hasta que oyó su voz que la llamaba:

—Linita,—pasándole la mano por los cabellos;

—Linita, te sientes ya mejorada del todo?

—Abuelito!—levantándose con presteza de la silla para besarle en la frente.—¿Tú aquí? ¿Cómo llegastes sin que te oyera?

—Pues... sencillamente por que no me vistes. Estabas tan absorbida en tus pensamientos, que no sólo no me has oído, sino que seguramente ni has comprendido las páginas de ese libro que lees, ¿no es verdad?

—A qué negártelo, abuelito; francamente no sabría decirte lo qué he leído.

—Bueno; eso es lo que menos importa; es el caso que te encuentres fuerte de salud.

—Perfectamente; hoy es uno de los días que me siento mejor.

—Es claro; son los efectos del hábito que todo lo puede y lo domina, unido á la tranquilidad que te va invadiendo, después del cambio de vida tan violenta que has realizado.

—Nada me pesa, puesto que tú mismo sabías que en esa institución he estado siempre contrariada, sufriendo en silencio mil torturas, por

no disgustar á mi pobre madre. Por lo demás ya voy acostumbrándome, por que el sabor de la libertad conquista inmediatamente. Y cuando se ha estado tanto tiempo bajo la acción repulsiva de una vigilancia tan severa como hipócrita, fácilmente el espíritu se expande lleno de alegría. A eso se debe esa dulce embriaguez que me domina desde el día que abandoné el colegio.

Tú no puedes figurarte querido abuelito, lo que se sufre cuando una educanda se ha criado en medio de la libertad y de la belleza, y pasa á enclausrarse bajo la acción severa y vigilante de las llamadas hermanas, que tan hábilmente saben esgrimir el arma del temor.

—Puesto que has iniciado esta conversación, debo añadir á tus reflexiones, que cuando te separaste de casa para ingresar en esa escuela, no puedes figurarte la violencia que sufrí, lo mismo que tu malogrado padre, que no comulgaba con las ideas de la infortunada Blanca en lo referente á religión. Sabíamos todo lo que te esperaba allí; pero era necesario complacer á tu madre y no pudimos oponernos.

Y tú al ingresar á la escuela religiosa, fuistes á mis ojos como una inocente víctima. Felizmente, veo que has sido lo suficientemente fuerte para no doblegarte del todo al peso abrumador de las prácticas que rigen esos institutos misteriosos, donde el término medio no existe, pues ó la alumna egresa con conocimientos excesivos ó absolutamente dominada por las afecciones religiosas y sin voluntad propia para meditar á la luz de la razón.

No obstante, es preciso convenir en que el influjo que se viene operando en la evolución de las ideas, y que ha llegado á avasallar hasta la inexperiencia misma, es causa de que las niñas entren ya en esos colegios algo predispuestas, y vayan comprobando errores tras errores, hasta que al salir de ahí, en vez de sentirse inclinadas á la prosecución del sistema obligado en la escuela, le toman una aversión marcada, más si analizan y rememoran detalles y circunstancias nada pulcros ni beatíficos, que ocurren y que no es del caso enumerar aquí.

—Y, sin embargo, tú lo dijistes: la fuerza del ambiente es tal, que paulatinamente, una se va sintiendo subyugada, arrastrada por las prácticas de cada instante, hasta el punto de que á veces es difícil combatirlas con éxito. Conozco ya muchos casos de esa naturaleza.

—No debe sorprenderte esto, ya que la religión tiene como pedestal la superstición y el temor, siendo como vehículo y factor esencial el templo y la escuela religiosa. En ellos es donde los espíritus predispuestos ó débiles sienten el influjo extraño y dominante de sus prácticas y de las fastuosidades que se estilan en las ceremonias y van aceptando pasivamente sus creencias, hasta convertirse en verdaderos esclavos de las tendencias que le inculcan. Y en demostración de ésto, á las precauciones y castigos, penitencias y severidades que se adoptan en las escuelas para ir convirtiendo á sus alumnos, es preciso añadir la iglesia, sea cual fuere su ritual,

aún cuando en esto se destaca la católica. Desde que se penetra en el templo, un vago respeto invade el espíritu. Es ese respeto indefinido que se siente por todo aquello que está fuera de lo común y del orden general. Y al aspecto interior de un templo con sus pesados cortinajes, sus imágenes de mártires, los cirios encendidos, la penumbra que envuelve todos los objetos, el silencio profundo que reina ó interrumpe una música tenue y solemne, cuyas melodías lentas producen á veces sensaciones de llantos misteriosos, de gemidos impenetrables, de presentidas angustias, hay que añadir la vestimenta del sacerdote con sus actitudes fervorosas cuando oficia, la gravedad de los gestos, la cadencia lastimosa de los salmos, la oratoria sagrada y las facciones compungidas y llorosas de los creyentes, para obtener la clave del éxito religioso. Verdaderamente, si estos aparatos ceremoniales impresionan á un carácter independiente y sereno, cuánto no han de inspirar y sugerir en un espíritu dotado de gérmenes de predisposición?

A eso se deben, pues, casi todos los éxitos de la religión, mayormente cuando su culto es fomentado y amparado por el Estado.

—Francamente, muchas veces he estado á punto de creerlo todo y de entregarme de lleno en brazos del culto.

—La religión como el ejército tienen mucho de similitud. Yo no escarnezo ni al uno ni á la otra, pues si existen en la sociedad, habrán tenido ó tendrán su razón de ser; pero al hablar de

libertad moral, he creído necesario traer á colación algunas observaciones ligadas al objeto de mi deseo, y aún citaré un caso más, para demostrarte que todo cuanto se haga apoyado por el Estado y á base de signos de disciplina y de castigos, tiene la virtud de irse arraigando insensiblemente. He visto ingresar en el ejército, un joven conscripto, que por temperamento y preparación, tenía una perfecta aversión á la milicia. Mas la delicadeza de su profesión le obligaba á ser de los primeros en concurrir al llamamiento, y pudiendo eludir el servicio obligatorio, no lo hizo, optando por presentarse en el cuartel. Su carácter altivo, unido á los procedimientos muchas veces arbitrarios de las clases estaban en pugna. No ignoraba que en ciertos cuerpos de nuestro ejército, en vez de estimularse los sentimientos de la dignidad personal y del respeto mutuo, dentro de las exigencias del deber, existe especial complacencia por parte de algunos sátrapas que usan ginetas, en deprimir ó abochornar á todo aquel conscripto que revele cultura y decencia; cosa explicable, si se sabe que la tropa está en manos de cabos y sargentos y ni los jefes ni los oficiales se hallan en contacto con el soldado fuera de las horas de instrucción.

Bueno, pues, este conscripto que se incorporara al ejército con un caudal de odio, á los tres meses había cambiado casi por completo en su manera de ser, operándose en su espíritu una evolución extraña y sorprendente.

A la especie de achatamiento intelectual que se

observaba, se le unía un algo de naciente cariño, de entusiasmo embrionario por las armas. Pero es claro: ¿á qué se debía esa revolueión intelectual y moral realizada en tres meses? Nada más que á la disciplina y al rigor cuartelero, amén de la severidad con que se procede y de los efectos auxiliares que se estilan para ir despertando en el conscripto el temor y el entusiasmo. Y no puede menos de sugestionar el uniforme, la instrucción; el continuo manejo de las armas, las voces enérgicas de mando, las dianas y las marchas triunfales de la banda, los castigos severos que se imponen por cualquier detalle; el respeto excesivo á los superiores, y en una palabra: todo aquel ambiente impregnado de patriotismo, de narraciones heróicas, capaces de producir con su práctica constante una evolución. De seguro y á no habérsele dado de alta al final de los tres meses, posiblemente, el conscripto, hubiera continuado en el ejército, absolutamente dominado por el medio. Y quiero llegar con la exposición de estos casos á la conclusión de que ha de ser muy fuerte el ser humano, para poder eludir el mareante influjo del medio en que se agita.

—Por lo poco que yo pueda opinar, pienso exactamente igual: la costumbre va formando una segunda naturaleza, sobre todo cuando es, más que adquirida, impuesta y vigorizada.

—Y quiero repetirte, mi querida Linita, que yo no he repudiado ni las instituciones, ni los hombres que piensan en forma distinta que yo: respeto unas y otros, puesto que la base de la libertad

reside sobre el respeto mutuo de las ideas. Estimo que si las religiones, sectas y logias existen, es porque habrán tenido ó tienen su razón de ser, para que el hombre analice, medite y escoja para su cultivo la que esté más en armonía con su preparación mental.

Si en los regimientos, escuelas religiosas, templos, logias y sectas se establecen obligaciones y reglamentaciones severas, no hacen más que apuntalar y consolidar su edificio, evitando el derrumbe, del mismo modo que el tendero ó el bolichero lanza carteles y perora con calor, haciendo panegíricos entusiastas de sus mercaderías, á fin de aumentar á al menos conservar su clientela para evitar la quiebra y, en consecuencia, el hambre.

Todo es, en concreto, cuestión de más ó menos escrúpulos en el cultivo que el hombre hace de su «modus vivendi», y que resumió el juriconsulto romano en una síntesis formidable: «non omne quod licet, honestum est».

Podrán adoptarse, entonces, todos los sistemas convencionales de apariencia lícita y por ende tolerables, aún cuando la honestidad del móvil vague en la superficie de las ondas.

¿Y sabes que á todo esto ha llegado la hora de cenar?

--Cuando te escucho a tí, lo que menos me preocupa es esa hora.

--Bueno, vamos al comedor y mañana conversaremos sobre algunos puntos que se refieren á tí.

VIII

Por la mañana siguiente, al reunirse en el comedor Don Leo y Linita, después del beso de práctica que ésta solía estampar en la amplia y rugosa frente del anciano, tomaron su desayuno, y Don Leo, con gesto cariñoso y grave rompió la conversación:

—Es necesario, hija mía, que empecemos á pensar en la carrera artística que tú debes cultivar para garantizarte un porvenir. La fortuna que le han legado tus padres es bien escasa por cierto, y yo, á pesar de mi excelente estado de salud, soy un factor negativo, puesto que ya los años van haciéndome sentir su peso, y por lo tanto poco dejan esperar de mí.

Por otra parte, hija mía, has de comprender que tu preparación de cultura general es escasa, y es necesario intensificarla más. A este fin he

pensado adquirirte aparte de la biblioteca mía y de tus padres, otra que esté más en armonía con tu edad.

—Todo cuanto me digas, abuelito, en ese sentido, está de más. Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya, y que estoy dispuesta á todos los sacrificios con tal de llegar á esa independencia de que tú me has hablado otras veces y que me pondrá á cubierto de posibles y futuras necesidades, al par que será el guardián de mi dignidad y mi decoro.

—Muy bien interpretado mi propósito. No obstante, lo dicho por mí no basta: es preciso que cultives un arte, una profesión cualquiera: la que te sea predilecta, por cuanto ella es la que te pondrá al abrigo de las necesidades y te otorgará una absoluta independencia. Tú tienes conocimientos rudimentarios de música, pintura, dibujo, letras, canto, etc., etc., de modo que debes escoger de ellos el que más te plazca y adoptarlo con decisión hasta obtener un dominio vasto y si es posible un título, ya que en estos países nuevos, los títulos abren tantas puertas, aún cuando un axioma pretérito diga «que los títulos no acortan las orejas». Y aún cuando tu caso es distinto, puesto que probablemente no necesitarás ejercer tu profesión, todo arte constituye en la mujer un adorno, un atractivo interesante.

Quedas, pues, en plena libertad para elegir el que más te plazca.

—Bien, pues, tú sabes que yo he tenido especial

vocación por el canto. De emprender cualquier carrera, tengo predilección por esa; pero quiero advertirte que no sé por qué, dentro de mis entusiasmos por llegar á ser una cantatriz de vuelo, siento un horror instintivo, como el presagio de una sombra funesta...

—Vuelvo á repetirte, que por estar más en armonía con mis condiciones, y á pesar del vago presentimiento que me asalta, opto por el canto.

—Perfectamente: no me opongo á ello, en virtud de la consideración que hice y porque en realidad no comprendo á qué se deben esos presagios. Por otra parte, si algo te ha de ocurrir, podría suceder cultivando cualquier arte. No obstante, en cualquier momento estás á tiempo para sustituir el canto por cualquier inclinación donde puedas ver más amplio el campo de tu acción y menos peligros instintivos.

—Estoy resuelta á pesar de todo.

— Bien, pues, mañana empezaré á preocuparme de academias y profesores. Ah!... Otra cosa. Me olvidaba decirte. Yo no recuerdo si tú alguna vez me has oído hablar con tus padres de una anciana pariente mía que reside en Montevideo con un hijo suyo que estudia medicina.

—Si no me engaño, abuelito, me parece que te he oído hablar alguna vez y... espérate... espérate... ¿no se llama... micia Carmen?

—Precisamente. De ella se trata. Bueno: micia Carmen, una noble señora menos vieja de lo que te parecerá cuando la conozcas, es viuda de un hermano mío á quien tu padre conoció. De

aquel matrimonio tuvieron varios hijos, que fallecieron todos, á excepción del último que se llama Aníbal, estudiante de quinto año de medicina y un sólido cerebro que promete mucho. Ahora bien: como en nuestra familia, es grande y mutuo el afecto que nos profesamos, y como sé que Carmen tendría placer en vivir con nosotros, á fin de que tú tengas una compañía de afecto y de confianza, he pensado mandarla llamar á nuestro lado, seguro que ha de servirte de mucho. Será grande el sacrificio que hará, dejando á su único hijo, pero es buena y razonable y accederá á lo que yo le pida. También trataré de que pueda ver con frecuencia á Aníbal, á quien estimo en lo mucho que vale.

--Nada tengo que objetar á tu resolución, abuelito, y desde ya te prometo que querré mucho á micia Carmen, porque, seguramente, tendrá mucho de tí. ¿Y piensas hacerla venir pronto, abuelito?

—Veremos, hija mía. Hoy le escribiré, poniéndole en antecedentes de todo y pronto sabremos si viene y cuando.

Efectivamente: á los pocos días, Don Leo recibía la respuesta de micia Carmen, donde, después de una serie de consideraciones relacionadas con su hijo Aníbal, le decía que levantaría su casa de Montevideo para trasladarse á Buenos Aires.

Don Leo, contentísimo, enteró de la carta á Lilita.

Una mañana apareció Don Leo, acompañando

á micia Carmen y apenas penetró en la sala de Linita ambas se abrazaron cariñosamente como viejas amigas. Micia Carmen, insaciable en sus besos y caricias, sentó á su lado á Linita. Mirándola con ternura y dirigiéndose á Don Leo, repetía á cada instante: .

—¡No me has podido hacer una pintura más acabada de esta criatura. ¡Es exactamente igual! ¡Y qué parecido más raro tiene con mi malograda Clotilde! ¿te acuerdas, tú? — asomando algunas perlas á sus ojos al recuerdo de su hija fallecida.

—Nunca se olvidan las criaturas como aquella.

—¿Me querrás mucho, hija mía? — dirigiéndose á Linita.

—Me parece que la voy á querer mucho, micia Carmen, porque Vd. se parece á abuelito.

Y no se equivocaba Linita.

Micia Carmen, señora de regular estatura, de mirada dulce y reposada, de ademanes distinguidos y afectuosos, que estaban en armonía con su semblante un tanto ajado por las angustias sufridas con la pérdida de su esposo y de casi todos sus hijos, poseía amplia frente coronada por blanca cabellera, que realzaba un tanto su ancianidad aparente, de aspecto en un todo venerable.

Linita contemplaba con respetuoso afecto á micia Carmen, sin ocultar su contento en que se exteriorizaba la pureza de sus líneas y la blancura de su tez acrecentada por el contraste de su

traje de medio luto. Adivinaba que la nueva huesped, daría un poco más de animación á aquella casa un tanto silenciosa.

A los pocos días, inició Linita sus estudios, con una hábil profesora en su domicilio. En ocasiones se trasladaba la discípula á casa de ella, acompañada siempre de micia Carmen.

Transcurrió en sus primeros estudios poco más ó menos un año, en cuyo tiempo, Linita había hecho progresos tan sorprendentes que admiraban á la misma profesora. Y no podía dejar de ser así, si se consideraba que la entusiasta discípula no se daba casi reposo, estudiando sin cesar y ávida de sobresalir entre sus colegas.

Don Leo, como micia Carmen, estaban encantados de la tenacidad y de los esfuerzos que hacía por llegar cuánto antes á la meta.

Dos años más se deslizaron en estudios, y ya la reputación de Linita había crecido rápidamente en la ciudad, hasta el punto de que varias sociedades de beneficencia solicitaban su concurso, seguras de que tratándose de fiestas de filantropía ó caridad, Linita ni Don Leo ó micia Carmen no habían de negarse.

Superfluo es decir que á cada concierto iba segura á recojer salvas de aplausos y ovaciones entusiastas, tributadas por un auditorio tan selecto como sorprendido ante aquella hermosa revelación, en quien el arte hallaba una mimada exquisita, una intérprete soberbia.

Fué en una de estas fiestas, en que Linita,

haciendo un alarde magnífico de su voz amplia y sonora y de su esmerada educación artística, consiguió arrebatar de tal manera la concurrencia que á los aplausos y bravos que atronaban la elegante sala del concierto se unió la significación de un joven de interesante aspecto, enviándole una preciosísima y valiosa corona de flores naturales.

Antes de aceptar el obsequio, Linita consultó con algunas personas que le aconsejaron que lo recibiese mayormente, no sabiéndose de donde ó de quién procedía.

Don Leo veía con verdadera satisfacción los preludios de Linita en la intensa vida del arte donde tantas emociones hondas se reciben en forma de éxitos ó de decepciones. Linita se hallaba en su ambiente. Alma sensitiva y ardiente, rebosando todas las espiritualidades y romanticismos de una juventud plétórica de ensueños, se volcaba íntegra en las sensaciones hondas del arte grandioso, como un ágil velero en corrientes bonacibles. Sus primeros éxitos le sirvieron de aguijón para perseverar en su perfeccionamiento.

El sol brillaba con claridades diáfanas, las brisas parecían envolver en un arrullo deleitoso aquel hogar. Todo sonreía con esa placidez de las cosas tranquilas y encauzadas.

Don Leo entregado á sus lecturas, micia Carmen á los quehaceres domésticos y Linita á sus estudios y á las lecturas amenas é ilustrativas que absorbían casi todo su tiempo.

La única nota que periódicamente se agregaba para dar una nueva y cariñosa tonalidad á aquella vida semi patriarcal, la constituía Aníbal, cada vez que llegaba de Montevideo á pasar unos días con su madre, y darle cuenta de sus incesantes éxitos universitarios, al par que á saludar á don Leo, á quien respetaba y quería, lo mismo que á Linita, á quién iba cobrando cada vez mayor afecto y simpatía. Muchos momentos pasaban los dos haciendo «causerie» y entregados á los transportes ó comentarios artísticos, sobre música, canto, lecturas, en cuyas materias Aníbal se mostraba tan fuerte y preparado que sorprendía tanto por el profundo conocimiento que denotaba, como por la delicadeza de su gusto y la superioridad de su crítica.

Era Aníbal un joven de veinticinco años, de regular estatura y de regular grosor, pero de contextura fuerte y enérgica. Sus facciones eran al par que delicadas, viriles. No era un hombre físicamente hermoso; pero sí interesante en su conjunto elegante y ágil. Su cabellera negra y sedosa, peinada con agradable negligencia estaba en armonía con su fino y naciente mostacho. Sus grandes ojos de un castaño oscuro, interesaban por su vivacidad y su brillo singular. Había en ellos, esa subyugante atracción de las pupilas serenas que exteriorizan un alma templada y un cerebro bien organizado. En esas pupilas se reflejaban poemas candorosos de misterios infantiles, amalgamados con rasgos de fibra y empujes varoniles que solo debían revelarse en las

grandes circunstancias, mientras parecían dormir en el fondo de su espíritu sincero y noble.

No se equivocaba en un ápice don Leo, cuando hacía con su entusiasmo senil el panegírico de Aníbal, con sus resoluciones y sus hábitos de plena independencia, sus ideas personalísimas, y sus reflexiones sabias y maduras, propias de los que han bebido y apurado las gotas de la observación en la pesada copa de la experiencia, tan llena de vicisitudes y rudezas nutritivas como retempladora de las fibras morales y mentales.

Bastaba cambiar unas frases con Aníbal, para sentir un influjo de sincera simpatía hacia él; lo mismo al traducir con su palabra ágil y dulce la robustez de sus sentimientos altruístas, que lo elevaban dentro de su apariencia de idealista al más alto rango de la aristocracia moral como al sostener, con profusión de irresistibles argumentos, una porción de teorías atrevidas.

Don Leo, á medida que iba descubriendo las valiosas vetas de aquella naciente montaña intelectual, más le quería y le estimulaba. Y Aníbal recibía con incontenible satisfacción los consejos de su ilustrado tío.

Muchas veces don Leo, en sus reflexiones solitarias, meditando acerca de Aníbal y de Linita, llegó á pensar íntimamente en la posibilidad de una futura unión. Pero este pensamiento guardólo en el fondo de su pecho, resuelto á dar á Linita la más amplia libertad de elección, no obstante ser aquella la única aspiración del noble anciano, quien anhelaba coronar su obra viendo á Linita

ligada á un hombre digno de ella y en un hogar caliente de ternura, de belleza y de afecto superior, propio de dos espíritus levantados como aquéllos.

Una de las tardes en que Aníbal se proponía regresar á Montevideo para presentar su tesis y optar al doctorado en medicina, hallólo don Leo conversando con Linita en la risueña sala de la casa-quinta. Habían hecho música, habían comentado diversas obras de literatura y sociología, y de pronto Aníbal, mirando con una ternura extraña á Linita, le preguntó con dulzura:

—Díme una cosa, Linita, ¿tú que pareces una criatura llena de pasión y de fuego, nunca has sentido alguna simpatía profunda por ningún hombre?

Linita que si bien no desconocía el creciente cariño de Aníbal hacia ella, desde que el tipo de la mujer ideal que muchas veces le pintase con acentuados coloridos coincidía con ella, quedó sorprendida y sus mejillas se llenaron de carmín. Aníbal esperaba la respuesta tan conmovido como ella.

Linita, sintiendo una emoción tan honda, como posiblemente no sintiera jamás, contestó turbada, al igual que la persona á quien se le presenta un problema sentido, pero no pensado con la calma requerida.

—Sabes, Aníbal... que tu pregunta... ¡já qué ocultártelo! me llena de confusión. Has de saber que hay cosas que si bien se sienten como una ráfaga ligera, no se alcanzan á definir con claridad, más cuando en el caso mío apenas las tareas

artísticas me dejan el tiempo necesario para pensar en otras cosas...

—Es verdad; no cabe duda que así es; pero tampoco he de creer que en una alma como la tuya, rebotante de afectos y destilando encantos capaces de inundar de dicha algún otro ser, en la comunión sagrada 'del hogar, no se haya producido, aunque sea pasajeramente, esa crisis momentánea de los problemas futuros.

—Es cierto. Aníbal; pero aún no he llegado a clasificar la multitud de sentimientos que me embargan, y las ideas que, en flujos y reflujos y sin estabilidad, acuden muchas veces á mi mente. Porque tú sabes que en la vida todos los seres buscan y experimentan sensaciones de goce y de placer íntimo, cada cual en su medio y de acuerdo con su educación ó su cultura. Y como tú decías días pasados, unos hallan su goce más intenso en la ambición de la riqueza, en el ejercicio del mal, en los encantos de la reputación ó de la gloria, en la investigación de las ciencias ó las artes, ó en derramar el bien á manos llenas. Es decir, que cada cual procura el deleite moral á su manera, y su continua práctica llega á constituir una segunda naturaleza...

—Muy bien, Linita: veo que muchas de nuestras conversaciones las ha mascullado con alto criterio.

—Sobre todo las que descansan sobre lógica de hierro. Y voy á terminar: para mí el arte ha constituido hasta la fecha, una fuente de evoluciones elevadas, que ha tenido la virtud de ale-

jar mi pensamiento de otras cosas. Con el arte he celebrado mis primeras nupcias. Esto no quiere decir que en mi pecho no aniden afectos hondos, simpatías ardientes, como las siento por abuelito, por micia Carmen, por... tí... pero no he sentido aún eso que se da en llamar amor y aun sería difícil saber si alguna vez lo he sentido...

—De manera -- contestó radiante de júbilo. Aníbal — que para tí, Linita, no existe en la tierra ningún ser, á excepción de nosotros, que te haya merecido afectos?

Linita sintió como una especie de escalofrío ante aquella pregunta afectuosa y terminante, y quizás por primera vez en su vida tembló. antes de contestar. Ignoraba si la mentira mancharía sus labios en aquel momento, al contestar afirmativamente.. Y como Aníbal notase alguna perplejidad en Linita, remachó su pregunta, diciendo:

—No juzgues, Linita, mi pregunta como una indiscreción, desde que ella explica el origen de mi cariño hacia tí... Me siento el hombre más feliz del orbe, al hallar una coincidencia dulcemente halagadora en tu declaración, por cuanto yo, todos mis ardores pasionales, todos mis entusiasmos y esperanzas juveniles, todos mis ensueños, mis impulsos y mis triunfos, los cifro también en mi madre, en Don Leo y en tí... -- clavándole un mirada abrasadora, donde chisporroteaban veinticinco. abriles, -- preferentemente en tí á quien adoré como un ídolo en si-

lencio durante dos años, y cuyo silencio no puedo contenerlo, porque traicionaría mi propia sinceridad...

En aquel momento se oyó en la puerta la voz de Don Leo y micia Carmen que entraban, interrumpiendo aquel momento álgido y supremo de dos vidas. Es que venían á anunciar á Aníbal la hora de embarcarse.

Para Don Leo no pasó desapercibida la turbación extremada de Linita y la excitación de Aníbal, é íntimamente lamentó aquella interrupción. Mas era preciso que Aníbal no perdiera el vapor de esa tarde, para poder entregar su tesis vigorosa y brillante que tantos aplausos y admiradores había de atraerle.

Para Linita, la entrada de Don Leo y micia Carmen, fué salvadora y sensible, pues, en realidad, nada se atrevía á contestar á Aníbal, temiendo incurrir en una vulgar mentira ó en una traición incapaz de ella. Ignorante de la definición de sus sentimientos, solo sabía que siempre había tenido un cariño muy marcado por Aníbal, cariño que se iba acrecentando cada vez más, á medida que observaba su apasionamiento por lo grande y lo noble. Y hasta debe creerse que, sin comprenderlo ella misma, lo amaba también.

Pero parecía estar escrito, que las cosas habían de tomar un giro extraño, interponiéndose alguna nube fastidiosa ante el esplendor de aquella aurora que surjía coronada de gloria y

de pureza, al preludiar un himno de amor aquellas almas.

Anibal, al ver á su madre y á don Leo, se levantó un tanto sorprendido, y miró rápidamente su reloj.

—Precisamente—dijo la madre,—como tardabas un poco, veníamos á recordarte que la hora de partir se aproxima.

—Tienes razón, madre mía. Son las cinco, y, á no llamarme, quizás hubiera demorado más, por que estaba conversando sobre una porción de cosas interesantes con Linita, de esas que todo lo hacen olvidar, — y miró de soslayo á la señorita, que también acababa de levantarse ruborosa.

—Estos chicos todo lo encuentran interesante, cuando se engolfan en cuestiones de arte.

—En nuestros tiempos, apenas si nos preocupábamos de esas cosas. ¿No es verdad Leo?

—Bueno; yo les dejaré con harta sentimiento. Con que así, hasta muy pronto. Si tengo el éxito que preveo en mi tesis, de aquí tres meses volveré; sinó, será dentro de seis.

—Eso no, hijo mío, — contestó micia Carmen. — Con éxito ó sin él, ya sabes que tengo interés en que vengas en la fecha que te dije.

—Sí, Anibal; anda, pues te aseguro que si de tu tesis depende la certidumbre del viaje, ya me parece estarte viendo.

—Yo pienso lo mismo — contestó Linita, — y estoy segura de su triunfo.

—Con esa convicción me voy, y — uniendo la

acción á la palabra, — estampó dos cálidos besos en las frentes de su madre y de don Leo, dió un ardiente y prolongado apretón de mano á Linita, retribuido con igual fuerza, y salió haciendo un cariñoso saludo en general.

Debe advertirse que Aníbal se ausentaba altamente contrariado, no sólo porque no llevaba una respuesta afirmativa de Linita, de quien tanto esperaba y en quien todo lo cifraba, sino que una voz interna y secreta le aseguraba alguna violencia que no alcanzaba á penetrar.

Conocía tan hondamente la psicología de Linita y aquella perplegidad en contestar á su pregunta, en responder á su primera y quizás única declaración afectuosa que, francamente, no llegaba á explicársela, sino como un síntoma de cosas graves. En vano su pensamiento se fatigaba buscando y suponiendo causas y factores; pero todo se estrellaba ante el candor y la nobleza de Linita. No obstante se decía, ¿por qué no me habrá contestado en seguida? ¿A qué se debe esa vacilación en un carácter como el de ella? ¿O es que, en realidad,... no es posible...? No; no debo creer que ningún ser más afortunado que yo—y Aníbal ante esa negra idea que cruzaba como un cuervo por su mente, palideció como la cera, — haya podido llegar hasta su corazón. constar su duda de si amaría á alguna persona más.

Alrededor de este hecho, fué reflexionando, y torturando su cerebro Aníbal, vagando á tientas en ese mortificante mundo de la hipótesis, hasta llegar á Montevideo.

VIII.

El lector, que seguramente se ha familiarizado con Linita, necesita satisfacer el ansia legítima que habrá despertado el extraño procedimiento adoptado con Aníbal, pues en realidad no se justifica la actitud vacilante de ella, ante la declaración tierna y caballeresca de éste, menos si se piensa que entre ambos existía una afinidad de ideas y sentimientos, similitud de caracteres, y predisposiciones idénticas.

Y, francamente, considerando las virtudes morales de Linita, el lector se encontrará ante un caso que por lo extraño, casi es del dominio de la psiquiatría.

Ha de recordar el lector que Linita, después de haber tenido profesora á domicilio, empezó á concurrir á la academia dos veces por semana, por espacio de un año. Es en el transcurso de este tiempo, solicitada por asociaciones y estimulada por sus profesores, se resolvió á tomar parte en algunos conciertos de beneficencia, alcanzando repetidos triunfos, en varios de los

cuales el entusiasmo de la concurrencia salió de punto, manifestándose en ruidosas ovaciones y arrojándole flores á la novel y delicada artista. En estos conciertos fué sorprendida con algunas coronas de flores de procedencia anónima.

Otro detalle más hemos de hacer resaltar, ya que los arroyuelos y las corrientes al parecer aislados y sin importancia, pero encauzados hacia un mismo punto forman los grandes ríos. Después de sus primeros éxitos, cada vez, ó sea los martes y viernes de mañana, que Linita acompañada de micia Carmen pasaban por una calle céntrica en dirección á la academia, á esa misma hora, con una constancia y una exactitud cronométrica, siempre tropezaban con un apuesto joven, que se concretaba á mirar á Linita con una fijeza extraordinaria, mezcla de simpatía y de placer, hasta el punto de llamar la atención de la señorita y de micia Carmen, que resolvieron de común acuerdo, dirigirse por otra calle, á fin de evitar ese encuentro. Pero todo era inútil; el joven siempre había de cruzarse por delante, ó por lo menos verlas á distancia.

Alto y rubio, bien distribuido, de facciones sumamente delicadas, de aspecto interesante, pisarla nuestro joven en los veintiocho años y vestía con irreprochable elegancia. Su porte distinguido, llamaba la atención; pero para el observador atento, había en su mirada y en su actitud natural — cuando no amaneraba su postura. — una expresión de fatiga y de perverso sen-

sualismo que decía de largas nocturnales y libidinosas embriagueces del gran mundo que por tanto se eclipsaban tras el brillo del oro y los oropeles del nombre, disfrúz excelente para el ejercicio de pasiones innobles.

Alberto de Poi pertenecía por su tradición, su nombre y su cuantiosa fortuna, á nuestra rigurosa «haut». Admirador entusiasta de Linita, á quien había visto trabajar en varios conciertos, no teniendo ningún medio á su alcance que pudiera servirle para exteriorizar su pasión tan vehemente, recurrió á un meditado plan, cuyo resultado se verá más adelante. Empezó, como supondrá el lector, por el envío anónimo de las coronas de flores al escenario. Después con esa persecución silenciosa que revela al tenorio consumado, ubicábase todas las veces que podía en el camino de Linita, puesto que la vida retraída que ésta hacía no daba márgen para dar mayores vuelos á sus intenciones pertinaces.

Pero, desgraciadamente, en ciertos planes bastardos concebidos en la sombra del mal, fatalidades misteriosas que la mente no puede investigar, se confabulan de tal manera que indirectamente vienen á propiciar su realización á despecho de todo. Y la tangente, la puerta anhelada y acariciada en la desesperante impetuosidad de su ansia contenida, acababa de abrirse para darle paso.

Se terminaba el curso en la academia, y en celebración del éxito final, la dirección había resuelto la realización de una fiesta en la que to-

marían parte alumnas y alumnos. Se compondría de un banquete y de un baile. Descontado está que Linita fué invitada; pero ésta obedeciendo á sus hábitos de retraimiento espontáneo, se excusó de asistir, negativa que movió á la dirección á dirigirse á don Leo y micia Carmen, solicitando la interposición de su influencia para que Linita fuera á dar tonalidad de lucimiento á la fiesta, en la cual ella podía ocupar el sitio de honor que merecían sus méritos relevantes. Y tanto se insistió en que su presencia se imponía, que no pudo eludir en manera alguna la invitación, y concurrió como siempre con micia Carmen.

Difícil sería justificar los medios á que había recurrido, y los mil resortes que su astucia había tocado al amparo de su espectable posición social, para poder quebrantar la integridad de la dirección de la academia, consiguiendo entrada en aquella fiesta de carácter íntimo y efectuada solo en homenaje á los alumnos y con exclusión de toda persona extraña á la casa.

Pero, ya se ha dicho, los que cultivan el mal tienen también su hado tutelar que les facilita la ejecución de sus propósitos. Y Alberto, aguzó todo su ingenio en aras de su anhelo.

Una vez que la música rompió el silencio para iniciar la danza, fácil le fué á Alberto, hacerse presentar á Linita, quien es excusado decir, que sufrió un estremecimiento indecible, recordando la infinidad de veces que se había cruzado respetuosamente á su paso. Alberto, con ful-

gotes de alegría en sus pupilas, la solicitó para valsar y Linita accedió á la galante invitación, constituyendo así, la pareja más llamativa de la fiesta, tanto por la espiritual belleza de la joven como por el porte selecto del arrogante galán, que se deshacía en finas atenciones para ella. Ni para el uno ni para la otra pasó desapercibido que las miradas de la concurrencia convergían hacia ellos.

Puede figurarse el lector la impresión honda que produciría en Linita aquel ambiente risueño y animado, en que se veía por primera vez en su vida, dando su torneado brazo á un joven ó delicadamente entrelazada por él en la ejecución de la danza.

Duradera y fuerte es la sacudida moral que se recibe, cuando se ha hecho una vida semi aislada, entregaba á sus aficciones y viviendo por y para su arte y sus estudios, que, como bien lo declaraba ella, distraían y absorbían todos sus pensamientos. Y se entra de pronto en las encantadoras voluptuosidades de la vida social, á la cual, sea por su temperamento ó por predominación de algunos gérmenes etiológicos le profesaba un horror instintivo. Indiscutiblemente, la impresión que recibiera Linita en aquel lugar fué muy honda.

Regio era el aspecto del amplio salón alfombrado con gusto delicado. Las paredes, aparte de sus decoraciones, estaban adornadas con cuadros, espejos y elegantísimas guirnaldas de flores naturales. Arañas artísticas despedían torrentes de

luz por medio de centenares de lamparillas multicolores, amén de una serie de complementos llamativos que daban un golpe de vista soberbio á aquel cuadro de luz y colorido intenso, al cual se agregaban cuchicheos, murmullos y sonrisas, interrumpidas de tanto en tanto por una música agradable y voluptuosa, á cuyo compás desfilaban numerosas parejas ataviadas con sus mejores galas, derrochando todos los encantos de sus entusiasmos coreográficos. Aquel ambiente de buen tono, perfumado y tibio, emocionaba por su lujo y su brillo á los mismos «habitués». Cuál no sería la sensación desconocida que se había apoderado de Linita, y que forzosamente debía producirle una extraña embriaguez de los sentidos, que posiblemente turbaría la paz de su alma virginal y pura.

Ese momento de ebriedad y de sorpresa por que cruzaba Linita, lo aprovechó hábilmente Alberto — después de las triviales galanterías de estilo y aparentando vencer los escrúpulos inherentes á las personas que recién se conocen, — para permitirse algunas insinuaciones amables, usando ese tacto delicado del vil tenorio profesional, conocedor de las teclas que debe empezar á presionar para obtener las tonalidades deseadas.

—Antes que nada, señorita, ha de permitirme usted que la proclame reina de esta fiesta, en la que solo descuellan los prestigios de su elegancia y de su belleza.

Linita, roja como una amapola ante aquella de-

claración dicha respetuosamente, tembló de perplejidad, limitándose á contestar:

—Es una galantería que agradezco; pero que no acepto, segura de que usurparía derechos mejor conquistados.

—Señorita, aun cuando con ello hiera su modestia, le ruego que me permita ratificar mi declaración, advirtiéndole que se ha dado en reconocerme un criterio selecto en materia de apreciaciones. En virtud de eso, no retiro lo dicho.

—Si usted se empeña, no me opondré; pero protesto de su apreciación amable.

—Para corroborar este juicio, he de añadir, señorita, que nunca me he sentido tan conmovido como esta noche, que para mí tiene claridades de aurora, y en la que se realiza uno de mis anhelos ardientemente acariciados, al poderle ofrecer á usted mi sincero homenaje de respetuosa consideración...

—No comprendo, caballero... á qué responde...

—Usted es demasiado gentil para tolerarme que explique con mayor claridad el concepto.

Era superflua la especificación que iba á hacer Alberto, puesto que ya suponía Linita en qué consistía, con sólo recordar la infinidad de veces que le había visto estacionado en las proximidades de la academia. No obstante, su distinción y su cultura exigían ese aparente disimulo.

—Usted dirá, señor.

—Como en todas las cosas, señorita, dentro de estas manifestaciones, palpita una pequeña histo-

ria que he de sintetizarla en pocas palabras, para no pecar de molesto...

—De ninguna manera, máxime si esta historia, que no alcanzo á penetrar, por lo visto tiene relación conmigo, lo cual me llena de sorpresa.

Linita no conocía los mil ardides, los mil recursos que se ponen en juego en nuestra sociedad para matizar y dar interés á ciertas conversaciones; pero ayudada por su clara inteligencia, si no tenía argumentos para atacar, al menos, intentaba repeler ó ponerse á la defensiva en ese nuevo y artificioso debut.

—Voy á explicarle á usted — prosiguió Alberto, — el origen de esa historia, ya que una feliz coyuntura me proporciona la felicidad de expresársela á su distinguida y originaria motivadora.

He tenido la fortuna de asistir á su debut artístico realizado como recordará, en el salón del Príncipe Jorge á beneficio de los niños inválidos, y no obstante concurrir á los grandes teatros y haber escuchado á las más grandes artistas europeas y americanas, la noche aquella, he sentido una de las emociones más intensas de mi vida y que ha de perdurar por mucho tiempo en mi espíritu. Aquella vibrante y delicada aria que usted cantó, me provocó un ansia de aplaudir con delirio, hasta el punto de que no solo yo me sentía electrizado de entusiasmo, sinó la concurrencia en masa, quienes al ovacionarla con tanto frenesí, ha de recordarlo usted, la impusimos la obligación de repetirla varias veces...

—Sí, señor; todo lo recuerdo, porque fué uno

de mis pasajes iniciales más confortantes, y aún cuando creo que fué debido á una pura benevolencia del público, no podré olvidar nunca ni las agradables sensaciones ni los pormenores de esa noche. Con todo debo hacer constar que si usted no justifica esa exagerada apreciación, lo mismo que su criterio comparativo, me consideraré ofendida...

—Le suplico, señorita que no prosiga, pues, precisamente iba á reforzar mi aserción. Advertida queda en su presentación al escenario falta de técnica teatral y el dominio de numerosos detalles sólo determinados después de una larga actuación y de una consagración absoluta al arte; esa deficiencia en usted, tuvo la virtud de suplirla y eclipsarla magistramente con una interpretación y una simulación tal que su misma iniciación contribuía á agigantarla, haciéndonos entrever á todos una magna estrella surgiendo en el firmamento del arte divino. Y el secreto de su triunfo ruidoso, consistió precisamente en la inspiración sostenida de su difícil parte, por cuanto se había identificado de tal manera con su papel de mujer mártir y burlada, que aparecía envuelta no sólo en una impecable aureola de resplandor presente, sino como una esperanza halagadora de orgullo nacional.

—He escuchado, como Vd. ha visto, en silencio ese desborde de su entusiasmo exageradamente gratuito; pero también he aprendido yo á juzgarme á mí misma como simple aficionada al arte, y por lo tanto sé que Vd. se ha excedido en

el juicio, y de sus amables consideraciones. Sus últimas palabras no son sino una fina habilidad para justificar con éxito su propia ligereza en la emisión de juicios críticos, que pecan de benévolo.

—No quiero, 'señorita, replicarle; sólo me concretaré á aportar nuevos elementos de prueba, para que usted pueda palpar la veracidad de cuanto afirmo. Prosiguiendo, quiero agregar que fué tal la vehemencia de mi deleite, que, después del segundo acto, obedeciendo por primera vez á un entusiasmo instintivo, salí del teatro, penetré en una casa de flores donde había una espléndida corona de jazmines y orquideas y...

—¡Ah!...¿ Conque Vd. fué?

—Y cometí la imprudencia de hacerla llegar anónimamente á la escena, por lo cual Vd. sabrá perdonarme.

—Conque... Vd. fué el que me envió aquel obsequio, que, por cierto, aún conservo?

Y al recordar ese hermoso pasaje de su iniciación, que, á decir verdad, tanto le había halagado, un lampo de gratitud y de incontenida simpatía cruzó como fulgente meteoro en la tranquila negrura de sus grandes ojos, fulgor que tampoco escapó á la mirada calculadora y penetrante de Alberto, quien todo lo había previsto y preparado con una astucia maquiavélica.

—Sí, señorita, — contestando á la exclamación de Linita. — Yo he sido, y pues que quiero extremar mi justificación, debo agregar que desde esa noche memorable, ha desaparecido la calma

y la alegría de mi pecho, cual si el poderoso transporte de deleite que Vd. me produjera, hubiera querido cobrarse un tributo, robándome por primera vez el reposo, para sumirme en un mar de angustias, en una continua sombra de dolor sin esperanza, sombra de espesa tristeza, que sólo se disipaba por momentos, ó sea dos veces por día.

—No le comprendo — interesándose cada vez más por el relato.

—Ya que el destino se ha compadecido de mi desventura y me permite estos felices momentos de expansión, aclararé esa duda, repitiendo, señorita, que esas nubes que empañan el firmamento sereno de mi juventud, se esfuman cada vez que tengo la felicidad de verla ir y regresar de la academia, remedio muy pobre para una alma tan enferma.

—Es decir, que Vd. se ubicaba ex-profeso en el mismo sitio para vernos pasar?

—A qué negarlo, señorita. Yo no sé qué tormenta ó qué ráfaga sublime me ha colocado á su paso, quizá para conocer el infortunio en todas sus crudezas ó para alcanzar el sumun de las glorias.

Linita apenas contestaba á las declaraciones de Alberto, limitándose á escucharlas; pero tan revestidas de sinceridad y de espontáneo entusiasmo las veía que no podían menos que producirle cierta conmoción. Tan astuto era aquel innoble sugeto, al así hacer vibrar con suma agudeza las cuerdas de la ternura, que fatalmente había de

dejar profunda huella en aquella naturaleza sensible, generosa y grande, á quien empezó por inspirarle compasión, recordándole los mil sacrificios que se había impuesto, para darse el contento de verla pasar.

Terminados los primeros números del programa, y á fin de no llamar la atención, Linita solicitó ser llevada al lado de su tía, á lo cual accedió gustoso Alberto, no sin antes haber pronunciado algunas frases más y comprometiéndola para alguna otra pieza. Pretextó para ello no conocer á casi ninguna de las niñas, si bien á él le conocían la mayor parte.

Este paréntesis, dió lugar á que numerosas amigas y condiscípulas de Linita se aproximaran á estrecharle la mano y felicitarla, muchas de las cuales sin disimular su envidia, otras haciendo elogiosos panegíricos sobre la cuna y la posición social del caballero.

Todos estos detalles que el maldito acaso se complacía en interponer para que aquella trama criminal premeditada y acariciada, urdida con un talento novelesco que sorprendía, por cuanto hasta los factores casuales, contribuían á soplar y encender la compasiva simpatía que empezaba embargar á Linita y que desgraciadamente había de trocarse en afecto.

Micia Carmen, después de aquella primera parte, insinuó la conveniencia de irse, que Linita aceptó sin oposición, mas el director de la Academia, al ver que se disponían á retirarse, corrió presuroso rogándoles con finas palabras que se

quedaran un momento más, pues era aún muy temprano, petición que fué reforzada por las amigas y algunas otras señoras. Ante esas nuevas insistencias, accedieron, lo cual fué suficiente para facilitar la obra de Alberto, quien minutos antes había palidecido de odio y de rabia al ver que estaba por marcharse su presa, haciéndole derrumbar la montaña de anheladas esperanzas que venía forjando con la paciencia de un miserable Job. Pero, al ver que todavía quedaban, un relámpago de sinistra alegría pareció envolverlo. Mas dominado el choque de esas dos fuertes emociones encontradas, sus facciones volvieron á cubrirse con esa magistral careta de la sonrisa y del gesto amable, y temiendo nuevos contratiempos, no obstante estar convencido de que su venenosa combinación habría empezado á producir sus efectos tóxicos en Linita, se dirigió nuevamente á ella, para invitarla con fineza á bailar las últimas piezas.

Con el veneno inyectado, bien explorado el terreno, Alberto empezó el ataque con nuevos bríos y mayor denuedo.

Difícil sería seguir con minuciosidad el curso de aquella segunda conversación, en que puso de relieve toda su insuperada sagacidad. Apelando á todos los medios que le sugería su fecunda y ponsoñosa fantasía, consiguió arrancar algunas esperanzas á Linita, con lo que ya dió por clavada su bandera triunfadora en aquel fuerte, donde hacía tanto tiempo dirigía sus baterías sin poder precisar la distancia ni el feecto.

La víctima empezaba á diseñarse.

Fué á los pocos días de esa fiesta, cuando coincidió la llegada de Aníbal, y ahí tiene el lector la plicación del silencio de Linita, ante la declaración franca y noble de aquel joven caballeresco, á quien no se atrevía á contestar, no obstante aconsejárselo la secreta voz de su pureza. Es que aquel aventurero miserable se había interpuesto como una valla. El tóxico había producido sus efectos en aquella alma virgen, por cuya mente no cruzó jamás una idea baja ó perversa que pudiera prevenirla.

IX

A los veinte días de esta fiesta memorable, y después de haberse ausentado Aníbal á Montevideo, una tarde, un anciano de grave aspecto y correctamente vestido, descendió de un elegante coche de librea, frente á la linda casa quinta que habitaban Don Leo y Linita. Tocó el timbre y requirió la presencia del dueño de casa ó sea de Don Leo, á quien hizo entregar su tarjeta.

Al momento apareció Don Leo, y previo saludo de estilo, éste rompió el silencio.

—Ignoro, señor, á qué debo el honor de su visita; pero Vd. dirá.

—Delicada es, señor, la misión que vengo á cumplir, máxime cuando se tiene apenas el honor de conocerle y esto por referencias. No obstante ella, consiste en la siguiente: No sé si habrá llegado á sus oídos, ya que á mí mismo me ha tomado de sorpresa, que mi hijo Alberto está perdidamente enamorado de una hija suya llamada Teodolina...

—Señor...; francamente, es esto una inesperada novedad.

--Me encuentro en la misma situación y sólo me limito á ser intérprete de la voluntad de mi hijo, quien parece estar deliberadamente resuelto á casarse con su hija.

—Disculpe si nuevamente me manifiesto sorprendido.

—Entiendo que esa sorpresa es originada sólo por el pecado y no por el pecador, pues, Vd. sabe por referencia quien soy y á qué sociedad pertenece lo mismo que la posición que ocupa mi hijo...

—Perdone, señor, la interrupción, pero quiero hacer constar, antes de nada, que ni su posición, ni su actuación, ni nada que con Vd. ó con su hijo pueda relacionarse me interesa tanto como mi nieta.

—¡Ah! es su nieta ¿no?

—Sí, señor. Por tanto me permitirá Vd. que lo deje dos minutos para conversar con ella, manifestándole que, sea cual fuere su deseo, se respetará y cumplirá.

Y uniendo la acción á la palabra, se dirigió á la habitación de Linita á quien halló bordando, y un tanto preocupada por la llegada de ese señor desconocido, cuya visita presentía relacionada con sus nacientes cavilaciones afectuosas.

Don Leo, preocupado hasta donde pueda estarlo un hombre de sus condiciones; pero habituado á las sorpresas de la vida, por más hondas que ellas fueran, consiguió dominarse, y pe-

netrando á la habitación de Linita, le enteró tranquilamente del objeto de esa imprevista visita.

Linita, perpleja y muda al principio, contestó á Don Leo:

—Mira, abuelito, voy á ponerte sintéticamente al corriente de todo lo ocurrido, y así despejaré lo que para tí es aún un misterio; pero debo hacer constar, que si antes no lo has sabido, es porque yo tampoco esperaba el giro rápido que parece haber tomado este asunto.

—Si tú te empeñas, lo escucharé; aunque ya sabes que ni el origen ni la forma me interesan tanto como el fondo, porque en él palpita tu felicidad ó tu desdicha.

—Si te ruego que me escuches es porque quiero que lo sepas todo.

Y Linita, en pocas palabras, con la brevedad que el caso requería, refirió todos los detalles de aquel noviazco de caracteres novelescos.

Don Leo oyó tranquilamente la relación y preguntó:

—Y bien, Linita, para estas cosas es necesario no tener escrúpulos, y aún cuando de tu breve relato se desprende que has llegado á profesar alguna simpatía á se joven, quiero oír la declaración de tus propios labios, para presentarte á ese señor. Dime, pues, si en realidad amas y sientes afecto por ese joven.

—Creo, abuelito, sentir por él una gran simpatía.

—Si estás convencida de ello, vamos á la sala,

porque debo suponer que, aunque criatura de poca experiencia, habrás meditado bien el grave paso que vas á dar.

Y Don Leo, seguido de Linita, se dirigió á la sala, donde, previas disculpas por la demora, fué presentada Linita al anciano padre de Alberto.

Después de haber conversado algunos instantes sobre todo lo que puede decirse en una presentación de ese género, pasaron á establecer el día de la presentación de Alberto en la familia y los días de visita, que fueron los miércoles y sábados de cada semana.

Terminada esta escena, cuyos detalles no importan mayormente y á cuyo final asistió también micia Carmen, se retiró el anciano, quedando en la sala los tres. Don Leo y micia Carmen hicieron á Linita algunas observaciones prudentes y de práctica; pero sin exteriorizar ni el uno ni la otra mayor sorpresa por el hecho. á fin de no cohibir á Linita, que las escuchó con el respeto cariñoso de siempre.

Habituados al respeto de la voluntad y á la libertad de obrar y de pensar dentro de las limitaciones de la lógica, Don Leo y micia Carmen, si bien sorprendidos íntimamente por aquel hecho inopinado, lo pusieron de relieve delicadamente.

Pasados aquellos días, con relativa normalidad, el primer miércoles se presentó Alberto acompañado de su padre, en la casa quinta de Don Leo, haciéndose la presentación debida de

aquel magnífico réptil que tan hábilmente sabía cubrir y disimular las formas y pasar por un culto caballero, amable y fino, merced á los artificios que adoptaba para que el débil barniz de cultura no se agrietara, haciendo ver la materia tosca y grosera de sus adentros.

Desde ese momento, las tranquilas puertas de la alegre casa-quinta se abrieron de par en par, para dar entrada... al deshonor y la infamia que ocultaba el depravado novio.

No obstante el arte exquisito con que esgrimía Alberto el arma ponzoñosa de la nobleza y de la educación, máxime cuando estaba presente Don Leo; no obstante su tacto por dar á las conversaciones un giro de distinción y de interés, éste, conocedor profundo de los hombres, habituado á escudriñarlos hasta el fondo, había colegido algo de extraño y misterioso en aquellas facciones del joven aristócrata. Algo que no se atrevía á participar á Linita, por no herir su susceptibilidad de amante, y que tampoco había de callar en cuanto su opinión fuera requerida por ésta, cosa que estaba seguro había de ocurrir, Don Leo quería cumplir con el sagrado deber de advertir sin extorsiones ni violencias á fin de no tener nada que reprocharse, ante las posibles ulterioridades que pudiera producir aquel noviazgo, moral, mental y socialmente incompatible.

Si Don Leo algo lamentaba en su fuero interno, es que esa unión no se hubiere efectuado con Aníbal, á quien suponía con todas las

condiciones de lealtad y de pureza dignas de aquella criatura angelical, y en quien había entrevisto un afecto supremo hacia Linita.

Dolorosa había sido para Aníbal aquella vacilación de la niña al desbordamiento del fuego de su pasión abrasadora; vacilación que estaba muy lejos de esperar, y que pobló de sombras y de penas su corazón, haciendo caer por tierra sus más luminosos ensueños de amante casto y viril. Terrible había sido su primera derrota; pero su desconcierto subió de punto y su desesperación fué indecible, hasta hacerle gemir de angustia, cuando en una de las últimas cartas que recibió de micia Carmen, se le comunicaba el compromiso matrimonial contraído por Linita, noticia que coincidía con la aprobación de su tesis, que le hacía ser el blanco de los más honrosos comentarios en los centros intelectuales y universitarios de Montevideo. En aquellos instantes en que se requería su presencia en uno y otro lado para celebrar su triunfo, él se había encerrado en su habitación de estudiante para desahogarse á solas con su hondo dolor.

Aníbal rememoraba detalle por detalle todo lo ocurrido con Linita, y al llegar el momento de su declaración y á la perplejidad de ésta en contestarle, todo se lo explicó. Pero en medio de su desconcierto, más y más adoraba á aquella joven sincera y recatada, en quien hasta justificaba aquella indecisión que en el instante aludido mostró.

¿Cómo es posible — reflexionaba Aníbal para

sus adentros — que sintiendo Linita aunque me lo ha dicho de palabra, un cariño intenso y fuerte creer que algún misterio funesto ha turbado su espíritu lucido, que algún factor extraordinario se ha interpuesto como una sombra maléfica entre los dos. ¿Habré sido débil ó moroso en la exteriorización de mi amor? Mas ella debía comprenderlo. ¿Qué relación puede haber existido antes de ahora entre Linita y ese señor á quien no conozco, pero que odio con todas mis fuerzas? Sin embargo, algo solemne y recóndito, me obliga á no tener para ella ni una sola palabra de encono ó de despecho, máxime si se reflexiona sobre la lealtad con que obré al no contestar á mi declaración, cosa que otra cualquiera hubiera hecho en seguida, obligándome á concebir esperanzas. Sea como fuere, yo quiero á Linita con el ardor de siempre, y sin saber por qué, y aún cuando parezca una aberración, la amo con una fuerza extraña, y si el infortunio se opone á la realización de mis anhelos, como todo me parece demostrarlo, la querré como una hermana ó como una amiga del alma. Pero yo no descansaré hasta desentrañar el misterio que observo en esta nebulosa horrible.

Así pasaron algunas semanas después de la malhadada noticia. En cavilaciones amargas é indescriptibles, se engolfaba Aníbal, mientras sus amigos le buscaban por todas partes, para compartir su reciente éxito; pero su dolor era muy hondo para que pudiera ahogarlo tan pronto.

Dejemos á Aníbal en esa angustia sin tangente para volver á la casa-quinta de Don Leo.

Después de establecerse los días de visita, Alberto acudía puntualmente al lado de Linita, demostrando en todos los casos una corrección irreprochable, y esforzándose por hacerse agradable á Don Leo y á micia Carmen, quienes no podían aceptarlo de buen grado, preferentemente aquél, que al tenderle algunas sondas para convencerse de la capacidad de sus sentimientos, ya que intelectualmente conocía su vaciedad, había podido colegir predisposiciones poco halagadoras. Y era tal el temor que aquel venerable anciano inspiraba á Alberto, que cada vez que las circunstancias le obligaban á departir con él temblaba, y se inmutaba frecuentemente.

Don Leo, penetrado en la actitud correcta y reservada de Alberto, tenía formado criterio sobre su carácter que consideraba superficial y frívolo, y en el que, á pesar de los esfuerzos, prevalecía la pedantería inherente á esas aristocracias acartonadas, que sólo brillan al reflejo solar, con la efímera fijeza de las ondas, y no con la intensidad pura y radiante de la clase alta en el sentir y del pensar.

En uno de aquellos días, se produjo el caso que esperaba Don Leo para libertarse de un enorme peso de conciencia, pues Linita, buena y gentil como siempre, no pudo resistir al deseo de consultar la opinión de Don Leo, con respecto á Alberto, así que aprovechando un momento

oportuno, en que se encontraban solos, Linita abordó al anciano en esta forma:

—Dime, querido abuelito; hace ya algunas semanas, que deseaba hacerte una pregunta.

—Tú dirás, hija mía: ya sabes que estoy siempre dispuesto á escucharte.

—Bien: lo que deseo que me digas es...

—Prosigue, Linita.

—Es... ¿qué opinión te merece Alberto á quien ya conoces y has tratado?

—Sabes que me pones en un verdadero aprieto.

—No me explico...

—Sí; es un momento difícil, si es que quieres obligarme á que te dé mi opinión con la franqueza absoluta y sin restricciones, como acostumbro á hacerlo yo, porque ella, probablemente podría molestarte.

—Precisamente — contestó Linita un tanto pálida por el tono grave que imprimió Don Leo á sus últimas palabras — por eso, ahora deseo conocerla con más interés.

—La conocerás en pocas palabras si te empeñas, entendiendo que mi opinión no ha de alterar la tuya ni ha de aminorar tu pasión por Alberto.

—Así será; te escucho.

—Pues bien: del resultado de mis observaciones y conversaciones con Alberto; del minucioso análisis moral que pretendo haber hecho, quizás extraviado por la chochera de mis años, se desprende una conclusión y un principio, que pro-

bablemente no podré modificarlo: debo decirte que he notado en ese joven desde el primer momento un aire de flicción, una mal contenida violencia en sus actos, como si tratara de dorar ó suavizar ciertos movimientos que brotan «prima facie», cuando comete la ligereza de distraerse. cosa que ocurre pocas veces, y los cuales siempre me han impresionado mal. Su cultura, como tú misma habrás observado, todo lo que tiene de excesiva en materia de sociabilidad y vida de gran mundo; lo tiene de desorientada en cuestiones fundamentales que tan de cerca deben afectar á los hombres jóvenes de la época, que se incorporan en la gran evolución de las ideas. Hallarás la prueba en que cada vez que hemos tocado algún punto serio, él se ha apartado de él ó ha confesado su impotencia con el silencio. Por otra parte... ciertos detalles que las circunstancias me han hecho saber relativas á ese joven...

—¿Cómo, cómo, abuelito?

—Sí; que ciertos detalles han contribuído á que mi criterio lo aquilate en un valor netamente positivo.

Linita había escuchado silenciosamente las palabras graves de Don Leo, mascullándolas á su manera; pero sin ocultar su contrariedad por aquella opinión que si, en aquel momento no aceptaba, la escuchaba respetuosamente, pues tenía fe en la sinceridad del anciano. Sin embargo, Linita se creyó obligada á hacer una débil defensa de su prometido, que hubiera sido enér-

gica y valiente con otro cualquiera. Al terminar Don Leo, ella objetó:

—Ciertamente, mi querido abuelito, que después de haber solicitado tu parecer con tanta insistencia, me he inhabilitado yo misma para discutir tu juicio; pero quiero hacer presente, que quizás hayas juzgado á Alberto con excesiva dureza, y á ello haya contribuido la maldad de unos y los precedentes de otros, que, según el viejo axioma, conducen á que pague el justo por el pecador.

—Nada difícil sería, hija mía, y ojalá así fuera para tranquilidad mía y felicidad tuya; pero me traicionaría á mí mismo, y no me lo perdonaría nunca, aún cuando me equivoque, si no agregara á mi opinión, para rematarla con toda franqueza y reasumiendo observaciones hechas, que Alberto es un joven indigno de tus virtudes y méritos.

—Quizás sea, abuelito, el gran afecto que por mí sientes, la causa de que no supongas á Alberto digno de mí, pues por lo demás, él es tan bueno, tan fino, tan caballero...

—Me alegraría siempre por tí, hija mía; pero no olvides que la bondad de ciertos hombres como la de ciertas mujeres, deben pasar por muchos tamices para probar su pureza. Lamentaría que cuanto acabo de decir pudiera molestarte; pero tú lo has exigido, y lo dicho, dicho está, agradeciéndote mucho la confianza que en mí tienes al consultarme este punto, pues entiendo que es una grande y noble condición de hijas y de espo-

sas, conñar en sus mayores y escucharles, cuando alguna pasión venga á turbar su ánimo, abriéndole su alma por completo, para que al menos, no se compliquen con un paso en falso.

Y dejando el asunto, Don Leo añadió:

—Con que... hasta dentro de un momento. Me voy á terminar la lectura de esta obra en la glorieta.

—Hasta luego, abuelito, — repuso Linita.

Fuertè fué la sensación de angustia que produjeron en la ingenua criatura las expresiones algo duras de Don Leo, para el hombre en quien iba depositando lentamente todas las galas de su amor, y en quien no suponía un sólo sentimiento bajo.

No cabían en la mente de Linita las probabilidades de una perversidad ó felonía en Alberto, y las sombras que pudieran haber ofrecido las consideraciones de Don Leo, eran rechazadas con fuerza. Elevada hasta la exageración en las apreciaciones morales; delicada hasta donde puede serlo una joven sensitiva y casta, en sus concepciones, no habían penetrado en su alma los fantasmas de la duda, y sólo á Don Leo podía tolerar conceptos deprimentes para aquel libertino disfrazado, que había tenido el arte de erigirse en un ídolo de aquella criatura desventurada y gentil.

Cuando se ha ido levantando lentamente en el alma una efigie á base de ternura y de pasión vehemente; cuando esa efigie se ha elevado en

lodos las actitudes adorables con que las forjó una fantasía ardiente; cuando el buril condensador de los afectos se ha deslizado con soltura para labrar y animar esa forma, cubriéndola de bellezas y atractivos poderosos. difícil es, y sólo se consigue con sacrificios inauditos, desfigurarla ó despedazarla de raíz.

Alberto, insinuado y refundido en aquella naturaleza blanda y fina, con un ingenio de sagacidad tan diabólica, se había enseñoreado en absoluto de Linita, erigiéndose en ídolo de sus pensamientos.

Pero los acontecimientos se produjeron en tal forma, que no hubo de transcurrir mucho tiempo, sin que las amargas verdades de Don Leo tuvieran fatal comprobación.

Ya se ha dicho anteriormente que, debido á esa indefinida amalgama de detalles que aparejan ciertos sucesos, el atentado que urdía Alberto, había de ser favorecido de mil maneras, hasta el punto de que la misma víctima habría de ofrecerle armas para consumarlo.

Se recordará que, afectado en lo más hondo de su ser por el cáriz que habían tomado sus relaciones con Linita. Anibal, que veía deshecho á sus pies el artístico castillo de ilusiones ideado en sus ensueños de enamorado, cayó víctima de una postración moral, complicada con otras dolencias de ella originarias. Como este estado de Anibal se prolongara más de lo debido, algunos amigos cariñosos resolvieron escribir á mi-cia Carmen, informándole de la situación de su

hijo, desoyendo toda la indicación de éste, que no quería producir angustias ni molestias de viaje á su querida madre, confiando en una rápida reacción.

Micia Carmen, sorprendida por el desusado silencio de Anibal, había escrito repetidas veces pidiendo noticias sin obtener respuesta, conducta que daba lugar á una serie de comentarios con Don Leo y Linita. Esta última, á pesar de todo, se interesaba vivamente por Anibal, á quien estimaba muchísimo.

Defraudadas todas las esperanzas de micia Carmen, que diariamente corría al zaguán al grito de ¡cartero!, esperando hallar noticias de Anibal, proponíase emprender la marcha á Montevideo, cuando, he ahí, que llega la carta de los amigos de Anibal, si bien redactada con calma y cordura, propia para que la buena madre dejara todas sus vacilaciones y aprontara la maleta de viaje.

Se discutió también si debían ir todos ó nó, pues Don Leo y Linita lo deseaban, temiendo que la enfermedad fuera grave; pero después de muchos cambios de ideas, se resolvió que fuera micia Carmen y una criada de confianza, y que en el caso de necesidad ó que el estado de Anibal lo exigiera, inmediatamente de llegar telegrafiaría, para que se pusieran en camino.

Sea como fuere, es el caso que el despacho que esperaban Don Leo y Linita no llegó, lo cual les sirvió de consuelo, suponiendo una favorable mejoría. Esta, efectivamente, no se hizo espe-

rar con la llegada de su madre, en quien pudo el enfermo desahogar su enorme dolor, desahogo que, quitándole un gran peso de su espíritu, había de servirle de gran alivio.

Aníbal detalló con todos sus pormenores el nacimiento de aquella pasión, y todo su proceso; hasta el punto de que la pobre madre, abarcando en una mirada todo aquel cuadro sombrío y á la vez vibrante, mezcló sus besos y sus lágrimas con los de su hijo, compartiendo su terrible pena y confortándolo de mil maneras, máxime al decirle:

—No te has equivocado, hijo mío, al suponer que Linita, sentía por tí verdadero cariño, pues siempre que de tí nos hemos acordado, ha tenido palabras de afecto, y en muchos casos, hoy que conozco esos detalles que me has referido, recuerdo ciertas conmociones extrañas que se apoderaban de ella cada vez que de tí hacíamos comentarios con Leo...

Y sumiéndose micia Carmen en un silencio momentáneo, se iluminó su cerebro con un relámpago al recordar y reconstruir escena por escena el origen del compromiso de Linita, en las que evocaba á Alberto en la esquina próxima á la escuela por donde pasó tantas veces con ella; evocándolo la noche de aquella fiesta en la academia; pensando en sus facciones un tanto alteradas en el momento que pensaban en retirarse, y en los medios de que se habría valido para penetrar en aquella reunión donde sólo tenían acceso los alumnos. Y al recordar todos esos de-

talles, y comparar á su hijo con aquél, una especie de odio instintivo retozaba en sus adentros, viendo á Aníbal lleno de pureza y de amor, prostrado en el lecho por la interposición de aquel caballero, que probablemente ni sentiría, con el fervor de su hijo, afecto por Linita, ni tendría tampoco sus condiciones de talento y su probable triunfo en el mañana...

¿Cómo es posible --- se preguntaba aquella venerable anciana, --- que siendo Linita tan juiciosa y tan pura, no haya optado sin vacilaciones por mi hijo? ¿Qué misterio podía intervenir en aquella situación, cuando á micia Carmen le constaba que Linita sentía afecto por Aníbal y lo admiraba por sus éxitos universitarios?

Engolfada en estos pensamientos, fué interrumpida por Aníbal.

—¿En qué piensas madre querida? ¿Por qué no has contestado á mi pregunta?

--¿Cuál, hijo mío?

—Dime si te parece que Linita, podrá ser más feliz con ese joven que conmigo.

—¡Ah!... No contesto, porque, á fuer de madre, pienso que ningún hombre en la tierra podrá hacer más feliz que tú á una mujer de las condiciones superiores de Linita.

—¿Y tú diijstes que ella me recuerda y me quiere?

—Es verdad, hijo mío.

—¡Pobre Linita! ¡Tan noble, tan ingenua, tan apasionada por las cosas bellas! También él ha

de ser digno de ella!... Y desde luego, ha de tener condiciones más salientes que yo...

Y al divagar sobre este punto, dos generosas perlas se deslizaron por sus cálidas mejillas.

Muchos días más pasaron en estas confidencias propias de madre é hijo, que obraban de consuno sobre la salud del enfermo, operando un rápido restablecimiento en aquella naturaleza tan vigorosa y enérgica en el trabajo y en el estudio, como débil en las cuestiones que afectaban directamente á su sensibilidad.

Micia Carmen había acabado por persuadirle á Aníbal de que fuera á buscar en Buenos Aires algunos días más de reposo, venciendo los naturales escrúpulos de su hijo que no se sentía con fuerzas para volver á ver á Linita, á quien aún adoraba con ardor; pero no pudo resistirse á los ruegos de su madre que le retempló, haciéndole saber que debía afrontar con más entereza las desventuras de la vida, y no entregarse al abandono y á la desesperación.

Se hallaban en los preparativos del viaje de regreso á Buenas Aires, cuando días antes de la fecha fijada, recibieron un telegrama de don Leo, que les llamaba con urgencia á su lado, y cuyo contenido en aquellos espíritus era una bomba formidable.

¿Qué había ocurrido en la alegre y solitaria casa-quinta de don Leo?

X.

Mientras micia Carmen corriera presurosa al lado de su hijo, en la residencia de don Leo, se habían producido acontecimientos graves.

Alberto, á quien la ausencia de micia Carmen venía á favorecer grandemente sus planes, puesto que generalmente, se encontraba presente en las visitas que hacía á Linita en los días establecidos, no cabía en sí de goce. El alejamiento de micia Carmen venía á ofrecerle más libertad de acción desde que un anciano como don Leo, no podía petrificarse en una silla para fiscalizar sílaba por sílaba lo que pudiera decir á su adorada.

Precisamente el caballo troyano, revestido de prometido legal y de aspirante caballeresco, había aprovechado algunas coyunturas que le ofreció inadvertidamente don Leo, para insinuar con su delicado tacto un plan que Linita rechazó con desprecio y con energía por ilógico, y por

no hallar plenamente justificadas las consideraciones que hacía con un calor y una comicidad propia de quien, como él, había dominado en absoluto el arte de la farsa.

Dos intentonas había realizado Alberto sin que Linita se manifestara dispuesta á aceptarlas, no obstante haberlas presentado como solución única á ineludible para su felicidad. Este no cabía en sí de sorpresa ante aquella extraña resistencia que le oponía Linita, más la táctica empleada debía dar su resultado indefectible, sobre aquella criatura sensible y casta, en cuyas reflexiones no intervenía jamás ni un átomo de la duda que al decir del poeta «envenena la leche maternal», y que en ciertos casos tanto previene y tan salvadora resulta. Pero los ángeles no entienden de esas cosas, y los seres que viven en la tierra pero que se agitan en esferas superiores donde el cieno de la vida real no asciende jamás, tampoco pueden prevenirse contra la infamia y las pasiones bajas, de la misma manera que el querube no calcula los peligros aún rodando al fondo del abismo. Y cuando se llega á amar con sinceridad y con delirio se produce un estado de plena ceguera, en que las facultades pensantes se suspenden, para hacer prevalecer las facultades morales que obran sin raciocinar jamás. Y Linita, que en cualquier otro caso hubiera corrido rápida hacia don Leo para decírselo todo y pedirle consejos, en aquellos momentos parecía haber hecho abstracción de su personalidad propia, adoptando sin querer y buscando la justificación en su silen-

cio, en una frágil práctica de la escuela religiosa, en que se inculca á las alumnas, que ciertos actos de la vida, no debén revelarse ni á sus mismos padres.

Cuando se realiza un acto que conceptuamos impropio y está en pugna con nuestra manera de pensar; pero que la fuerza avasalladora de las circunstancias nos impele á ejecutar, contrariando convicciones y propósitos, un factor superior que late y reside en nuestra delicadeza moral, en nuestra dignidad íntima, se revela para buscar todas aquellas causales y elementos de prueba que puedan justificar tal acto, y para ello, se recurre á veces á pruebas flojas y á veces hasta ridículas, por que la voz imperiosa de la conciencia que observa y juzga, lo exige así.

En Linita, pues, no solo prevalecía aquella práctica, sino que creía, que debiéndose por entera á Alberto y teniendo plena fe en su conducta, debía encuadrarse en lo posible en sus exigencias.

El día en que todo lo había dispuesto Alberto para la realización de su intento, contando de antemano con que ya no se resistiría á sus ruegos, se presentó como de costumbre en la casa-quinta de don Leo, con la naturalidad de siempre. Conversaron de generalidades hasta el instante en que don Leo pidió permiso para atender algunos detalles del parque, donde más se concentraba en esos días, sin imaginarse nunca que algunos momentos de distracción habían de ser

bastantes para facilitar la acción inicua de aquel hábil malvado.

He aquí la forma cómo abordó la conversación Alberto, aquel día nefasto, después de haber preparado convenientemente su espíritu, en apelación de todas las más sugestivas expresiones de ternura.

—Te miro, Linita mía, y me parece imposible, me parece un sueño, que amándome tanto, te empeñes en retardar nuestra felicidad.

—Bien sabes tú, que todo es al revés; pero es que no alcanzo á comprender la necesidad de recurrir á ese medio violento, para asegurar nuestra dicha. Y sobre todo, me aterra sólo el pensar en un acto que ha de producir una impresión desolada en mi pobre tío. No es que rehuya el sacrificio que me pides, puesto que soy totalmente tuya, y sabes que daría la misma vida por complacerte; pero no me avengo, no puedo aceptar, me repugna la forma...

—En vano torturo mi cerebro, buscando nuevas tangentes; pero no las hallo, y no puedo creer que tú, tan buena, tan generosa y abnegada, repares en simples detalles de forma, ante la suprema belleza de un fondo que ha constituir la eterna felicidad de dos seres que se aman con delirio, y que sería la prueba más dulce y más alta de la confianza que has depositado en tu futuro esposo, mayormente si se piensa que todo es obra de un día y todo se hará en el mayor silencio. Pienso hasta convertir en una fragua mi cabeza, por hallar una solución que te sea me-

nos violenta, y no encuentro más tabla salvadora que la que ya te expuse. Convencido de que nuestro amor y nuestro cariño son superiores á esos escrúpulos del momento, todo lo tengo preparado para el caso...

—Crée Alberto, que nunca, jamás, ni en las horribles pesadillas que á veces sorprenden mi sueño, he llegado á colegir la posibilidad de hallarme en una situación de ánimo más desesperante y más abrumadora. Nunca imaginé que la felicidad pudiera requerir sacrificios tan hondos, torturas íntimas tan fuertes. No desconozco que para llegar á los cimas del placer, es preciso arrostrar los escollos puntiagudos y escabrosos de las ascensiones peligrosas; no desconozco que para poder saborear con fruición intensa los grandes goces, es necesario pasar por grandes sacrificios, que estoy dispuesta á hacerlos deliberadamente; pero tu plan..., tu plan... lo encuentro... tan violento... que... no me... atrevo...

—Me resisto, Linita adorada, á creer en un empecinamiento tuyo, y no llego á comprender qué razones son las que te obligan á rechazar mi plan, que en todos los casos, á nadie afectaría más que á mí, y que á nadie debiera inspirar más repugnancia por las consecuencias desagradables que puede traerme; pero por mi amor y por mi idea!, estoy resuelto á arrostrarlo todo, hasta la separación de mi familia y el desprecio de los míos si fuera preciso.

Ya te he comunicado las escenas que se han desarrollado en mi casa debido al compromiso

contraído, y ya sabes que aún cuando muera en el olvido y la miseria, mi destino tendrá que unirse al tuyo por encima de todo. Para ello sólo me es necesario que tú me ayudes y secundes con un poco de sacrificio que en nada amenguará tu valer y en cambio ha de ser el cimiento de nuestro hogar...

—¡Qué violencia me haces, Alberto mío!... ¡Qué situación más amarga!...

—Pero, oye angel mío, ¿no merezco yo ese pequeño sacrificio que te pido? ¿No me has dicho mil veces que tú me perteneces y que te entregas por completo á mis deseos? ¿No te he explicado con detalles las causas poderosas que lo exigen? ¿Cómo es que vacilas, cuando todo debiera ser obra de un segundo?

—Creélo, Alberto, que en ningún momento, me he encontrado tan falta de voluntad y decisión. Por más que pienso y doy mil formas á tu plan, nada puedo llegar á resolver. Mi cabeza arde y tiemblo ante el carácter de tu demanda porque..., aún cuando en realidad no lo sea, aún cuando todo fuera cosa de pocas horas, nuestra acción en el primer momento, no será otra cosa que... ¡No! no es posible, no es posible. Es vergonzoso...

—Por favor, Linita, termina, termina.

—Sí, Alberto; de cualquiera manera y por nobles que sean estas violencias, por legítimo que sea su origen, en el primer momento tu proyecto será considerado como... ¡una fuga!... ¡un rapto! Y sabe Dios lo que puede ocurrir...

—Veo que persistes en dar á ese acto tan co-

mún un carácter que no tiene, y sólo puedes llegar á esa conclusión, imaginando cosas inverosímiles. Mas para que vuelvas á formar criterio, te expondré de nuevo mi propósito, al objeto de que decidas por última vez entre nuestro amor ó mi... no me atrevo á decirlo; — haciendo un gesto como quien se decide á tomar una resolución extrema.

Te he explicado en distintas oportunidades las incidencias y las luchas íntimas que he sostenido para hacer prevalecer entre los míos la bondad de mi resolución inquebrantable.

Ya sabes que la última enfermedad de mi padre lo ha reducido á un estado de suma debilidad y que todo el trabajo que realicé para vencerle y lograr que viniera á solicitar tu mano, lo han ido destruyendo lentamente mis parientes y relaciones, hasta el extremo de que estos últimos tiempos, se han aprovechado de su estado delicado para sugestionarle, haciéndole concebir temores y sospechas y obligándome á sostener continuas diferencias, á fin de persuadirlo de su error, pues él, como hombre de avanzada edad y aferrado en cierto modo á las prácticas tradicionales, no deja de tener sus susceptibilidades, reavivadas por mil envidiosos destructores. Ahora bien; conozco profundamente el carácter de mi padre y los míos, sé lo meticulosos que son, y aún cuando el medio me repugna por ser violento, no puedo menos de ejecutarlo, puesto que en él reside mi porvenir y la realización de mis ensueños. Sé que con tal de evitar

una situación dañosa, todo lo concederá, y en consecuencia, una vez que nos unamos, se lo diré todo, y ante la perspectiva de un escándalo social no opondrá ninguna dificultad. Para ello, ya sabes que he tomado un elegante hotelito con exquisito mobiliario, que ha de servir para formar el nidito dulce y cálido de nuestro amor inmenso.

Todo, absolutamente todo, lo he previsto y organizado para el caso. Solo falta tu decisión. En la puerta tengo el coche, penetramos en él, le conduzco á nuestra casa, voy á ver en seguida á mi padre, se lo confieso todo, obtengo su consentimiento, le hago explicar lo ocurrido á don Leo, y mañana mismo efectuaremos nuestro enlace en la intimidad de la familia, y nos vamos á viajar. Todo esto que tanto te hace vacilar es asunto de pocas horas. Un pequeño esfuerzo, un poco de abnegación, y habremos terminado.

—Nada tengo que decir á tus consideraciones. Lo comprendo todo y si bien yo no vacilo como tú crees, una fuerza extraña, un pavor inexplicado me detiene en este paso tan desusado por la gente que se precia de bien.

—No alcanzo á comprenderte, repito, por más esfuerzos que haga, máxime al pensar en los mil casos que tú habrás observado y leído, en que la fuerza del amor ha conducido á amantes conspicuos de la más alta sociedad á excesos que han pasado á la historia por la sublimidad de su decisión y el entusiasmo supremo¹ de su afecto. Pero, sacrificándolo todo, desgraciadamente, debo creer que aquellos amantes que llegaban sere-

namente á las más puras y santas abnegaciones, en aras de su ideal, eran más ardientes y sinceros en su sentir y menos escrupulosos en pensar en actos nimios, que se pierden ante la magnitud del hecho, como una nubecilla en la diafanidad del firmamento. No concibo, mi Linita adorable — continuó Alberto, tomándola con presión las trémulas manos y mirándola con dulzura infinita, — cómo es que en la grandeza de tu alma, y en la pureza de tus sentimientos, pueda haber una reflexión mezquina, un escrúpulo pueril. ¿O es que ya no me amas como antes? ¿O has olvidado las protestas que tantas veces nos hiciéramos?

Vamos, Linita, recapacita un segundo, desecha esas sombras que oscurecen tus decisiones serenas, y haz un esfuerzo, por lo más sagrado del mundo, por nuestro amor y nuestra felicidad tan próxima.

Y Alberto, simulando una conmoción honda, con la mirada brillante como si fueran á saltársele las lágrimas, tomó con su mano izquierda la de Linita y rodeándole el talle con el brazo, delicadamente continuó:

—Dime, alma mía: ¿A qué se debe, qué hado maléfico ha venido á perturbar la suave corriente de nuestro amor? ¿No comprendes, Linita adorada, la gravedad de tu vacilación y los terribles inconvenientes que traería? ¿No piensas, por otra parte, que sería obra de criatura inexperta derrumbar el palacio de nuestros ensueños, construído con afectos y ternuras, levantado lentamen-

te al calor de aspiraciones nobilísimas, embellecido é iluminado con las perspectivas de un amor puro y grande, por trivialidades con las cuales siempre he creído que estarías reñida, y que nunca te atreverías á usar ante un acto que te engrandece más á mis ojos y constituye la más bella prueba de lealtad y de cariño que puedas darme...?

—No es que titubee, Alberto, es que... hay algo extraño en mí, como un remordimiento íntimo, cuyas causas no puedo explicar, que me detiene. No es, te repito, que rehuse ese sacrificio cuando estoy resuelta á hacer otros mayores si así lo exige nuestra felicidad; y si tú me obligaras á concretar el por qué de estas vacilaciones, no te lo podría explicar, porque tú sabes que hay impulsos que se sienten y presienten; pero que no pueden definirse.

En el alma generosa y buena de Linita, habían hecho su efecto las gotas de veneno derramadas lentamente por Alberto, pues estas reflexiones las hacía con marcada conmoción, como si en su espíritu se librara una encarnizada batalla; y en ella prevalecían sentimientos de bondadoso afecto hacia aquel monstruo que se había insinuado en forma tan hábil, y que con tanto tacto había sabido tender las redes de su infamia.

Con sus facciones de virgen un tanto descompuestas, temblorosa, Linita escuchaba la frase cálida de Alberto y se sometía dócilmente al influjo magnético de aquellas pupilas tenaces, cuyo

fulgor tenía encantos misteriosos que le llegaban á lo íntimo, sin que pudiera sustraerse á ellos, ni aún en el impulso de la rebelión. En aquella naturaleza sublime, se operaba en esos momentos de dura prueba una de esas crisis psicológicas en que la voluntad desaparece y la razón se anula por completo, diluyéndose en el impulso provocado por una poderosa sugestión, robustecida por los sentimientos de una pasión absorbente. Linita, en aquellos momentos, no era la criatura vivaz en su ingenuidad, reflexiva en sus impulsos y meditadora en el avance hacia el abismo. Empezaba á creer que, en realidad, no podía justificar su resistencia á la invitación que le hacía Alberto y que considerándola necesaria para evitar consecuencias lamentables, no cabía indecisión alguna, máxime pensando que se trataba de un pequeño sacrificio en homenaje á su amor, breve, por otra parte, desde que al día siguiente podría presentarse ante el mundo como la esposa legal de Alberto y por ende, consagrarse á la formación de su hogar, adornado muchas veces por su amante con pinceladas sorprendentes.

Sobre todo, ¿qué significaba el breve trastorno que produciría en su casa, durante unas cuantas horas? Al poco rato, una vez conseguida la venia de su padre, Alberto comunicaría en seguida á Don Leo todo lo ocurrido, y Don Leo, que era tan bueno, lo justificaría. Al día siguiente se casaban y todo volvería á su curso normal.

¿No ha habido acaso miles y miles de novias

que han hecho sacrificios aún mayores? ¿No valía acaso la felicidad de toda la vida, aquel acto que realizaría mayormente si con él salvaba una emergencia crítica de Alberto?

Millares de pensamientos similares poblaron aquel casto y débil cerebro, revolteando y adquiriendo las más diversas y curiosas formas.

Las siluetas de Don Leo, austera y cariñosa, mi-
cia Carmen y Aníbal se entremezclaban con Alberto, desapareciendo y volviendo á surgir en una confusión indecible.

La cabeza de aquella criatura ardía, y sus fibras de planta de invernáculo se estremecían al recibir al aire libre el empuje de los vientos pasionales que parecían quererla desgajar con sus ráfagas bravías.

Uno de esos minutos en que se salva ó se troncha una criatura; uno de esos instantes en que el velo de la inconsciencia se tiende como un blanco sudario sobre las facultades adormecidas; un segundo en que el hilo de la vida normal se enmaraña fatídicamente, reduciendo al ser humano á una condición de inferioridad lastimosa y automática, bastó para que Alberto lo aprovechara con una rapidez y una certeza diabólica, y uniendo la acción á la palabra imperiosa y dulce, colocó un tapado sobre los hombros de aquella hermosa y desesperada visión sonambúlica, y con algunos esfuerzos, y guiándola como á una idiota, la condujo hacia la puerta de calle, introduciéndola en un coche preparado al efecto; no sin tener que vencer algunas resistencias que

como relámpagos sublevadores aparecían en el conturbado corazón de Linita, cada vez que su vagoroso pensamiento chocaba con la imagen de Don Leo, de Aníbal y micia Carmen.

Aquella escena intensa y grave, evocadora de Don Juan y Doña Inés, se realizó con una rapidez extraña.

Y en aquella sucesión de fenómenos psíquicos que agitaron á Linita en el momento úlgido del rapto, y que no podría definirse ni procedía de factores etiológicos ocultos, ó de la acción incisiva y sugestiva del amante, obrando sobre un sujeto accesible y predispuesto; en aquellos fenómenos, también la telepatía parecía jugar su rol al afectar la retina de Linita, y hacer surgir con claridad la imagen de Aníbal. Despertada en tales instante á la luz de la razón, instintivamente pretendió detenerse en la puerta y en el estribo del carruaje; pero ya no era tiempo. Quizá aquel ente miserable, hubiera empleado, si era necesario, hasta la violencia, dominado por la ferocidad de sus instintos y por la alegría satánica de aquel triunfo saboreado en las noches negras en que urdiera su plan.

Bien se ha dicho que la gota de agua horada la piedra. Del mismo modo la perversidad humana penetra en los santuarios del honor y la virtud, para inundarlos con su hálito ponzoñoso, sobre todo, cuando encuentra por delante campo propicio, como el que ofrece la credulidad ó la excesiva pureza.

Los espontáneos rasgos de decoro que se su-

blevaban en Linita cuando Alberto insinuaba la adopción de su plan como recurso supremo de su enlace, fueron menos fuertes que la perfidia esgrimida con talento, y día tras día. Indudablemente, aquel fuerte desmantelado de perspicacia, había de rendirse al sitio establecido por Alberto.

Varias eran las causales originarias de aquel estado morboso en que se encontraba Linita. Recuérdese que cuando sus padres sufrían alguna contrariedad inesperada, solían padecer crisis nerviosas que no llegaban á su fin, por evitarlas oportunamente ambas partes. Añádase á este posible estado de predisposición hereditaria, la pasión vehemente que le había inspirado Alberto, el ascendiente moral de éste sobre ella, y el misterioso influjo de su poder encargado de allanar obstáculos y se tendrán los factores que habían de facilitar la consumación de este lamentable suceso.

XI

Don Leo, un tanto empecinado esa tarde con ciertos arreglos del parquecito, se había entretenido en ellos más de lo conveniente, ageno en absoluto á lo que podía dar lugar su breve alejamiento de la sala.

Al regresar, pues, á las habitaciones principales, nada le llamó la atención; pero, al llegar á la sala, sorprendióle el raro desorden de algunos muebles, la puerta entreabierta y la sala desierta. Se habrá ido Alberto, pensó, y pasó á otras habitaciones, extrañado de no ver á Linita, que casi siempre solía correr á buscarle y abrazarle con filial cariño. Preguntó á una criada de servicio por la señorita y nada pudo saber, pues aquélla, preocupada en sus quehaceres, no había ido á la sala más que á servir el té, como de costumbre.

Don Leo, cuya sorpresa iba en aumento, continuó buscando. Finalmente llamó en voz alta á Linita, sin que nadie contestara.

¿Habrá ido á casa de alguna vecina? Y mandó á la criada á que preguntase. Pero la respuesta era la misma: No está, no la hemos visto.

Habían transcurrido dos horas de incertidumbre, esperando y buscando en vano, cuando al llegar Don Leo al dintel de la sala, al pasear nuevamente la vista por la estancia, un súbito relámpago estalló en su cerebro, sacudiendo enérgicamente aquella noble bonomía, y alterando con un gesto trágico aquellas facciones plácidas que la ancianidad ennoblecía. Con una claridad que no admitía duda, la verdad horrible de lo que había ocurrido, fué corroborándola detalle por detalle.

—¡¡Qué otra cosa podía esperar de ese habilísimo réptil!! ¡Qué otro hecho podría caracterizar su alma de infame y de traidor! ¡Ah! si pudiera hallarle para tritularlo entre mis dedos y pisotearlo, y que su ponzoña termine con esta víctima. ¡Bien suponía yo, que este miserable no era, no podía ser nunca el ideal de esa desventurada criatura y mi aversión instintiva hacia él, desde el momento en que le conocí, ha tenido el final propio de su comienzo y que yo no hubiera supuesto jamás!!

Quién había de imaginarse que el deshonor y la vergüenza habían de llegar lentamente hasta mi casa disfrazados en la forma repulsiva de un ser abyecto, digno de la repugnancia universal. Podría haberse preconcebido la infelicidad de la pobre víctima; podría presuponerse la desigualdad de temperamento, y, en consecuencia, la desgracia del hogar; pero nunca, ni en las pesa-

dillas macabras, hubiera cruzado por mi mente infamia tan grande, urdida con todos los refinamientos y las complicaciones propias del criminal avezado y empedernido.

¿Tengo yo, acaso, alguna culpa de ésto? ¿Puedo creer que en tal crimen se complique directamente un anciano querido y respetable? ¿Tiene su padre la culpa de haber engendrado, en vez de un hijo digno de él, un aborto miserable?

¡No! ¡no! no es posible tanta villanía, que en seguida pondré en claro, ¡Ay de todos ellos si fuera cierta esa duda repugnante!!...

Y el noble anciano, tomando una actitud decidida, rejuvenecido por la cólera que le inflamaba, se irguió soberbio en su senil fiereza, y se encaminó resueltamente á la mansión que habitaba el padre de Alberto, á quien halló tendido en el lecho, bajo la presión de un agotamiento que parecía terminar con su existencia.

Inmediatamente de llegar Don Leo, se le introdujo en la habitación del anciano. Allí, haciendo un violento esfuerzo para calmar su mal disimulada nerviosidad, movido por la conmiseración que le inspiraba el estado del enfermo, con palabra entrecortada por la ira, refirió en breves palabras la desaparición de Linita y de su hijo. Con la exaltación consiguiente lo posesionó de todo; y á medida que Don Leo hablaba en las facciones del enfermo se operaba una violenta contracción de rabia y de dolor, de modo tal que al terminar la referencia, una exclamación enro-

quecida por la crisis brotó como un silbido de la garganta del doliente.

Y de la mirada digna del enfermo, brotó como una chispa vidriosa donde se condensaba la indignación de muchas generaciones de antepasados, cuya reputación se había cuidado como un tesoro, y que ahora venía á salpicarla de lodo este hijo pervertido.

—Confíaba... en que este matrimonio..., al cual se mostró inclinado como nunca este hijo miserable..., había de conducirlo á la regeneración, y no sólo ha provocado un nuevo escándalo y una nueva víctima; sino... que... — haciendo un esfuerzo terrible para sobreponerse á la fatiga — también ha complicado á su padre, manchando y amargando sus canas y sus últimos días!...

Tan fuerte fué el acceso de crisis al terminar las últimas palabras, dichas débilmente, que cayó en una postración convulsiva. Don Leo, sorprendido, olvidó un momento su propio dolor, para correr á llamar el servicio, á fin de que se buscara al médico urgentemente. Este llegó y diagnosticó con un gesto de duda, que era poco el tiempo que le quedaba. Acto seguido fueron avisados los miembros de la familia.

Don Leo salió, después de aquella escena más desesperado aún, y se encaminó directamente al telégrafo, donde comunicó lo ocurrido á micia Carmen y Aníbal, pidiéndoles que regresaran á Buenos Aires.

Del telégrafo, fatigado con el desgaste de nervios, regresó lentamente á su casa, meditando

sobre la conducta que debía adoptar en aquella difícil emergencia.

Si daba cuenta á la policía para que interviniera, iniciando las investigaciones de práctica, la prensa y el comentario público se ocuparían ruidosamente del suceso, y se formaría una atmósfera que era preciso evitar por el momento. Si se lanzaba á investigar sólo, ¿dónde iría? ¿dónde recurriría? ¿Quién podía indicarle el paradero exacto de aquel truhan?

De tener la juventud y la energía de otros tiempos hubiera tratado de vincularse con algunos calaveras amigos del raptor, y sigilosamente podría intentar algo; pero ¿cómo lanzarse á una aventura tan difícil y de dudosos resultados?

Y mascullando estas ideas, se encontró de pronto Don Leo frente á su solitaria casa, cuyo aspecto parecía querer compartir su duelo íntimo, pues la sala y la galería, siempre iluminadas y arregladas por Linita, permanecían á oscuras, asociándose á aquella reciente desgracia. Las jaulas llenas de raros y preciosos pájaros que cuidaba personalmente Linita también esperaban á la gentil criatura que al anochecer les hacía una visita indefectible. La casa toda, tan alegre y ruidosa, donde todo parecía sonreír, pues que Linita la inundaba de animación y de encanto, ofrecía á los ojos de Don Leo, un aspecto de desolación indecible. La criada vagaba estupefacta de un lado á otro, sin haber qué hacer y sin atreverse á turbar las graves reflexiones que parecían absorber á Don Leo.

Excusado es decir, que aquella noche no se cenó en la casa quinta, y que el solitario anciano, después de cavilar y de esperar, cayó rendido por el cansancio y el sueño en un canapé, donde fué hallado al día siguiente por Micia Carmen y Aníbal, que, sin perder un minuto, se embarcaron en el primer vapor.

¿A qué reproducir la escena de conmociones y lágrimas, mezcladas con interjecciones de legítima ira, besos y abrazos propios de los que comparten sinceramente una desgracia muy honda?

Aníbal, cuya palidez revelaba aún su estado delicado, se hallaba conmovido ante la aplastadora noticia, y su indignación se reflejaba en una espantosa tensión de nervios. Le parecía un sueño que en tan pocos meses se hubiera producido un cambio tan profundo en aquella tranquila casa embellecida por la alegría y el reposo. Y evocaba con dolor aquella tarde de su partida, en la que se hallaba frente á Linita, conversando afectuosamente, sobre mil detalles agradables hasta olvidarse de la hora de la marcha.

Pasados los primeros momentos de expansión, Don Leo reconstruyó como pudo la escena de aquel rapto, sin tener nunca una sola palabra de reproche para la angelical Linita. Sabía él que era incapaz de abrigar ningún pensamiento que pudiera afectarles á todos, y sólo podía haber obedecido á una trama canallesca, aprovechando la pureza de sus sentimientos y la ternura que emanaba á raudales de su

naturaleza toda. El anciano analizaba detalle por detalle la vida de Linita, sin hallar nada que pudiera sugerirle la remota idea de una inclinación determinada. Su única debilidad la conjeturaba dentro de su propia ingenuidad, en su delicadeza incomparable y digna de mejor suerte.

Aníbal escuchaba en silencio la palabra ardorosa de Don Leo que ensalzaba con justicia á Linita, y no obstante la sangre que aún manaba de su pecho por la herida abierta, asentía con calor, sin disimular ni su odio mortal por el audaz raptor, ni su infinita compasión y cariño inextinguido por aquella infeliz, á quien aún amaba con delirio, por saber por referencias de su madre, de Don Leo, y por una secreta voz interior que ella también le amaba y le quería con su mismo ardor.

Cerebro pletórico de fuerza, donde bullían pensamientos amplios; espíritu agitado por impulsos donde no cabían las mezquindades que prevalecen en las apreciaciones comunes; personal é independiente en la forma de obrar y de pensar, Aníbal había penetrado hasta el fondo del alma de Linita, la había observado y estudiado con detención serena, y desde luego había rubricado la clara justificación de Don Leo. Era indudable que aquella virginal niña había sido objeto de una celada sin precedentes por la audacia criminal de que había hecho alarde el raptor, que abusó de la castidad de aquélla, arrancándoc-

le promesas y comprometiéndola en algún problema donde los factores de la solución debían ser principalmente la bondad que la distinguía.

Después de estas reflexiones y de algunos cambios de ideas con Don Leo, se resolvió tratar la forma rápida y eficaz para descubrir el paradero de Linita, sin recurrir á más medios que los propios, pues Aníbal había aprobado la resolución de Don Leo, al no dar intervención á la justicia. Desde aquel día, Aníbal por un lado y Don Leo por otro, no dejaron rincón sin ver, no omitieron sacrificios pecuniarios ni esfuerzos por lograr sus deseos.

Imposible sería seguir á estos hombres en sus giras á través de la gran cosmópolis, multiplicando actividades, vinculándose con algunos amigotes del raptor, buscando auxiliares en su marcha día y noche de la ceca á la meca.

Varios días hacía que no cesaban ni desmayaban ni el uno ni el otro en la tenaz pesquisa, apeando á todos los recursos de la sagacidad y del ingenio; pero ni la víctima ni el victimario aparecían por ningún lado, como si hubieran buscado el escondrijo en las entrañas de la tierra.

Cuando Don Leo y Aníbal se reunían para informarse mutuamente sobre las gestiones realizadas, ambos se miraban sin preguntarse, como queriéndose adivinar, y después bajaban la mirada, presas del mayor desaliento.

—¿Dónde podrá haberla transportado este miserable! — exclamaba Don Leo, desesperado en la impotencia de no hallarla.

—Yo no lo digo por desaliento, querido tío, ya tú lo sabes, pero inútil me parece que continuemos buscando en la ciudad. No hay duda de que la infeliz estará gimiendo y llorando su candidez, al comprobar que todó ha sido un trama infame. ¡Pobre Linita!

—¡Pobre! sí; mil veces pobre! A estas horas habrá saciado su apetito el buitre, pagando ella doloroso tributo á la inocencia — agregó Don Leo, con la voz entrecortada por la ira.

—¿Qué fatalidad puede haber intervenido? ¿Qué recursos ha empleado ese salvaje, para poder llevar la persuasión al ánimo de ella? ¿Cómo? ¿de qué manera y en qué momento de ofuscación la habrá sorprendido. Indiscutiblemente debe ser un notable profesional del delito, un artista eximio del fingimiento. No lo he conocido por suerte; pero el solo hecho de perturbar las facultades de Linita, apagando el cariño que por todos siente, ahogando la voz del pudor y del decoro tan natural en ella, me lo revelan como un ente magistral de la novela, puesto que trato de imaginarme todos los argumentos capaces de vencer la resistencia de una mujer culta y dotada de sensibilidad superior, y no llego á reconstruir la escena de la realidad espantosa!!...

—Igual cosa me ocurre á mí — añadió Don Leo — Toda mi experiencia ha sido miserablemente burlada, porque aún cuando expresé mi parecer y mi aversión hacia él, cada vez que me lo solicitó Linita, jamás soñé en la posibilidad de tal infamia. ¡Sabía disfrazar de tal manera,

tan irreprochablemente su conducta, que si alguien no llega á pisotearle la cabeza, no será ésta su última víctima. ¡Y yo que cifraba las esperanzas de mis últimos días en su felicidad! Yo que había llegado á condensar en ella las alegrías, los afectos, las aspiraciones únicas que podían agitar mi existencia, que se agota por momentos, y que saboreaba regocijado los encantos que me ofrecía su juventud risueña, sus virtudes impecables, imaginando un porvenir digno de sus méritos! ¡Cuán preferible hubiera sido mi muerte antes de presenciar un desgarramiento de tal inocencia!...

Y el anciano, ante esas reflexiones que asaltaban su mente, no pudo ya retener un ahogado sollozo, que pareció repercutir en el alma de Anibal.

—Nada tengo que agregar á tus reflexiones. Inmerecido y duro ha sido el golpe para todos, y hay escenas en la vida que no parecen pertenecer á la realidad, porque escapan á las más agudas penetraciones. Por desgracia, ha sido tal el avance de los factores corruptivos; bajo formas tan engañosas y múltiples se presenta la perversidad humana, la delincuencia disfrazada que medita en las tinieblas de la noche sus planes macabros, para ofrecerlos con todo desparpajo á la luz del día, que su misma audacia inaudita le franquea las puertas más severas. Y el caso que hoy nos cubre de rencor y de aflicción, se ha presentado en esa forma, con el agravante de que el moribundo padre de ese criminal vino con su presencia á dar carácter insospecha-

ble ! la farsa canallesca. Nada, pues, tienes que reprocharte, si has sido sorprendido, que algunos más desconfiados y más escrupulosos que tú hubieran caído también en esa red diabólica.

Lo más doloroso, es pensar que la mujer más inofensiva y recatada ha sido la elegida, precisamente para explotar en ella, materialidades fugitivas, placeres groseramente vulgares, que se pulverizan ante la irradiación de encantos que atésora su espíritu puro y luminoso; llamada á ser en el hogar no el instrumento vil de satisfacciones innobles, sinó el angel que vela, embelleciendo con su calor y su perfume, el nido exquisito del amor y llamada también, á jugar su rol eficiente en la más culta sociedad, donde el prestigio de sus virtudes y sus méritos la reclaman.

—No puedes figurarte, hijo mío, cuánto me conforta esa espléndida rehabilitación que haces de esa criatura sublime, con que me pruebas una vez más la rectitud de tu criterio y la justicia de tu espíritu levantado...

¡Ah! si supieras, hijo mío, cuán honda es la herida que he recibido! Ella tiene un doble carácter, cuya explicación quizá no necesitas. La primera, si es que lo has adivinado, la recibí el día de la petición de su mano, en que no me imaginaba ni remotamente que pudiera haber alguien con derechos y títulos suficientes para disputarte el afecto que siempre ha sentido Linita por tí. Tan inopinado y fuerte fué aquel golpe, asestado en plena cabeza, viendó fallar las pers-

pectivs más bellas que el futuro me reservaría en el caso de realizarse mi ardiente anhelo de veros unido; tan despiadada fué aquella grosera realidad, que vino á echar por tierra sin miramientos las presas exquisitas con que me imaginaba adornados. Brutal fué esa decepción para mi edad, y no obstante, la soporté en silencio, sin exteriorizarla, respetuoso con la libertad ajena y mi criterio, que me aconsejaba no turbar turbar sus decisiones imponiendo mis ideas. No bastó el desgarramiento de mis aspiraciones íntimas; faltaba ese complemento criminal para acabar de triturarme las entrañas, al sorprenderme en plena vejez, ó sea cuando más necesito de tranquilidad y de cariños sinceros con que templar un poco la frialdad que se va apoderando de mi existencia.

Créelo, hijo mío. Cuando se ha batallado sin desmayos una larga vida como la mía, y como compensación se llega á tener una paz relativa y el cariño de algunos seres queridos, cuando la ancianidad transcurre en un ambiente afectuoso, donde todo sonríe, desde las auroras á los crepúsculos. y parese entonar hosannas al mañana en el resplandor de la esperanza; cuando más extasiado se encuentra uno en el saborear de los últimos años, ebrio de goces, y la fatalidad se los arrebatá súbitamente en el momento menos esperado, deshaciéndole los únicos vínculos que le ligan al amor de la vida, es como tronchar de cuajo el tronco de un arbusto donde aún había sabia vital, y mil veces más preferible pagar íntegro el último tributo.

Aníbal escuchaba cavizbajo las reflexiones de su respetable tío, á quien jamás había conocido, no obstante saber por referencias las muchas gallardías varoniles que atesoraba aquel anciano luchador, y se consternaba viéndole reducido á tal postración. Sin saber como reanimarlo, contestó así:

—Crée, mi querido tío, que si esta desgracia me hiere en lo más vivo, no me preocupa menos tu desaliento, porque nunca supuse en tí debilidades tan notorias. Sobre todo, ya sabes tú que la esperanza es lo último que se pierde en la vida, y yo presiento como si tuviera un aviso secreto, que no tardaremos en encontrar á Linita. No puedo suponer que ella, en medio de todo, no tenga para nosotros un recuerdo, y nos haga conocer donde está y qué le ocurre. Podrá ser riguroso su secuestro, podrá ser severa la vigilancia; pero ella es inteligente y buena. y si á la fecha se ha dado cuenta de la celada miserable que le han tendido, buscará la forma para hacérselo saber ó para huir. No ignoras que cuando se ama con fuerza y ceguera, y el afecto es embadurnado y burlado, se subleva ese sentimiento de afecto para trocarse en odio corajudo. Por esto abrigo la esperanza de que pronto la volveremos á ver, y entonces, recobramos la alegría y el reposo.

—En verdad, hijo mío — repuso Don Leo — que recobraré parte de mi tranquilidad. Ella tiene siempre las puertas de est acasa abiertas y el calor profundo de mi estima, por cuanto á mis

ojos, en vez de empequeñecerle, su propio error la agiganta; pero de cualquier manera, nadie podrá reconstruir el hermoso plan que para su porvenir yo forjara y que ha caído despedazado.

—No acierto á comprender, tío. No sé por qué, en el supuesto de que vuelvas á recobrar á Linita, has de continuar en ese estado.

—La razón, hijo mío, es poderosa. Es de esas razones sin razón que la sociedad en sus muchas ridiculeces consagra, y que en sus fallos inapelables se muestra tan criminal é inhumana, como criminal es atentar contra los ángeles que aún pasan por la tierra, y á quienes la perversidad salpica, y cuya débil mancha gravita en su vida toda como una eterna condenación, como un estigma vergonzante. He aquí incorporada una nueva víctima social al cartabón de las felonías que á diario se producen y que los timoratos imbéciles, que flotan en el caprichoso vaivén de los díceres cultivan religiosamente, por incapacitados que son para aplicar á sus actos el sello nítido de su criterio personal, amplio y decidido.

Tú has de comprender, Aníbal, que dentro del cortejo enorme de extravagancias que la justicia social comete, lanzando millares de seres en el desprecio y la abyección, muchos de ellos regenerables, unos juzgados sin conciencia ó con precipitación, y otros, cuya inocencia clama al cielo; dentro de esa falanje de víctimas que las ciencias nuevas reclaman para rehabilitarlas á la faz del mundo, procurando desentrañar los factores impulsivos del acto condenado, justifi-

cándolo con criterio científico en la esfera del derecho penal; dentro de ese criterio, también la sociedad condena á la mujer seducida á quien mira como carne de cañón y la envuelve en un repudio criminal, entregándola antes que nada al celibato ó al vicio, para engrosar las filas de las muchas desventuradas que pudieron ser mujeres virtuosas, dignas de un hogar de oro y de alternar en la sociedad más escogida .

Ahora bien: tú eres un joven ilustrado y consciente, que has sabido distinguirte siempre por tu cultura superior y por la independencia con que has solucionado hechos y problemas, y sería superfluo que entrara en mayor pormenores para explicarte la acusación terrible que pesará sobre Linita entre la sociedad donde se haya conocido su desgracia, y donde se juzgue el hecho con el criterio superficial y frívolo de siempre.

—Nada tengo que añadir á tu sesuda reflexión, porque todo es así, desgraciadamente, y en estos hechos, en vez de aplicar la equidad santa, la intervención generosa, el sentimiento magnánimo, se aplica sin miramientos la picota pública, como en otros tiempos más bárbaros aún, se condenaban á la tortura y á la quema á las mujeres que perdían su pudor material y producían un simple hecho de medicina legal, que no puede empañar jamás el resplandor de la pureza y de la virginidad intangible de los espíritus límpidos. Sin embargo, has de permitirme que rectifique tu criterio al afirmar en absoluto que el repudio es infalible y general sobre estos seres

desventurados, pues los hombres de las generaciones nuevas, que piensan con cordura serena y analizan antes de juzgar, saben hacer sus distingos y saben clasificar los hechos y distribuir responsabilidades, reclamando en todos los casos la supremacía de la personalidad moral, sobre el prosaísmo de las miserias físicas.

—Bien, Anibal, muy bien. Me enorgullece mucho oírte expresar en esa forma tan altiva y propia, porque veo que haces tuyas mis convicciones más arraigadas. Y por ello, me afirmo más y más en la persuasión de que este doloroso deslíz, no proyectará la menor sombra sobre la impecable personalidad moral de Linita, ni empañará nunca sus virtudes ingénitas, su belleza espiritual; porque esa criatura, no será más de un capullo ajado, mientras entreabría sus corolas niveas y aromosas; un ángel sorprendido en el supremo desfallecimiento de su primera sonrisa, un armiño salpicado en su albura sin mácula cuando se disponía á asomarse á los dinteles de la vida; y sus cualidades descollantes como mujer y esposa no podrán empalidecer jamás, á pesar de los fallos de todas las sociedades, que la verdadera justicia de reivindicación moral rechaza con desprecio.

—Todo cuanto yo pudiera decir, querido tío, lo has sintetizado admirablemente en pocas palabras al sentar tan hermosa premisa.

—Mas, hijo mío; si el criterio con que abordamos este asunto habla bien alto de dotes morales y mentales que adornan á Linita, y llegamos á

su amplia justificación, este concepto anticipado de seguro ha de robustecerse más el día que tengamos la fortuna de encontrarla, y nos relate con detalles el suceso, que por mi parte, poco me interesan, pues los presumo.

—Lo mismo digo yo. Pero á todo esto, es necesario que reanudemos la campaña, realizando el plan trazado.

—Creo que si esta última tentativa fracasa, no debe vacilarse en dar intervención á la policia de investigaciones para que con sus múltiples recursos, pueda iniciar una pesquisa eficiente. No cabe ya ningún escrúpulo: si Linita no ha dado señales de vida, si los bárbaros esfuerzos que venimos haciendo personalmente han caído en el vacío, si todas las esperanzas llegan á desaparecer una tras otra, debe pensarse en que algo, que no me atrevo á decir ocurre, y entonces, se impone que la justicia tome cartas en el asunto.

—Sí, sí; es necesario que se hagan los últimos esfuerzos; pero con verdaderos bríos — añadió micia Carmen, que entraba en aquel momento.

—Manos á la obra, querido tío.

—En marcha, y... ¡Eh! ¿ha golpeado alguien el zaguán?

—No te has engañado, porque yo creo haber oído... Voy á fijarme.

XII

Veamos ahora lo que había pasado con la infeliz Linita.

Una vez que fué transportada por Alberto á un hotelito preparado para el caso, donde el gusto y el refinamiento de todos los detalles, que pudieran contribuir á formar un ambiente voluptuoso y grato, armonizaban perfectamente, dió nuevos vuelos á su ingenio maléfico, para fingir mil pretextos, simular salidas de la casa, agitaciones, nerviosidades y hasta lágrimas, á fin de interesar á Linita y conmoverla para justificar la demora que el lector habrá previsto, en la realización del supuesto enlace, cuyos estudios contratiempos se multiplicaban por momentos.

¿A qué seguir todos los pormenores de aquel crimen sin nombre? ¿A qué continuar transcribiendo las escenas que siguieron á aquel rapto miserable, cuando el pudor y la dignidad exigen

un velo que corremos complacidos, temblorosa la pluma de indignación ante la infamia!...

.....

Transcurrieron varios días de dolorosa incertidumbre para la infeliz Linita, sin que Alberto pudiera ya inventar nuevas engañosas capaces de convencer á su víctima. La situación se presentaba con caracteres dudosos, pues una horrible inquietud, mezcla de temor y desconfianza, empezaba á germinar por primera vez en el corazón de Linita. En efecto, al cuarto día, sin atender ésta las excusas, le recriminó con violencia la dilación con que abordaba el delicado asunto; le puso por delante las angustias de su familia, el sacrificio de su dignidad, la pureza ciega de su afecto, terminando en la explosión de su encono por llorar amargamente, entre accesos nerviosos que alarmaron al seductor.

En la imposibilidad de prolongar su farsa criminal, Alberto, incapáz de emplear la violencia en aquella criatura, cuya virtud y abnegación le imponían un miedo respetuoso, como si un átomo extraviado de la dignidad de sus antepasados retoñara, lampo fugitivo, en las tinieblas de su alma, conteniendo su desenfundada audacia, no sabía qué hacer.

Y aquél que había colinado la medida del cinismo, ejerciendo los actos más abominables, pensó cobardemente, como única salvacion, en la fuga, capáz de ponerle fuera del alcance de aquella desventurada y de los miembros de su familia que indiscutiblemente tratarían de tomar la re-

presalia. Y con la rapidez propia del criminal que concibe y ejecuta sus planes, salió al día siguiente pretextando á Linita el arreglo de todos los asuntos para el enlace. Mas en vez de dirigirse á casa de sus padres y de don Leo, se encaminó rápidamente á la Dársena y tomó el primer vapor, no sin antes haber dado á la servidumbre de la casa donde ocultaba á su víctima las instrucciones necesarias para que la retuvieran unos días hasta tanto él se alejaba lo bastante del poder de sus perseguidores.

Transcurrió así todo el día. La impaciencia de Linita acrecentaba por momentos, y si bien empezaba á engolfarse en ese proceloso mar de las dudas angustiosas, tan sañuda se presentaba aquella realidad que la rechazaba con energía, como cuando se despierta de una horrible pesadilla y se esfuerza el pensamiento por alejarse de ella, vuelve nuevamente á caerse en lo mismo, arrastrado por la fuerza abrumadora de la predisposición.

No obstante lo próximo del estallido del odio, le parecía tan monstruosa, tan horrenda aquella infamia, que Linita, á manera del náufrago á merced de la corriente, se asía, en el afán de la esperanza, al débil leño que flotaba sin rumbo avasallado por el oleaje embravecido. Llegó la noche sin que apareciera Alberto, y con ésta, nuevas y espesas sombras poblaban su cerebro ardiente.

Amaneció, y en las facciones demacradas de Linita, se destacaron los párpados hinchados y

el círculo azulado de sus grandes ojeras demostrativas de la vigilia y el dolor que laceraba sus entrañas.

Colmada que fué la medida de la paciencia, durante ese nuevo y martirizante día de vana espera, la infeliz criatura cayó vencida por el golpe formidable, explosionando en un paroxismo de congoja horrible, que se tradujo en llanto, accesos convulsivos y exclamaciones desahoradas. En vano, entonces, la servidumbre enseñada trataba de contenerla. Todo fué inútil.

Las apacibles fibras del tierno cordero, de la rumiante paloma, se habían tornado por el odio, en nervios de pantera de impulsos aterradores. Aquella virtuosa niña, delicada como una sensitiva, que había entregado candorosamente todo cuanto de caro y grande posee una mujer ideal, en el transporte magnánimo y sagrado de su primer amor; aquella criatura que no había titubeado en llegar al más alto sacrificio que puede exigirse á una vida de acrisolada pureza, se había transformado en una imponente fiera, al ver rodar al abismo de la infamia sus primeros ensueños, sus afanes adorables, su porvenir entero, aparte del porvenir de Aníbal, que tantas veces agitó su mente y que tan ligado se hallaba á sus afectos.

Tan violento fué el estallido de aquella alma ingenua ante la felonía inconcebible, que la sacudida pareció afectar sus facultades mentales.

Así pasó en ese estado lastimoso otro día y otra noche de indecibles sufrimientos. Al cabo su

naturaleza joven empezó á triunfar, serenándose poco á poco. En esos momentos de lucidez, pensó, como una salida honrosa é irremediable de aquella situación desesperante, en que su honor se había enlodado para siempre, en el suicidio. Sin embargo, sus sentimientos elevados parecían revelarse contra este propósito que su educación rechazaba, por considerarlo cobardía indigna del ser humano que se precia en algo, y que tiene la persuasión de poder ser útil á la sociedad. Sabía ella que ningún ser que nivele á la altura debida el sentimiento de la dignidad personal, la fuerza de la virilidad y el culto del colectivismo, tiene derecho de atentar contra su existencia, sopena de considerarse vencido en la lucha de la vida.

¿Resuelve acaso el problema que le afecta? ¿Borra la mancha que empaña su reputación? ¿Se rehabilita ante la sociedad, que discierne con altruismo y con altura, el ser que, incapáz para contrarrestar los embates de la suerte, se aferra al raquítico recurso del suicidio?

¿No es acaso mil veces más noble afrontar con entereza los golpes más rudos, y, como una rehabilitación moral, consagrarse con tesón á la labor fecunda, al ejercicio del bien de sus semejantes, á las prácticas virtuosas que ennoblecen, á sembrar beneficios y recoger gratitudes?

¿No es por ventura en esos negros cuartos de horas de la vida donde se revelan los grandes caracteres, los gestos pujantes y soberbios de los

que no se rinden y saben magnificar con bríos la expresión gloriosa de Cambronne?

En las caóticas reflexiones de criatura nerviosa que hacían presa de Linita, se producía, de acuerdo con las consideraciones precedentes, el choque natural de las ideas, en el cual habían de triunfar indefectiblemente las inspiradas en el bien. Así fué. Revistióse de toda su fuerza y de su filosofía, y, recurriendo á su talento, consiguió alejarse de aquel antro mefítico, donde dejaba hecho trizas el decoro femenino, la dignidad suprema y los primeros capullos de su afecto.

Una vez más, Linita reflexionó un segundo, si debía dirigirse á casa de don Leo ó nó, pues sin que podamos decir porqué, abrigaba la duda de si la recibirían, pensando en que los sucesos pudieran haber modificado el carácter de don Leo, disminuyendo ó anulando el afecto paternal que siempre sintió por ella. Ignoraba también si comprenderían ó justificarían su grave falta. Tras de muchas preguntas y respuestas íntimas, la infeliz Linita, después de haber tomado un coche y de descender en las inmediaciones de la silenciosa casa-quinta, presa de dudas y temores, fué caminando insensiblemente hasta encontrarse frente al zaguán de aquella casa que tantos momentos felices evocara y de donde salió electrizada de santo amor en el arrebató superior de una pasión generosa, para volver humillada, burlada y posiblemente escarnecida.

Conmovida y llorosa la criatura, ante aquella casita afectuosa y sonriente, donde fué reina

y soberana, no se atrevía á llamar, sintiéndose una extraña; pero tras breve reflexión y de un juramento á realizar según la forma como se le recibiera, puesto que ella se consideraba — como en efecto lo era, — inocente de aquella ruindad que tanto venía á deprimirla, se decidió á ello. Llamó con dos golpecitos suaves, y esperó un momento sin que nadie abriese. ¿Es posible que no haya nadie? Sin embargo, me parece distinguir algunas voces, entre ellas la de abuelito, — pensaba la criatura, de nuevo sobrecogida al cruzar por su mente esa idea propia de toda persona que se considera culpable. Y Linita, muerta de temor y de vergüenza, esperó unos minutos más é insistió llamando con otros dos golpecitos. Fueron los que oyeron don Leo y Aníbal, en el momento en que se disponían á salir para hacer momento en que se disponían á realizar el último esfuerzo en busca del paradero de la niña.

X

¿Cómo traducir con fidelidad el emocionante efecto, la extraordinaria sensación de asombro, de alegría y de sorpresa que se pintó en las facciones de don Leo, al ver en el dintel de la puerta á la querida criatura confusa y pálida?

Verla, retroceder dos pasos, reaccionar, avanzar hacia Linita con los brazos abiertos y cubrirla de besos, fué todo obra de un segundo.

Linita por su parte, conmovida y llorando de ternura como una Magdalena, escondía su rostro en el pecho del anciano, sin atreverse á mirarle.

Don Leo, insaciable en sus caricias, le levantaba dulcemente la cabeza, y exclamaba en transportes de cariño:

—Linita mía! ¿tú aquí? ¿Es posible tanta dicha? Mas, dime, ¿cómo has hecho para llegar hasta aquí? Has de contármelo todo; pero todo. ¿Cómo ha pasado este doloroso suceso? Pero... oye; ¿no ves que aquí está Aníbal, que tanto ha sufrido y tanto se ha esforzado por hallarte?

Y efectivamente; allí estaba Aníbal conmovido

ante aquellas dos siluetas afectivas, dignas de una tela gloriosa. Allí estaba, contemplando de pie aquella magnífica escena, sin ánimo de moverse, á no mediar la insinuación de don Leo y de la misma Linita, que lo miró con timidez, bajando la vista pudorosamente.

Aníbal no esperó más: se aproximó al grupo y tomando la mano de Linita cariñosa y respetuosamente, la estrechó con la fuerza sincera de otros tiempos, al igual que si nada hubiera ocurrido. Linita, ante aquel franco apretón evocador de *laborrables* recuerdos, sintió una leve sacudida, y alzando sus ojos llorosos hacia Aníbal, lo envolvió en una profunda mirada de afectuosa gratitud.

Aquella alma virginal, se consideraba indigna, aun siendo inocente, de mirar á aquel hombre á quien quizás amó de todas veras, y á quien sin quererlo, tanto hizo sufrir con su nunca bastante reprochable debilidad. Entonces aumentó su dolor, pues hubiera preferido no verle ni hallarle más en su camino, ni saber tampoco lo que se había multiplicado por hallarla, pues tanta magnanimidad en Aníbal, la empequeñecía más, haciendo resaltar con mayor vigor su grave falta.

Cualquier otro hombre que no fuera Aníbal, generoso y noble en el sentir, la hubiera rechazado y despreciado, con injusticia sí, pero indefectiblemente. Por eso se sentía mortificada ante la presencia de aquel ser, altivo y tierno, que rompiendo con la maledicencia común, se lanzaba atrás ella, sin reparar en pequeños detalles

que nunca podrían empalidecer el brillo de sus virtudes morales.

Don Leo, emocionado ante la actitud reposada de Anibal, no cabía en sí de contento, como si adivinara en las facciones puras y serenas del joven una resolución inquebrantable.

La buena de micia Carmen, que también había acudido al rumor que produjera Don Leo con la entrada de Linita, al igual que todos, la abrazó calurosamente y la besó una y cien veces, confundiendo sus lágrimas con la de ésta. Después de algunos momentos, el noble anciano, comprendiendo la situación violenta de Linita, que no cesaba de sollozar de alegría y de vergüenza ante aquel cariñoso recibo que le hicieran los seres queridos después de una ausencia tan triste, la llevó á su habitación que permanecía intacta, como antes, para que pudiera descansar y expansionarse con libertad, sin que el rubor asomara á sus mejillas y la vergüenza anudara su voz en la garganta.

Y así ocurrió. Calmada que estuvo Linita, y á solas con aquel anciano querido, le refirió con voz entrecortada por el llanto y la ira, la felonía sin nombre de que la había hecho víctima aquel monstruo. Don Leo la escuchaba en silencio, agitado sólo por el encono irrefrenable de tanta inmundicia, y la acariciaba y confortaba cada vez con más ternura, pues todos los hechos de aquel infame rapto, venían á coincidir con los que él había supuesto, para hacer surgir más diáfana la grandeza de aquella criatura gentil. Sólo así, se

decía para sus adentros Don Leo, se ha podido arrastrarla á ese extremo.

Después de ese explicable desahogo, en que le relatara á Don Leo como una minuciosa confesión aquel doloroso pasaje de su vida, Linita se tranquilizó un poco, y el anciano, le insinuó la conveniencia de descansar. Como ella obedeciera con cierta vacilación, y sin cumplir con lo que Don Leo había exigido siempre como un cariñoso deber, la dijo:

—Ya te has olvidado, hija mía, de...

Linita no esperó más y rodeó con fuerza y cariño el cuello del anciano, estampando muchos besos en la frente rugosa, que parecía resplandecer de jubilosa emoción.

Mientras Linita se disponía á reposar en aquel ambiente tan grato á su espíritu, Don Leo se dirigió á la sala ,donde Anibal le esperaba con ansiedad por conocer los pormenores de aquel hecho repudiable. Por cierto que una vez conocidos, puso en los comentarios, en vez de las expresiones que hubiera tenido el vulgo materialista, frases enaltecedoras para Linita, á quien desde ese momento consideraba como una mártir, en quien la fatalidad se cebó injustamente. Aquel hecho, que á otros hubiera bastado para despreciarla sin investigar causales, sin analizar condiciones personales, antecedentes y demás pormenores que deben concurrir para formar criterio; aquel hecho, repetimos, delictuoso ante el prosaísmo de la medicina legal que reclama la integridad de los signos meramente físicos, haciendo una

omisión imperdonable de las integridades morales, de las purezas que atesora el espíritu y la mente, y que deben ser siempre las más sagradas, sólo constituía para Aníbal, que no se amoldaba á los juicios falsos de los otros, un abuso que no amenguaba en nada las dotes singulares de Linita y quizás sirviera para elevarla más en su concepto.

Aníbal estaba absolutamente convencido, como Don Leo, que en hechos fortuitos, como aquel donde intervinieron factores diabólicamente combinados, no cabe ninguna indecisión, pues en la mujer, con quien se ha de refundir el hombre para formar un hogar, no puede ni debe buscarse jamás la realización de una aspiración burda, reducida al logro de un placer groseramente material y que al deprimir á la mujer, convirtiéndola en una vil piltrafa destinada á ejercer funciones inferiores, envilece más el hombre, que aparece, ante la sociedad y la mujer que piensa con altura, como un ser indigno. Y esto no quiere decir que no deba aspirarse á esa determinada integridad; pero nunca con preferencia á las virtudes permanentes é inmanentes.

Pensando Aníbal, que si los hombres contraían matrimonio, dando especial preferencia á las nimiedades que menos deben importar y que se eclipsan ante la magnitud de un espíritu selecto y de una inteligencia despejada, realizaban un acto que desdecía con los altos propósitos que deben informar una actitud solemne, sobre el sólido pedestal de la virginidad del alma;

sabiendo que así se bastardeaba el grandioso significado que entraña para el porvenir del hogar el prevailecimiento de la supremacía vendible y comprable, no podía caer en esta reprobable falta.

Linita, pues, no había perdido uno sólo de los encantos irresistibles que cautivaron á Anibal. Aquel hecho abominable ejecutado con toda perversión y donde no habían intervenido factores que reflejaran tendencia manifiesta de la niña, que antes bien realzaba su impetuosidad candorosa y su pureza pasional, la hacía aún más atrayente; y si ella lo consentía, no titubearía un momento en ofrecerle su mano, mil veces codiciada por niñas de abolengo ilustre, de formas quizás más impecables que las de ella, de cuantiosa fortuna; pero que no reunirían seguramente las dotes de aristocracia espiritual que sintetizaba poderosamente aquella criatura, sublime en su misma desventura. Con la valentía propia de un pensador sesudo, que masculla sin enceguecimientos sus determinaciones, persuadido de que su resolución era á todas luces lógica y humana, se dispuso para hacer su proposición.

No ignoraba Anibal el efecto que produciría entre las personas que podrían conocer el hecho, no obstante la poca resonancia que tuvo; pero aún sabiéndolo el mundo entero, se sentiría siempre enorgullecido de haber ligado su porvenir al de una criatura apta para provocar lluvias de felicidades en un hogar. Poco le importaba el criterio que pudieran aplicarle los que viven con los escrúpulos afeminados, los que se someten á

la sanción de las sociedades, rindiendo homenaje al juicio extraviado de los que más delinquen, cuando en cuestiones de moralidad y de decoro, no debe triunfar sinó el valor de la convicción y la fuerza de la sensatez.

Decidido á realizar su intento, Aníbal, al día siguiente, expresó á Don Leo su firme propósito de unirse á Linita, por creerla digna de ser su eterna compañera.

Superfluo sería traducir aquí la dicha que se apoderó del anciano ante la declaración categórica de Aníbal, á quien abrazó y besó repetidas veces.

—No puedes figurarte, hijo mío, — balbuceaba Don Leo, en el colmo de la alegría, — el contento que me produce tu bella resolución. Ya sabes tú que yo, aún después de su desgracia, conceptúo á Linita digna del mejor hombre de la tierra, y por tanto entiendo que serás feliz á su lado.

—Así lo creo, y estoy seguro de que en Linita hallaré la compañera soñada.

—Hoy, sin embargo, soy yo el que he de pedirte perdón, pues en medio del honroso concepto que siempre me has merecido, te creía incapaz de un acto tan levantado, y tan justo, tan humano y tan soberbio en este ambiente de superficialidades, donde todo se sacrifica á las exterioridades vanas.

No obstante, debo decirte que tu hermosa resolución, en la que afrontas con admirable valentía el gesto irónico de los moralistas de car-

tón, te acarreará entre las personas conocedoras del hecho muchas censuras, pues, con tu actitud varonil, arrojas un guante á la sociedad adocenada, que considera ese rasgo de reivindicación y de nobleza como un crimen.

—Sé, de antemano, mi querido tío, lo que ocurrirá entre los puritanos melifluos que viven encorvados bajo el peso de creencias pretéritas y que han vivido amamantándose con la polilla de las tradiciones fofas; pero á esa sátira enfermiza opondré una mueca desdeñosa, por cuanto, despreocupado del juicio ageno y de la malevolencia gratuita, tengo la convicción de haber buscado mi felicidad en el candor y la virtud. Por otra parte, no tendria inconveniente alguno en asumir esa actitud á la faz del mundo entero, á quien sabría probar que en la modestia de Linita palpita un alma incontaminada y pura; mientras esos mismos almibarados moralistas que pregonan reglas y principios que no ejercitan, cubren con la sombra de su posición y su fortuna, manchas más graves, realizando actos punibles y detestables con absoluta conciencia.

—Nada puedo agregar, hijo mío, para completar mis convicciones. Sólo quiero añadir, para tu satisfacción personal, que á mis ojos, como á los de la sociedad que reflexiona con madurez, libre de prejuicios rutinarios, tu acción podrá enorgullecerte hoy, mañana y siempre, porque sientas con ella un hermoso precedente propio de tu vasta cultura y de tu espíritu humanista.

Ahora mismo, iré á expresarle á Linita tu de-

seo, y seguramente que su sorpresa será grande.

Efectivamente: Don Leo comunicó á la niña la resolución de Aníbal, y sus mejillas un tanto pálidas parecieron colorearse de jubilosa emoción. Tan magna le pareció la actitud de Aníbal con relación á ella, que se deshizo en llanto.

¿Cómo? ¿Ella, ultrajada deprimida en su inocencia, mancillada por aquel infame, tenía aún derecho á aspirar á la mano de un caballero, aún cuando se amaran ambos profundamente? ¿Cómo era posible un hecho semejante? Sin embargo yo debo resistirme, pensaba Linita, porque no estaré ya nunca á su altura, aún cuando tenga la plena certidumbre de amarlo con delirio, de saber cumplir en todos los momentos con mis deberes de esposa, y de hacerlo completamente feliz, hasta borrar la abominable sombra en que me ha envuelto el infortunio.

Don Leo la disuadió de su negativa, la aconsejó con la ternura paternal de siempre, asegurándole que Aníbal la amaba como se ama la primera vez en la vida, y que nunca aparecería en sus labios una frase de reproche que pudiera denigrarla.

Vencidos que fueron por Don Leo los escrúpulos pudorosos de la joven, la condujo á la sala donde la esperaba Aníbal, quien la recibió con los brazos abiertos y sin pronunciar una palabra. Radiante de alegría, levantó la cabeza suavemente á Linita, para que alzara la vista y añadió:

—Mirame como antes, Linita mía, porque las

mujeres como tú, pueden mirar al sol sin pesafañar.

Don Leo, conmovido en lo más íntimo de sus fibras, entrelazó en un abrazo, que decía de himnos y poemas, á aquellos dos seres generosos y altivos, abrazo que fué reforzado con otro de micia Carmen, que sollozaba emocionada de mágica belleza, iluminada con resplandores de amor y de justicia estricta.

.....

A los pocos días, se celebraba en la mayor intimidad el enlace de Aníbal y Linita.

Un año transcurrió después del suceso doloroso que hemos narrado, y el hogar feliz de la gentil pareja, nimbado hasta entonces por el dulce chasquido de los ósculos ardientes, y por el susurro delicado de un amor creciente, se irradió con la aparición del primer vástago que llegaba para consolidar los más supremos vínculos.

Grande fué la alegría que produjo en aquel nido que condensaba el sumun de las ternuras exquisitas, el primer infante que había de constituir las delicias de Aníbal y Linita, al propio tiempo que la dulcificación de la vejez tranquila de Don Leo y micia Carmen.

En medio de aquella nueva dicha que iba á eslabonarse tiernamente en aquel ambiente risueño, flotaba una duda, á la cual Aníbal, con su entereza altamente masculina, no dió mayor importancia.

La duda, como se imagina el lector, consistía en en saber si aquel enviado del cielo perte-

necía ó nó á Aníbal, hecho que como hemos dicho, no le preocupó mayormente, pues Aníbal, entre otras cosas, sustentaba, con profusión de poderosos argumentos, que si algo grande le deben los hijos á sus padres, ligándoles con el eterno lazo de la gratitud y del respeto, no puede tener su origen en el acto descarnado del engendro material, tan común en las especies superiores é inferiores, donde sus autores, entregados en alas de sus deseos, hacen volar su imaginación muy mejor de la posibilidad de las sagradas concepciones, desde que sólo se hace culto de la satisfacción egoísticamente personal. Y en corroboración de esa tesis, ofrecía Aníbal las casas de expósitos y otros lugares atestados de inocentes criaturas, cuyo nacimiento no preocupó ni un segundo á sus progenitores, igualmente los anales policiales, repletos de infanticidios, y los mil recursos médicos y prácticos antinaturales á que se entregan ciertas señoras y señoritas con la anuencia de sus respectivos dueños para evitar á todo trance la maternidad.

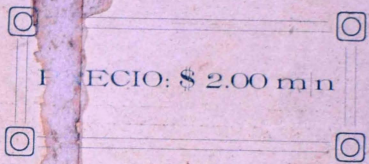
Aníbal pensaba, pues, que el cariño entrañable, que los hijos deben en todos los momentos á sus padres, cuando estos se conducen dentro de sus deberes, es fundamentalmente por los cuidados, las ternuras y los infinitos desvelos que le prodigan en la infancia y en la adolescencia; es por virtud de los enormes sacrificios que cuesta su educación; por los consejos, las indicaciones y orientaciones que tienden á hacerlos libres, hábiles y fuertes en el batallar de la vida,

amén de mil causas de verdadero peso que llegan á robustecer el lazo del amor filial y paternal.

Así en mérito á estas convicciones, Aníbal se consagró con el ardor que sabía imprimir en todos sus actos á prodigar al inocente vástago, sus afecciones de padre enternecido, actitud bella en cuyo sublime ejercicio rivalizaba su venturosa esposa y muchas veces también Don Leo y micia Carmen, que no cabían en sí de rejocigo.

Don Leo, para quien no habían pasado desapercibidos esos detalles, se sentía profundamente conmovido ante la actitud resuelta de aquel decidido discípulo con rasgos de maestro consumado. Y uno de esos días en que se encontraron solos don Leo y Aníbal en momentos que éste paseaba orgullosamente al niño, cubriéndolo de besos, el anciano se aproximó al grupo, tomó al niño, lo besó y alzando la vista hacia él lo miró con un significativo silencio como queriéndole expresar que todo se lo imaginaba. Después, á padre é hijo los besó con cariño repetidas veces.

Don Leo aplaudía y coparticipaba entusiastamente de las actitudes nobilísimas de Aníbal, en quien entreveía un luminoso paso para las sociedades nuevas.



PRECIO: \$ 2.00 m/n